ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 84



EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

El perro *Invencible*.—Madrid y los perros.—Preparativos literarios para la lucha.—*Invencible* no significa que no pueda ser vencido.—Memorias póstumas.—La sociedad protectora.—Los árboles genealógicos y el arbolado de las afueras.—Decision del alcalde.—Los desastres de la bolsa.—¡Enseñar los dientes á las mujeres!

No hay que decir quién es el empresario que nos va á dar á conocer dentro de poco la fuerza muscular y la natural bravura del perro designado con el calificativo de *invencible*.

Es Ducazcal; ó por lo ménos en los Jardines del Buen Retiro, de que él es empresario, se exhibe anticipadamente en una casita que le han construido exprofeso, ese animal que ha de sostener con un leon, descomunal batalla.

Por ahora es un entretenimiento que tiene el público. Mediante un real se puede visitar al famoso perro, acariciarle, juzgar anticipadamente su fuerza y contemplarle con la veneracion con que miraríamos al Cid que

con quince lidió en Zamora,
y á los quince los venció.

* * *

Madrid se entusiasma extraordinariamente con los individuos de la raza canina.

Hubo un tiempo en que el célebre perro Paco llegó á adquirir una popularidad que en vano han alcanzado muchos varones dignos por sus cualidades de la vocinglera fama.

Alcibiades se equivocó de ciudad y de fecha. Debió haber vivido en la capital de España en vez de ir á desarrollar su existencia en Atenas.

Allí tuvo que cortar la cola á su perro para llamar la atencion. Aquí la hubiera llamado sin practicar esa operacion quirúrgica.

No debiera ser San Isidro el patron de Madrid: deberia serlo San Roque.

Ello es que el perro se dispone á luchar; pero yo no sé todavía qué clase de leon es el que le van á arrojar como cebo para que luzca ante la concurrencia maravillada su valentía.

Uno que está en el secreto de todas estas cosas me ha referido bajo secreto—que yo cumplo no diciéndolo más que á mis lectores—que el susodicho perro pasa las horas de ocio escribiendo una memoria con objeto de justificar sus acciones futuras.

Tiene mucho interés en que todo el mundo sepa que en materia de instituciones de gobierno, si es enemigo de los reyes, es condicion indispensable que los tales sean *reyes del desierto*.

Tambien ha pedido que le proporcionen una edicion del *Quijote*.

En esta obra inmortal del príncipe de los ingenios españoles el capítulo que más le entusiasma y en el cual se inspira siempre que tiene que entrar en lucha es aquel en que el ingenioso hidalgo reta á los leones de la jaula á singular combate.

El otro dia dejó esta nota escrita, que fué un mandato para los que le sirven:

«Que me traigan un atlas de geografía.»

¡Asombro en todo el mundo!

Aquel dia apareció una porcion de gente con los *sesos devanados*.

—¿Para qué deseará la geografía?—se preguntaban todos.

Nadie lograba explicar el asunto.

Hiciéronse consultas á las corporaciones sábias.

Unos decian:

—Indudablemente, es que el perro comprende ya la fama que va adquiriendo, y ansía recorrer el mundo y llenarlo con su gloria.

Otros afirmaban que sin duda ha oido hablar de la *Gruta del perro* y desea saber con exactitud en qué punto del globo se encuentra.

Por fin el más atrevido de sus servidores se arriesgó á preguntarle:

—¿Con qué objeto desea el ilustre *Invencible* ese tratado de geografía?

Y el famoso perro contestó por medio de un insinuante ladrido que algunos filólogos han considerado como el principio del lenguaje universal:

—¡Hombre!... qué torpes son Vds. ¿No me van á hacer luchar con un leon? Pues pido un atlas geográfico, por si el leon que me pongan Vds. en frente resulta ser un leon del Atlas. ¡Conviene conocer los usos y las costumbres de los enemigos!

* * *

El nombre de *Invencible* con que han bautizado al perro, es retumbante, sonoro, heróico.... pero corre el peligro de no ser verdadero.

En calidad de metáfora me parece bien.... No me lo parece tanto si se tiene en cuenta la fugacidad de las cosas humanas y áun perrunas.

Con el nombre de *Invencible* tuvo España una escuadra que parecia el terror del Universo.

¡Ni por esas! La escuadra se deshizo en fragmentos ante el ímpetu de las olas.

Napoleon I podia considerarse como invencible. Sin embargo, tuvo un Waterlóo y su isla de Santa Elena.

Esto me recuerda los partes que envian algunos gobernadores diciendo: «¡Orden inalterable!» Y muchas veces, *aún no ha tenido tiempo de llegar el parte á su destino*, cuando ya el órden ha sido alterado profundamente.

No hay en el mundo nada estable y fijo.

Yo temo que el perro *Invencible*, entregado hoy en los Jardines del Retiro á las *Delicias de Cápua*, encuentre al fin y al cabo sepultura en el estómago de alguna fiera.

La experiencia me hace temer este resultado.

Ducazcal ha dado á conocer al público de Madrid muchas notabilidades más ó ménos inalterables é invencibles.

¿Quién no se acuerda de miss Leona y de la resistencia de su dentadura?

¿Quién no piensa en Bargossi?

Y el capitan Mayet.... ¿se ha borrado ya de nuestra memoria?

¿Dónde están?

Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?

La celebrada miss ha dejado los dientes en la barra de un trapecio.

Bargossi encontró competidores.

Mayet.... ¡el pobre! halló la muerte en los aires.

* * *

Cualquiera dirá:

—¡Vamos! ¡Entendido!.... V. pertenece á la *Sociedad protectora de animales y plantas* y trata V. de apoyar la peticion que esos señores han hecho al gobernador, á fin de que no permita la lucha....

Nada de esto. Mi sensibilidad no es tan exquisita. La guardo para las miserias humanas; y miéntras existan hombres á quienes proteger, me parece un exceso de solicitud lamentar los padecimientos de los animales, desoyendo quizá las quejas y las congojas del hombre.

Pero, francamente; entre un perro y un leon mis simpatías tienen el capricho de inclinarse del lado del primero. Puesto que á los perros se les ha dado el calificativo de *amigos del hombre*, sentiria que en la lucha pereciese un amigo mio.

Mis votos quedan reducidos á esta fórmula:

Deseo que en la lucha que se va á entablar no lleve el leon, como en la fábula, la mejor parte.

* * *

Y hé ahí que la mencionada *Sociedad protectora de animales y plantas* encuentra ahora un gran refuerzo en las autoridades y en varios particulares que tratan de fomentar en los alrededores de Madrid la produccion del arbolado.

Claro es que para proteger plantas lo primero que se necesita es que las plantas existan, como para guisar una liebre, es la liebre lo primero que hace falta.

Ahora bien, hay en Madrid, residencia de la corte de España y de gran parte de su aristocracia, muchos árboles genealógicos, pero el arbolado natural, productor de oxígeno, se halla en un descuido lamentable.

Salvo tres ó cuatro grandes macizos de verdura, el horizonte de Madrid, más bien que el de la capital de un país civilizado, es el que corresponde á los aduares del desierto de Africa.

El presidente del Ayuntamiento, señor Urquijo, se ha fijado en el escudo de Madrid y ha visto que si el oso no falta nunca en esta memorable tierra, en cambio hasta el madroño ha desaparecido casi por completo.

Dicese que ha destinado como base del fomento forestal de los alrededores la cantidad de doce mil duros.

Esta accion es digna de alabanza; y no cabe duda que todos los que se sienten agobiados de pesar cuando salen á las afueras y no ven más que aridez y pobreza, ventorrillos repugnantes, terrenos yermos y baldíos, contribuirán activamente á este saludable pensamiento.

* * *

En la plaza de la Leña donde se halla situada la Bolsa de Madrid, crecia un árbol frondoso de halagüeñas hojas, de vistosas y abundantes flores.

¡Era el árbol de las ilusiones!

Parece que esta planta se ha quebrado uno de estos últimos dias.

El vendaval financiero es más terrible que una tormenta atmosférica.

Bajo las ramas del pintoresco árbol se guarecian multitud de personas á quienes ha alcanzado la terrible sacudida.

Yo pasé por allí el otro dia. Muchos grupos estaban comentando el suceso con aire entristecido.

Creí, al principio, que se lamentaban de las desgracias ocurridas con motivo del terremoto de la isla de Ischia.

—No;—me dijeron.—Aquí ha ocurrido tambien un terremoto. Se han hundido fortunas; se han arruinado casas que parecian poderosas. El desastre de la Bolsa de Madrid ha sido *á la par* con el desastre de Italia.

Entónces me acordé del paseo de carruajes del Retiro, de algunos trenes incomprensibles, de cierto brillo no fundado en nada, del ansia devoradora del millon, del lujo, de la apariencia fastuosa y desordenada, del impalpable crédito, de la insaciable voracidad moderna....

Y me acordé otra vez de los *invencibles*.

Y exclamé con el poeta:

¡Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron!

* * *

Las mujeres van conquistando terreno paso á paso.

Han sido ya autorizadas por real órden para ejercer la profesion de cirujanos dentistas.

Un hombre, siempre muy blando con el sexo femenino, me decia ayer:

—No me gusta esta medida.

—¿Por qué?—le pregunté.

Y me contestó:

—Porque yo deseo usar en todas ocasiones la mayor amabilidad con las mujeres.... Y con esta determinacion del gobierno, no podré realizar siempre mi propósito. ¡Alguna vez tendré que enseñarles los dientes!

PEDRO BOFILL

Madrid 4 de agosto 1883.

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

Holanda.—Amsterdam

La Holanda es un país enteramente distinto de los demás que forman el continente europeo. Es una transicion entre éste y el mar, y una muestra patente de lo que puede el esfuerzo humano, pues debe su existencia á una conquista continua del hombre sobre las aguas; es, en el sentido estricto de la palabra, un triunfo del europeo sobre el mar, al cual va cada dia robando nuevo espacio.

Antiguamente la Holanda estaba formada por un agregado de penínsulas, islas y lenguas de tierra que penetraban en el Océano, acribilladas todas de pequeños y grandes lagos, insalubres y tormentosos. A veces las aguas subian y la mitad del territorio desaparecia bajo las olas, descollando sobre ellas los inmensos bosques de gigantescos pinos como si estos estuvieran enclavados en el líquido elemento. Los rios, que no tenian pendiente en aquel país tan llano y tan bajo, henchidos por las lluvias, se desbordaban inundando los prados y formando grandes pantanos.

Una eterna niebla velaba la atmósfera; hasta el verano era frio. Huracanes, vientos, lluvias tempestuosas, eran el estado meteorológico normal del país neerlandés. ¡Qué trabajo el del hombre en este país! Desde el primer bárbaro que formó con sus manos un misero dique amontonando tierra y clavando ramas deshojadas de los árboles, hasta el ingeniero holandés de hoy, que construye los diques con todos los adelantos de la ciencia moderna, ¡qué de esfuerzos para preservarle de las aguas invasoras!

Cuando uno piensa en que este país, que los historiadores latinos miraban como el Erebo, una especie de tierra maldita despedazada y flotante sobre las aguas, en la cual vivian sólo algunas míseras tribus salvajes, ha venido á ser una nacion fuerte y libre, altamente civilizada y civilizadora, dotada de todas las leyes que requiere la organizacion moderna, de los mayores adelantos científicos, y de una fertilidad extrema; cuando uno contempla este milagro de la lucha del hombre con los elementos, no puede ménos de exclamar: «¡Creo en el progreso, creo en el esfuerzo humano!»

El aspecto que presenta este país es original. A primera vista vense sólo inmensas llanuras cubiertas de yerba de un color amarillento verdoso, cruzadas á cada paso por canales y riachuelos; á lo léjos diversas hileras de árboles simétricos, redondeados por su copa, y á cada cien pasos un molino de viento colosal cuyas aspas mueve el viento y que hace funcionar una bomba la cual absorbe el agua de la llanura. Su atmósfera es brumosa, de un color gris blanquecino, que recuerda los fondos de los paisajes de los tapices antiguos. Efectivamente, en viendo este país se explica el porqué de aquellos colores apagados, amarillentos, grises y azules de los tapices flamencos y holandeses: los artistas reproducian el color del medio en que habitaban.

Este país tan pequeño tiene una gran densidad de poblacion. En un espacio circular de unas ocho horas de diámetro se hallan agrupadas ciudades tan grandes como Rotterdam, la Haya, Leyda, Haarlem, Utrecht, Delft y Amsterdam, llenando los intervalos una multitud de aldeas y de casas de campo habitadas por labradores y pescadores de los canales ó rios. Un espectáculo curioso se ofrece á la vista del que viaja por este país. A veces se ve pasar un gran barco por en medio de una verde llanura, de manera que parece que avanza cruzando los campos. Es que navega por uno de los numerosos canales que aquí existen y que por su estrechez y por lo crecido de la yerba que llega hasta sus bordes, estando á alguna distancia desaparece de la vista.

Curiosísimas son las ciudades de Rotterdam, La Haya, residencia de la corte, Leyda, famosa por su escuela de estudios etnográficos y orientalistas, Haarlem, en cuya casa de la ciudad están, entre otros, los célebres cuadros de Traus Hals, y los primeros impresos de Lorenzo Cóster, el cual disputa á Guttenberg la gloria de la invencion de la Imprenta; pero nos falta espacio y nos sobra materia de que tratar, para detenernos en estas poblaciones. Vamos pues á ocuparnos de Amsterdam y de su exposicion, por cierto bien notable.

Amsterdam es una de las ciudades más originales que puedan verse. Es una poblacion de pescadores y de mercaderes, esencialmente marítima, tanto, que todas sus casas, formando estrechas calles y enclavadas en los canales, se presentan á la vista cual altas popas de navios de tres puentes. Por lo general son estrechas, regularmente altas, terminando por su parte superior en una especie de fronton muy parecido al coronamiento de popa de un buque, ó al testero de una cama antigua. Todas ellas están llenas de ventanas grandes y simétricas tocándose las unas á las otras, de modo que hay fachadas que semejan inmensas vidrieras, y se las embrea, ó da betun, desde el tejado á la planta. Los adornos sobrepuestos del dicho fronton, son por lo regular del género barroco, y figuran flores, frutos, jarrones, follajes, ó figuras alegóricas, estando pintados de blanco y resaltando sobre el color oscuro del resto del edificio. El indicado remate tiene en el centro una ventana cuadrada más pequeña que las del resto del edificio, con una ventanilla redonda á cada lado. Debajo está, en un cartel de madera, la fecha de la construccion y el nombre del propietario.

Luégo, las casas están inclinadas hácia delante y hácia los lados, siendo su forma general la de una cuña, para que así se enclaven bien en aquel terreno tan poco firme; y las unas no están pegadas á las otras, sino que sólo se tocan, todo lo cual acaba de darles el aspecto de grandes buques alineados. Limita la parte baja de los edificios una balaustrada ó verja. Una pequeña escalera construida de lado, parecida á la que tienen los vapores cuando están anclados, conduce á la entrada, la cual es estrecha, y á veces baja. Una especie de escotilla á flor de tierra forma la entrada de las tiendas, para llegar á las cuales hay que bajar cuatro ó seis escalones. De lo alto de las casas sale hácia la calle, como si fuera un botalon, una viga con una polea, que sirve para meter los muebles y los bultos en ellas, pues como las puertas son tan pequeñas, la introduccion de estos objetos se hace por las ventanas.

Rompe la monotonía de estas calles una infinidad de pináculos de los edificios públicos, de formas extrañas, campanarios de una altura más que comun, terminando su punta en una bola formada por aros de hierro y parecida á una esfera armilar. Las calles, casi todas, excepto las travesías, están formadas por dos muelles y un canal central, que va á desembocar á otro mayor hasta parar en el Amstel, los cuales están llenos de barcos y de balsas que sirven para el trasporte. Algunos vaporcillos los recorren. Infinidad de puentes forman el paso de una isla á otra de la ciudad. Algunos de estos puentes se abren por el centro y se levantan en dos mitades para dar paso á los vapores. Estos tienen en su mayor parte la chimenea articulada, la cual se baja al pasar por debajo de los puentes fijos.

Las calles, ó mejor dicho, los canales de la ciudad están dispuestos en forma de semicírculos concéntricos, cuya cuerda es el gran dique, ó *Dom*, y cuyo radio comun, que los divide en partes iguales, es el Amstel.

Establece la comunicacion entre estos semicírculos una multitud de callejuelas tan estrechas que más bien parecen grietas, ó cortes practicados entre las casas. Tan estrechas son, que los edificios se tocan por su parte superior miéntras que por la inferior dejan sólo el espacio necesario para que pasen una ó dos personas de frente.

En estas callejuelas uno se siente como poseido de un vértigo. A veces se llega á figurar uno que delira, que sueña ó que está ebrio. Siguiendo sus tortuosidades ve las casas que se inclinan hácia uno ú otro lado ó hácia delante de una manera desigual, como una fila de borrachos que quisieran hacer una reverencia. Llégase á temer que las macetas que hay en las ventanas caigan encima del transeunte.

Las aguas en ciertos canales secundarios están estancadas, las letrinas van á parar á ellas, y no se promueve la circulacion más que á ciertas horas. Esto produce un mal olor en toda la poblacion que engendra en cierta época del verano fiebres de carácter intermitente y maligno. El aspecto de las gentes es ordinario. En general visten mal y no tienen el color muy sano, al contrario de las del campo, cuya frescura encanta. Su estatura es baja, tienen el pelo rubio ó rojizo por lo general, pero vense muchos tipos de orígen español, y otros que revelan la raza israelita. Las costumbres son extremadamente utilitarias. Cada vecino ocupa una casa entera; pero á veces una casa que sólo tiene de anchura unos tres metros, la dividen entre dos, por medio de un tabique longitudinal.

La unidad monetaria es el florin, ó antiguo escudo, así es que el precio de las cosas es excesivamente elevado. Las tiendas son pobres y muy parecidas á los almacenes de nuestra Barceloneta.

La Exposicion está emplazada encima de unas lagunas que formaba uno de los canales, al extremo de la poblacion. La construccion, como todas las demás, se apoya sobre estacas.

El edificio que le sirve de entrada, y que al mismo tiempo contiene el Museo arqueológico y etnográfico, representa un palacio de arquitectura holandesa de fines del siglo XV.

Sus torres son puntiagudas y cubiertas de pizarras, teniendo por remate caprichosas veletas de hierro forjado; sus tejados forman cortante quilla que acaba en historiada crestería.

Sus ventanas son ojivales. La construccion es de ladrillo rojizo; grandes bóvedas de piedra sostenidas por haces de columnas, forman el vestíbulo. Las ventanas contienen vidrieras de colores, y los postigos están listados de los colores nacionales.

Inmediatamente despues de este edificio se encuentra el parque en que está emplazado el pabellon central. La fachada de éste es de estilo indio de la época de las religiones sectarias, aunque no muy puro. Parécese algo á un templo Visnuita. Dos torres laterales adornadas con cabezas de elefante y monstruos de formas extrañas, sostienen un inmenso chal de Cachemira, que se adelanta dando sombra á un pórtico de cuyas columnas forman los capiteles, los caballos de Persépolis. En el muro hay un bajo relieve más griego que indio; simboliza el trabajo humano.

La Exposicion es universal, pero de todo lo referente á colonias.

Nos ocuparemos de ella en la próxima revista.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

EN EL SERMON, cuadro por G. Henkes

A juzgar por la muestra del auditorio, y del templo, ni este es Nuestra Señora de París, ni el orador será ningun émulo de Massillon ó Lacordaire, ni los sabios de la Sorbona ó del Instituto se han congregado en la iglesia para oir la palabra de Dios.

¿Esto qué importa?.... Donde quiera que, en el interior de un lugar recogido, se eche de ver una cruz, allí existe un templo; como quiera que una voz, llena de uncion, lea tan sólo el Evangelio del dia, se pronuncia el más sublime é inimitable modelo de oratoria sagrada; cualquiera que sea la condicion y el talento del que acude al lugar santo para oir palabras de consuelo, de amor y de perdon, esté seguro el oyente fervoroso de que la palabra divina germinará la virtud en su pecho, áun sin darse cuenta de ello, como sin darse cuenta de ello la tierra se siente fertilizada por el rocío matutinal.

Todo lo que respira reposo y tranquilidad sienta bien en la casa del Señor. Cierto que alguna vez el reposo de algunos concurrentes llega á ser tan profundo que pudieran pasar por dormidos profunda y seráficamente. Esto ocurriria con ménos frecuencia en el sermon, siempre que el orador supiera acomodarse á la naturaleza de sus oyentes. Pero en ello consiste, precisamente, la dificultad. No hay inteligencia, por limitada que sea, que no comprenda ó sienta á Dios, siempre que la explicacion de la idea de Dios se funde en imágenes al alcance del auditorio. Para el labrador, Dios es el Dios que hace germinar las doradas espigas en los elásticos tallos; para el soldado, Dios es el Dios que concede ó niega la victoria; para la mujer, Dios es el Dios que ennoblece á su sexo y hace velar por sus ángeles la cuna de los niños enfermos.

Hablad á cada uno segun su comprension y sobre todo, segun el estado de su ánimo, y estad seguros de haceros comprender y lo que es más, de infiltrar vuestra uncion en el pecho de vuestros oyentes. Dios es todo amor y todo consuelo, y no hay en el pícaro mundo mortal tan feliz que de consuelo no necesite un dia, ni corazon tan duro que al amor no se abra alguna vez en la vida.

BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono

No es esta la primera vez que publicamos en nuestro periódico reproducciones de cuadros de Dalbono. La del que hoy insertamos no necesita descripcion. ¿Quién no ha oido hablar ó leido algo acerca de la amena playa de Posilipo, en el golfo de Nápoles, á donde acuden en la estacion veraniega muchas familias de la capital en busca del puro ambiente y de la grata frescura de que no es dable disfrutar en la populosa ciudad?—En cuanto á la sencilla elegancia de la composicion de este cuadro, al carácter de las figuras, al acierto en el dibujo y á la originalidad del conjunto, son caractéres en los que se revela el diestro pincel del distinguido artista italiano.

CAZADOR DE PARADA, dibujo por J. Llovera

La cinegética que, desde la abolicion del feudalismo habia perdido no poco de su importancia, ha vuelto á hacer numerosos prosélitos en todas las esferas sociales. Leyes votadas en córtes nos dicen cuándo y cómo puede matarse á ciertos animales; una vigilancia rigurosa y bien organizada cuida solícitamente de las perdices y de los conejos, cuya preciosa vida defiende por durante unos cuantos meses la presuncion de la maternidad: fúndanse casinos de especialistas dentro de los cuales Dios es Dios y Nemrod es su profeta; escríbense obras interesantes acerca de la manera más científica de tumbar desde las codornices hasta los leones, y los trenes de todos los ferrocarriles conducen los sábados y vísperas de dias festivos á un gran número de aficionados incorregibles, á quienes no escarmienta la repetida experiencia de la infructuosidad de sus madrugones y fatigas.

Hay cazadores de caza mayor y menor, como los hay que pudiéramos llamar cazadores á pecho descubierto y cazadores con trampa. Este último sistema está prohibido generalmente; mas por lo mismo tiene no pocos adeptos á quienes pudiéramos llamar aficionados ilegales ó de mala ley. Esta clase tiene distintas variantes y Llovera ha dado con la más terrible de todas.

Porque ya una vez en la pendiente, el cazador no se detiene ante la calidad de las piezas á que dirige su puntería, y por más que se diga que en nuestros campos no se encuentra caza mayor, lo cierto es que muchas veces lo que no descubre el perro lo descubre su amo. ¡Pobres, en semejante caso! Las heridas de una pasion en mal hora despertada pueden ser más funestas que las ocasionadas por los perdigones, y el fuego que despide la boca de una escopeta es ménos abrasador que la mirada fascinadora de ciertos gavilanes.

En el precioso dibujo de Llovera, la paloma torcaz parece jugar hasta ahora con el halcon; sin embargo, malo es que el halcon se haya fijado en la paloma.

Confesemos ingenuamente que de todas las cazas traidoras, la que representa nuestro grabado es la más lastimosa y de peor género. Es como tirar á una de esas avecillas que ni siquiera se recogen despues de muertas.

MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

El Breisgau es una comarca situada en el extremo meridional del gran ducado de Baden, que comprende las dos vertientes de las montañas de la Selva Negra, y que en lo antiguo tuvo sus condes particulares; sólo está incorporado á dicho ducado desde 1805, y en la actualidad no forma una division política ó administrativa de él, sino que es puramente una denominacion geográfica de uso local.—Sus habitantes, como todos los del ducado y en especial los del sexo débil, se distinguen por la extraña moda de sus tocados, como lo prueba el de la muchacha de nuestro grabado, el cual exponemos á la consideracion de nuestros lectores, no por su comodidad y buen gusto, sino por su originalidad.

EL HAZ DE NERVIOS

I

Era Gustavo uno de esos hombres singulares cuya personalidad, como todo lo que se aparta de lo comun y vulgar, queda grabada de un modo persistente é indeleble en la memoria de todos aquellos que tienen la suerte ó la desgracia de haberlos tratado.

Conocíle en la magnífica quinta del Conde ***, situada á cinco ó seis kilómetros de Madrid, donde se habian reunido varios amigos del dueño de la posesion con objeto de dedicar unos cuantos dias al noble, y para mí cruel, ejercicio de la caza. Nunca he sido devoto de San Eustaquio: así es que miéntras mis compañeros corrian desalados por montes y vericuetos tras las medrosas liebres y los atribulados conejos, pasábame yo las horas muertas despolvoreando códices y hojeando librajos en el salon de la biblioteca en la cual mi rico anfitrion poseia un verdadero tesoro.

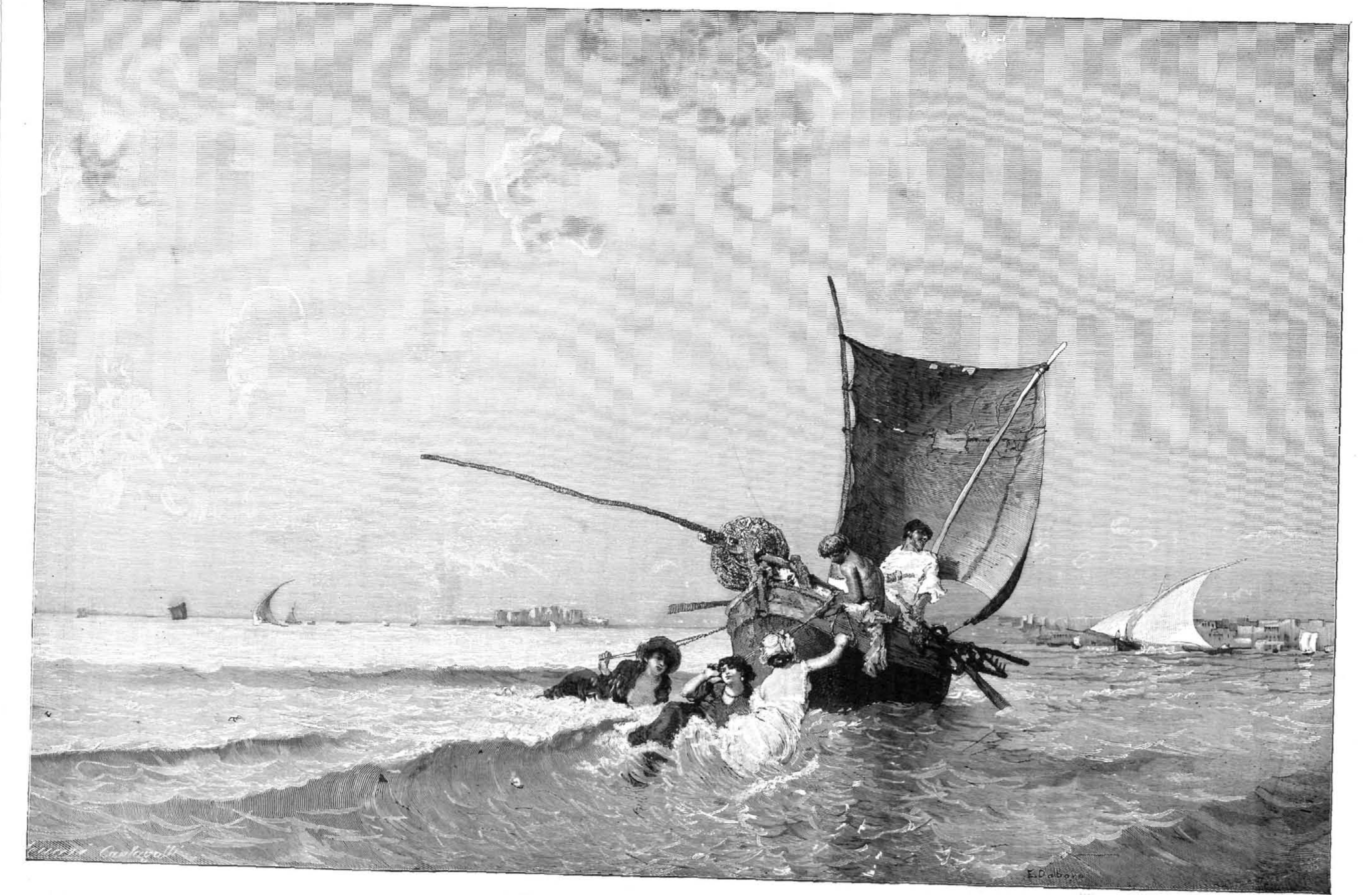
No trascurrió mucho tiempo sin que el número de los huéspedes se aumentase con un nuevo personaje. Era este un hombre excesivamente pálido de rostro y en extremo raquítico de cuerpo. Apénas contaba treinta y cinco años y ya sus cabellos estaban completamente blancos. Cuando llegó á la quinta íbamos á sentarnos á la mesa.

—Tengo el gusto de presentar á Vds. á mi antiguo amigo Gustavo de Carvajal,—dijo el conde ofreciendo al recien llegado un sitio á su derecha.

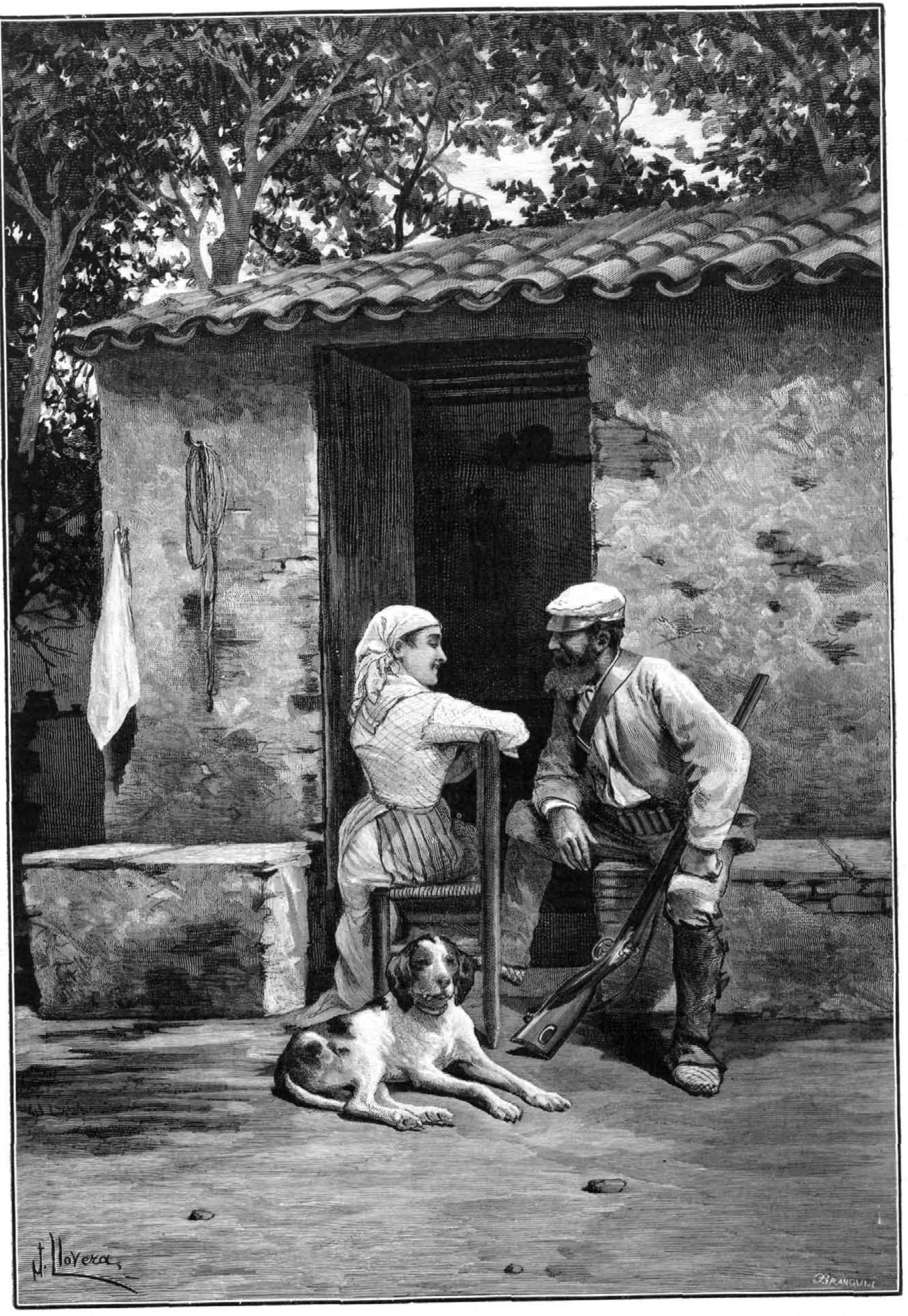
Desde aquel momento el nuevo compañero inspiróme un vivísimo interés despertando mi curiosidad hasta un grado sólo verosímil en las mujeres.

Gustavo estaba, como yo, poco avezado á los rudos ejercicios venatorios y era, tambien como yo, muy aficionado á los libros: nadie, pues, se admiraba de que, todas las tardes, los cazadores al regresar de sus cotidianas expediciones nos encontrasen á ambos embebidos en la lectura, sentados al lado de la chimenea de la biblioteca al amor de una lumbre que las primeras humedades del otoño hacian ya casi necesaria.

No tardó en establecerse entre Gustavo y yo cierta familiaridad de buen tono, y pronto entramos en el terreno de las confidencias. Cuando llegó este caso, cuando á favor de aquella intimidad naciente pude empezar á leer, aunque de un modo confuso, en su alma, la mia experimentó maravillosas sorpresas. Por mucho que prometiera el exterior de Gustavo, yo no podia estar preparado á las anomalías que su estado psicológico presentaba, y siempre que mi nuevo amigo me ofrecia ocasion de estudiar su naturaleza extremadamente compleja y desequilibrada, mi espíritu sentia una admiracion análoga á la que pudiera experimentar un hombre de sangre fria y criterio sereno al cual fuera dado analizar, hasta en sus más pequeños detalles, los fantásticos sueños de un fumador de opio.



BAÑOS DE MAR EN POSILIPO, cuadro por E. Dalbono



CAZADOR DE PARADA dibujo por J. Llovera

II

—Es indudable,—me decia un dia Gustavo,—que lo que hoy llaman nuestros ateneistas *sensitividad* puede aplicarse perfectamente á la facultad morbosa que caracteriza mi temperamento. Los hombres, los acontecimientos y las cosas me impresionan de una manera especial y profunda. Experimento por los objetos repulsivos una repugnancia particular que se manifiesta por signos físicos casi siempre en extremo ridículos. Los objetos agradables me conmueven del mismo modo: lo que en V. provocaria apénas una imperceptible sonrisa, á mí me haria prorumpir de seguro en estrepitosas carcajadas. La exageracion es la base de mi carácter. ¿Sabe V. por qué no soy aficionado á la caza?..... porque el ruido de las detonaciones me asusta. Y no es que sea cobarde, no; ni puede serlo quien, como yo, ha vestido el uniforme de guardia marina: al contrario, mi valor raya á veces en temeridad. No es el peligro que resulta de un escopetazo lo que me inquieta, pues me hago cargo perfectamente de las situaciones y sé que no corro ningun riesgo: además, si fuera preciso aguardar la muerte ante una carabina cargada hasta la boca, crea V. que no retrocederia un solo paso. Lo que yo temo es el ruido, la conmocion comunicada á los nervios auditivos, el sobresalto físico independiente de la voluntad. De igual modo, la risa de una persona alegre, es decir, el signo exterior de su alegría, me conmueve mucho más de lo que me conmoveria la causa de esa misma alegría si pudiera serme conocida. Ya comprenderá V. los disgustos á que me expone una manera de ser tan extravagante. En las cosas más vulgares y sencillas me empeño siempre en ver algo anómalo y desusado. Si conociese V. mi vida, probablemente no encontraria V. en ella nada extraordinario y sin embargo á mí me parece la más fantástica de todas las vidas. Tengo además que confesar que lo sobrenatural me impresiona y atrae á pesar de la resistencia que mi espíritu le opone: no creo en apariciones nocturnas, ni en brujas, ni en fantasmas; mi razon las rechaza con energía, y, sin embargo, mi naturaleza física las teme. Y si no, haga V. la prueba: ya ve V. que los dos estamos perfectamente tranquilos: pues bien, esta conversacion me ha predispuesto al miedo de tal modo que si de repente se pusiese V. á gritar que viene el diablo, á pesar de conocer todo lo ridículo del caso me veria V. echar á correr tan desatinadamente como un niño á quien se amenazase con que viene el coco.

Y al pronunciar estas últimas palabras en un tono casi festivo, la fisonomía de Gustavo se alteraba imperceptiblemente.

—Amigo mio,—le dije—es V. un hombre verdaderamente extraordinario y no puedo ocultarle la curiosidad que en mí ha despertado V. por conocer la historia de su vida.

—Tarea larga seria esta,—contestóme,—y por añadidura, enojosa: sin embargo, voy á referirle á V. una de mis más recientes aventuras. Tal vez le parecerá á V. sumamente sencilla; en cuanto á mí creo descubrir en ella la intervencion de una horrible y despiadada fatalidad.

Arrellanéme en mi butaca, encendí un cigarro, arrimé los piés á la lumbre, y Gustavo empezó su narracion en estos términos.

III

—Era un viérnes por la tarde..... fíjese V. bien en el dia..... ¡un viérnes! dia considerado por el vulgo como nefasto á pesar de haberlo dedicado los romanos á Vénus, la diosa del amor y de los placeres. El sol se despedia ya de los más altos tejados de la coronada villa con un beso triste y frio como el de una coqueta vieja, cuando yo salia del Casino del Príncipe donde acababa de perder al baccarat unos cuantos miles de reales. Intranquila la conciencia, pesado el cuerpo y engolfado el espíritu en inoportunas reflexiones sobre los azares de la suerte, dirigíame por la Carrera de San Jerónimo hácia la Puerta del Sol. La imaginacion de los jugadores perdidosos es casi siempre fecundo venero de ideas extravagantes, y en mí hubo de acreditarse este axioma truhanesco, pues durante aquel corto trayecto se me ocurrió una por todo extremo rara y singular é impropia además de todo entendimiento medianamente culto: la de visitar á la tia Mirlitona. Era esta una mujer que echaba las cartas, adivina, confeccionadora de drogas y zurcidora de voluntades, todo en una pieza, que vendia sus augurios, maleficios y encantos en una casa de la calle del Olivo, y de la cual me habia hablado un amigo mio como de una persona extraordinaria. Dirigíme, pues, á la mencionada calle y al llegar al portal de un caseron viejo y destartalado, n.° 60, entrada de la cueva donde se dedicaba la moderna Sibila á su misteriosa profesion, me detuve indeciso sin saber qué hacer. Impulsado sin embargo por una fuerza irresistible, entré. Al llegar á la mitad de la escalera, ví que por ella bajaba una jóven como de quince años cuya maravillosa belleza me llamó poderosamente la atencion. Apartéme á un lado para dejarla libre el paso y continué subiendo hasta encontrarme delante de una puerta toscamente hecha de tablas carcomidas por cuyas junturas se escapaba un fuertísimo olor de espliego quemado. Tiré del grasiento cordon de una campanilla cascada y chillona, abrióme no sé quién é introdujéronme en una sala pobremente amueblada. No habia tenido tiempo aún de examinar el lugar de la escena cuando entró la Mirlitona. Era una mujer de 50 á 60 años, baja de estatura, rechoncha de cuerpo, sombreados el carnoso labio y las mofletudas mejillas por unos cuantos centenares de cerdas que hubieran avergonzado á un granadero, y con unos ojos redondos y brillantes como los del mochuelo. Enterada del objeto que allí me llevaba, invitóme á sentarme á una mesa cubierta con un tapete verde sobre la cual extendió una baraja mugrienta y pegajosa que acababa de sacar de su bolsillo. Murmuró luégo algunas palabras cuyo significado no comprendí y levantándose de pronto exclamó:

—Usted acaba de encontrarse con una muchacha en la escalera, señorito.

—Y muy guapa por cierto—contesté yo.

—Se llama Paulina.

—¡Bonito nombre!

—¡Es extraño!—exclamó la adivina quedando por espacio de algunos segundos como sumida en profundas meditaciones despues de las cuales continuó:

—Fíjese V. bien en mis palabras, señorito. Jamás llegará V. á ser marido de esa jóven.

—Lo creo.

—Ni hablará V. nunca con ella.....

—Es posible.

—Ni volverá V. á verla.

—Lo siento,—dije yo ya un poco amostazado y sólo por decir algo.

—En fin—prosiguió la tia Mirlitona,—esa jóven morirá..... sí.... y morirá en esta casa..... pronto..... muy pronto.... mañana tal vez..... sí, mañana.... y sin embargo, señorito.....

—Qué quiere V. decir?

—Y sin embargo, si le sucediera á V. con mi hija lo que le ha de suceder á V. con esa jóven, me moriria de dolor, ¡oh sí, señorito! me moriria de dolor.

No tuve paciencia para oir más: arrojé un duro sobre la mesa, tomé la puerta y salí á la calle.

IV

—Usted se figurará sin duda,—prosiguió Gustavo,—que yo no me acordé ya más de la prediccion de aquella maldita vieja y que sus palabras no influyeron para nada en la marcha de mi vida. Pero se equivoca V. Todas las noches era presa de horribles pesadillas y la bruja se me aparecia haciendo grotescos visajes y gangueando á guisa de salmodia su extraña profecía. El modo cómo habia esta de realizarse llenaba mi espíritu de inquietud, y las contradicciones que envolvia me la presentaban á cada momento más misteriosa y espantable. Al cabo de algunos dias la conversacion con la hechicera era mi idea fija. Perdí el apetito y tomé horror al trabajo: no podia descansar de dia ni de noche, y en fin, concluí por apartarme de todo trato social y me volví grosero y casi salvaje.

Entónces, aconsejado por los médicos, tomé la resolucion, haciendo un esfuerzo supremo, de procurar remedio á mi extraña enfermedad distrayendo mi atribulado espíritu, y me dediqué á la pintura.

Una tarde salí de Madrid con objeto de tomar puntos de vista para mis paisajes, y, por la carretera de Arganda, llegué hasta las orillas del Jarama. Allí mis cavilaciones hubieron de apartarme del camino trillado y, sin saber cómo, fuí por sendas y vericuetos á parar á un sitio para mí completamente desconocido.

Era ya muy tarde y empezaba á llover.

Volví los ojos á mi alrededor en busca de un abrigo y no ví ninguno.

Entre tanto el chubasco arreciaba y yo no hacia más que andar, andar, andar siempre.

La noche habia cerrado por completo y era oscura como boca de lobo.

De pronto á la luz de un relámpago creí distinguir delante de mí, á pocos pasos, una masa negra. Era un ventorrillo y me dirigí hácia él con el corazon lleno de esperanza.

La puerta del patio estaba entornada: entré y halléme en medio de una infinidad de carros, carretas y carromatos á los que mi imaginacion revistió en el acto con mil fantásticas formas.

Otro que no hubiese sido yo hubiera llamado al motril ó á la moza de la venta y pedídoles hospedaje. Al principio tambien fué este mi propósito, pero, por lo mismo que era lo lógico y lo de sentido comun, me guardé muy bien de llevarlo á cabo.

Llamar golpeando aquellas tablas carcomidas que de seguro hubieran producido un sonido lúgubre y siniestro, hacer levantar de la cama á los que en ella profundamente dormian, y encontrarme por fin cara á cara con una Maritornes de adusto ceño que me recibiria desperezándose y echándome una maldicion entre bostezo y bostezo, todo ello formaba para mí un conjunto de dificultades que queria evitar á todo trance. Preferia la triste perspectiva de dormir bajo un cobertizo, sobre un monton de paja, exponiéndome á que luégo me tomasen por un ladron ó por un mendigo vagabundo, á la agradable de acostarme en una cama despues de haber reforzado convenientemente el desfallecido estómago.

¡Y todo por miedo de molestar! Pero tal es mi naturaleza que me lleva á sufrir verdaderas incomodidades y á afrontar peligros reales ántes que ocasionar ligeras é insignificantes molestias.

El temporal seguia arreciando: parecia que llovian chuzos.

No habia en el patio cobertizo alguno, y por tanto metíme debajo de una carreta; pero por la juntura de sus tablas el agua caia á chorro sobre todo mi cuerpo, lo que me hacia el efecto de estar tomando un baño ruso.

Salí de mi escondrijo, que otra cosa no parecia el sitio que para guarecerme de la lluvia habia escogido, y exploré de nuevo el terreno. Despues de muchas idas y venidas, dí por fin con una especie de coche que se me figuró tener alguna analogía con los que usa Cárlos Prast para servir á domicilio sus mercancías. Dí la vuelta al rededor del vehículo y ví que estaba cerrado por todos lados: pero á fuerza de tentar encontré una cosa como una placa de hierro que oprimí con toda la fuerza de mis dedos y las dos hojas de la portezuela se abrieron.

¡Oh contradiccion de un temperamento ridículo! ¡yo que no me habia atrevido á llamar á la puerta de una venta, llevaba mi audacia hasta el extremo de forzar la cerradura de un coche ajeno!

Eché una ojeada al interior del vehículo; su cavidad me pareció profunda. Esto no obstante busqué á tientas el estribo, y andando á gatas entré en el carruaje tendiéndome en su fondo cuan largo era: un objeto muy duro, con el cual tropecé, me servia de almohada, y pronto logré conciliar un sueño reparador y tranquilo.

De pronto me desperté sobresaltado.

¡Tenia miedo! Mis cabellos se ponian de punta, mis dientes castañeteaban, un sudor frio cubria todo mi cuerpo, en fin, tenia miedo.

Pero ¿de qué? imposible me hubiera sido decirlo. Y sin embargo yo estaba en el uso completo de mi razon, recordaba perfectamente todos mis actos, sabia que habia abierto la portezuela de un coche, que me habia metido en él y que allí me habia quedado dormido.

¿De dónde provenia, pues, aquel miedo irresistible? ¿Acaso del ruido de la lluvia goteando sobre los tejados ó de los quejidos del viento, ó de la noche ó de la soledad?

Yo no lo sé, pero lo cierto es que padecia como un condenado.

¡Con qué impaciencia aguardaba á que despuntase el alba!

Pero ¿por qué no salia V. de su nicho? me preguntará V.

¡Ay amigo mio! porque me hubiera sido imposible hacer movimiento alguno, porque un frio extraño paralizaba mis miembros, porque todo mi cuerpo estaba como petrificado, en fin, porque tenia un miedo espantoso!

Las tinieblas de la noche no se habian disipado todavía y sin embargo debia ya hacer mucho tiempo que yo me encontraba allí.

Entónces me hice la reflexion de que tal vez fuese ya de dia y de que yo no veia la luz de la mañana por impedírmelo la portezuela cerrada sin duda alguna por el impulso del viento.

Reanimado con aquella idea, reuní todas mis fuerzas y con mis piés empujé violentamente la portezuela; la madera crujió y los dos batientes se abrieron.

Un torrente de luz inundó mi rostro.

El espectáculo que se presentó á mis ojos me heló de terror.

¡Habia pasado la noche en uno de esos coches negros que la *Funeraria* pone al servicio del público para trasportar los cadáveres, y un ataud de plomo me habia servido de almohada!

Media hora despues supe por el conductor de aquel lúgubre vehículo que el cadáver en el féretro encerrado y que trasladaba á Cuenca era el de una jóven llamada Paulina que acababa de morir en Madrid en la casa número 60 de la calle del Olivo.

JUAN DEL HUERTO

¡¡EH!! ¡¡A LA PLAZA!!

¡Bendito sea el primero
á quien le ocurrió la idea
de hacer la primera plaza
de toros en nuestra tierra!
¡Benditos sean los hombres
que tienen sangre torera!
¡y bendita una y mil veces
tan extraordinaria fiesta!
Lector, ¿eres de los mios?
¡Claro que sí! Pues ¡aprieta!
¿Vives en Madrid? ¡Me alegro!
¿Tienes billete? Pues ¡ea!
Vente conmigo hácia el Suizo
que ya son las dos y media.

I

ANTES DE LA CORRIDA

¿Qué animacion! ¡Qué alegría!
¡Qué cuestiones! ¡Qué reyertas!
¡Cuánto coche! ¡Cuánta gente!
¡Qué animada concurrencia!
¡Cuánto señorito chulo!
¡Cuánta chula en carretela!
¡Cuánto augurio de cogida!
¡Cuánta *cogida de veras!*
¡Cuánto ruido! ¡Cuántas voces!
¡Y cuántas mujeres bellas!
—(Pues no parece sinó
que cuando hay toros, se quedan
encerradas en sus casas
todas las mujeres feas.)—
. . . .
—¡Aquí! ¡A la Plaza! ¿Nos vamos?
Señorito, uno me queda!
. . . .
—¡Paco!
—¿Qué?
—¿Vienes?
—Aguarda,
que voy á tomar cerveza.
¿Gustas?
—¿Qué he de gustar yo
de bebidas extranjeras?
El hombre que va á los toros,
es necesario que sepa
lo que ha de beber, ¿entiendes?
porque sinó se marea
y no sabe distinguir
si una vara está bien puesta,
y en la corrida es preciso
tener mucha inteligencia.
—Pues te convido á unas copas
de aguardiente!
—¡Eso *varea!*
Tratándose de aguardiente
dame todo lo que quieras.
A estas horas me he bebido
yo solo un par de botellas,
y, ya lo ves, ¡tan campante!
Con que, andando á la taberna!
Voy á llenar esta bota
de vino de Valdepeñas
pa tirársela al Gallito
aunque le rompa la cresta.
. . . .
—Gracias á Dios que por fin
te encuentro.
—Chico, dispensa.
En vez de almorzar en casa
me fuí á almorzar á la Venta,
y luégo fuí al apartado.
—¿Tú solo?
—Quiá! No! Con ella!
¡Qué bichos los de esta tarde!
—Buenos, eh?
—Son de primera!
El que ménos, de seguro
que tiene nueve ó diez yerbas.
—¡Muchas yerbas me parecen!
—No son toros; son seis fieras!
Hay uno *berrendo en negro*
más fino y con *unas velas!...*
¿Pues y otro *albardao?...* ¡Chico!
¡Qué corrida nos espera!
—¿Lo aseguras?
—¡Ya lo creo!
—Perdona que no te crea;
pues con los toros sucede
igual que con las comedias.
Algunas que en los ensayos
parecen buenas, muy buenas,
en cuanto se alza el telon
el público las revienta.
—Yo no entiendo de teatros;
pero de toros... ¡Canela!
Hace seis años que estoy
abonado á una barrera;
soy muy amigo del Curro
y Frascuelo me tutea,
con que, figúrate tú
si entenderé en la materia!
¿Vienes? Aquí está mi coche.
¡Juan! ¡Arrima!
—¡Vamos!
—¡Entra!
. . . .
—Conde, vaya V. con Dios!
—A los piés de V., marquesa.
¿De toros, eh?
—Pues es claro!
¿Faltar yo? ¡Qué se dijera!
—¿Y el marqués?
—Está de cama.
—¿Grave?
—Aprensiones... pamemas.
Creo que es algo del hígado.
En fin, ni lo sé siquiera!
—Pues voy á verle.
—Sí! Sí!
Vaya V.; no se detenga.
El infeliz necesita
que le distraigan...
—Marquesa..
—Abur, conde, hasta despues.
—Adios, que V. se divierta!
. . . .
—Amigo Perez!...
—¿Qué pasa?
—Pues, que estoy en la miseria.
¡Que me han dejado cesante!
¡Que tengo á mi esposa enferma!
¡A mi suegro con tercianas!
¡Con pulmonía á mi suegra!
¡Al niño mayor con tifus!
¡Y al pequeño con viruelas!
—Pues, hijo, ni un hospital!
—¡Ay, Perez! ¡Si tú supieras!...
—Vamos, toma, y que se alivien!
—Muchas gracias. (¡Tres pesetas!
Voy á tomar un tendido.
¡Oh, amistad! ¡Bendita seas!)
. . . .
—¡Aquí! ¡Suba V.! ¡Uno falta!
—Chico, aguarda! Micaela!
—Antonio!
—¿Dónde me meto?
—Súbase V. á la banqueta!
—Chica, sube aquí conmigo!
—¡Ay, no! ¡Que me da vergüenza!
—Anda, y no seas tonta!
—¡No,
que van á verme las piernas!...
—Señora, suba V. pronto,
que me marcho!
—¡Que te quedas!
—Ya voy... ¡Ay Jesus! ¡Qué altura!
—¡Cállate!
—Si el coche vuelca!...
—Señora, no tema V.,
que está el Hospital muy cerca.
—(¡Ay, qué bruto!)
—Llevo ya
siete años de esta faena,
y este ómnibus no ha volcado
más que diez veces.
—(¡Friolera!)
—Cochero, que se hace tarde!
—¡Aquí! ¡Uno falta! ¡Que venga!
—Pero, hombre, ¿otro todavía?
—Eso ya no se tolera!
—Aquí ya no caben más!
—Que llamen á la pareja!
—Si sube otro nos bajamos!
¡Qué abuso!
—¡Qué desvergüenza!
—Señores, no incomodarse!
—Vamos, hombre! ¡Arrea! ¡Arrea!
Andía!... ¡Zagala!... ¡Zagala!...
¡Lechuguina!... ¡Coronela!....
. . . .
¡Qué ir y venir de carruajes!..
Entre risas y blasfemias
por la calle de Alcalá
bajan... suben... corren... vuelan
los ómnibus y tranvías
y landós y jardineras
y berlinas y simones
y tartanas y *manuelas...*
. . . .

II

EN LA CORRIDA

—¡Borracho!—¡Tumbon!—¡Canalla!
—¡Otro toro!—¡Tio maleta!
—¡No lo entiende V.!—¡A la cárcel!
—¡Animal!—¡En la cabeza!
—¡Ese caballo!—¡Un capote!
—¡Señor Presidente!—¡¡Fuera!!
—¡Que piquen al empresario!
—¡Que lo maten!—¡Que lo prendan!
. . . .

III

DESPUES DE LA CORRIDA

Pues señor, la corridita
ha sido mala de veras.
¡Qué toros y qué toreros!
¡Qué Presidente y qué empresa!
¡Qué lidia! ¡Ni un solo lance!
¡Ni una cogida siquiera!
Le quita á uno la aficion
una corrida como esta.
¡Yo no vuelvo... hasta la próxima!
¡La próxima será buena!

VITAL AZA

NOTICIAS VARIAS

ESTACIONES TELEGRÁFICAS FLOTANTES.—Montar una estacion telegráfica en cualquier punto de un continente, de una isla ó de un islote, dice *La Revista de Telégrafos*, no es nada extraño; pero sí lo parecerá el que se trate de colocarlas flotantes sobre los mares. El entusiasta y perpetuo ministro de Correos y Telégrafos de la vecina Francia ha dispuesto se verifiquen ensayos en el Mediterráneo, estableciendo unas boyas á distancias de 60 en 60 kilómetros á lo largo del cable de Marsella á Argel, y á las cuales las embarcaciones que necesiten pronto auxilio podrán enviar una lancha para comunicar telegráficamente desde la boya con la estacion terrestre de socorro.

CRONICA CIENTIFICA

MERIDIANO UNIVERSAL

A pesar de la conformidad de los sabios en condenar la lamentable multiplicidad de los ceros de orígen, las marinas de los países más adelantados del globo siguen contando las longitudes por los meridianos de Greenwich, Paris, San Fernando, Nápoles, Cristiania, Isla de Hierro, Pulkowa, Stokolmo, Lisboa, Copenhague, y Rio Janeiro. A estos, hace poco, habia que agregar el de Washington; pero los marinos de la gran República Norte-Americana, dejando á un lado inconsiderados celos nacionales, usan ya para la navegacion el tiempo de Greenwich.

España, desdichadamente, no ha pecado por exceso de avaricia en esto de la multiplicidad; pues sucesivamente ha contado sus longitudes desde los meridianos del Estrecho de Gibraltar, Toledo, el antiguo Colegio de guardias marinas de Cádiz, San Fernando (en dos emplazamientos diferentes y casi contiguos; los de sus dos observatorios, el antiguo y el actual), Ferrol, Cartagena, Plaza Mayor de Madrid, Observatorio de la misma Capital, Coimbra, Lisboa (en tres distintos parajes correspondientes á sus observatorios sucesivos), la Catedral de Manila, la Isla de Hierro (en puntos diferentes; algunos indeterminados)....; y, como si todo esto no fuera bastante, la Sociedad Geográfica de Madrid (sociedad de tantas eminencias verdaderamente glorias de nuestra patria) designa nuevamente para meridiano de orígen uno más; el que pasa por la Punta de la Orchilla, extremo occidental de la Isla de Hierro, lugar no bien determinado aun. (!)

¿Qué impide, pues, llegar á un acuerdo respecto de la designacion del Meridiano Universal?

Dolor causa decirlo: fútiles celos nacionales.

Pero, ¿qué clase de razones pueden alegarse en esta cuestion, cuando todos coinciden en la conveniencia de un solo orígen para la cuenta de las longitudes?

Segun los trabajos de los señores Sanford Fleming y Pastorin (á quienes seguimos), las razones que se disputan la preeminencia y que mutuamente se estorban y se anulan, ó, por lo ménos, dificultan un acuerdo internacional, son

la antigüedad histórica;

la fijeza y seguridad de las operaciones geodésicas;

la facilidad de determinar siempre científicamente un meridiano especial, si éste se halla indicado por la naturaleza misma;

la conveniencia de la division de los continentes en dos hemisferios por un especial plano meridiano.

Los patrocinadores de la determinacion del cero de longitudes por la antigüedad histórica, recuerdan que Ptolomeo hizo pasar el primer meridiano por las Islas Afortunadas (Canarias) límite occidental (segun entónces se creia) de los confines de la tierra; pero, ¿quién conoce la exacta posicion del meridiano de Ptolomeo? Luis XIII, rey de Francia, ordenó que el primer meridiano se colocase en la Isla de Ferro (Hierro), la más occidental de las Canarias, calculado á los 20 grados de Paris; pero posteriores observaciones más rigorosas han patentizado que la diferencia en longitud entre Paris y la principal poblacion de la Isla de Ferro es de 20° 5′ 5″, por lo cual los franceses, para que siempre Paris esté á 20 grados justos del supuesto meridiano primitivo de Luis XIII, hicieron caminar al Este el cero de orígen 5′...5″; de modo que, así, el meridiano de Ferro no pasa por ningun punto notable, y es un círculo puramente convencional; ó, lo que es lo mismo, es el meridiano de Paris. Pouchet, gran sostenedor de la conveniencia del meridiano de Ferro, propone que España conceda en la Isla una faja de tierra, que será declarada Internacional y terreno neutro, para que allí se levante un grande y perdurable monumento

astronómico, destinado á marcar en los siglos venideros el meridiano universal, y á servir de testimonio de alianza científica entre las naciones civilizadas.

Si las razones históricas hubiesen de prevalecer, España deberia EN EL ACTO conceder la neutralizacion del terreno que se le pidiera con un fin tan altamente científico; pero, no pudiendo ascenderse hasta el meridiano ptolemaico por no ser hoy conocido, podria ostentar tan antiguos derechos como el de Ferro el de la Isla de Cuervo (Azores), escogido por Mercator en el siglo XVI, porque la brújula entónces señalaba allí el Norte verdadero; ó el del Pico de Tenerife, donde poco despues colocaron su primer Meridiano los holandeses, ó el del Cabo Lizard, usado por los ingleses ántes que el de Greenwich; y, más que todos estos, por más antiguo, el de la Isla de San Nicolás próximo á Cabo Verde; punto de partida para muchos geógrafos de hace más de tres siglos.

Siendo difícil determinar un meridiano por su prelacion histórica, la terca idea de antigüedad tomó, sin embargo, otro rumbo; y, así, se propuso el meridiano de Alejandría, porque en Alejandría hizo sus cómputos Ptolomeo; y, como todavía es más vieja que Alejandría la Gran Pirámide de Egipto, no faltó quien quisiera contar las longitudes desde allá; y, como, aunque no tan vieja cual la gran pirámide egipcia, es tambien antigua, y además excita venerandos recuerdos piadosos la ciudad de Jerusalen, en el Congreso de Paris de 1875, fué propuesto para meridiano magistral el que pasa por la Santa Ciudad de la pasion y muerte de Jesus. Por último, la *Crónica de Leon* en un trabajo muy notable, ha propuesto que se considere como meridiano inicial el de aquel punto de nuestro globo donde primeramente se cuenten en la actualidad los dias de la semana; punto hoy desconocido, pero que indudablemente existe, y que no ha de ser hoy difícil de determinar, contando con las redes telegráficas de todo el mundo.



MUCHACHA DEL BREISGAU, dibujo por J. R. Wehle

En la fijeza y seguridad de las observaciones astronómicas y geodésicas que han servido de fundamento á los mapas construidos en estos últimos tiempos estriba la segunda clase de razones en litigio. Los franceses alegan que, estando basada la carta del Estado Mayor francés, en grados contados al Este y al Oeste de Paris, el futuro meridiano debe ser el mismo de Paris; ó bien, otro que pase á una distancia de él, múltiplo exacto de decígrados, á fin de respetar el trabajo de los geodestas franceses, y no variar las líneas meridianas de aquel mapa. Pero esta exigencia de nuestros vecinos transpirenaicos puede ostentarse quizá con mejores títulos por los geodestas de otras naciones, donde se hayan hecho triangulaciones de primer órden; y no seria ciertamente España la que hubiera de ceder en este terreno á ninguna otra respecto á exactitud y precision.

Hubo un tiempo en que estuvo, como si dijéramos, de moda entre los hombres de las ciencias físicas el empeño de referir á las llamadas CONSTANTES NATURALES todos los módulos de medir. De ahí salió el sistema métrico decimal, fundado en la creencia de que el metro, caso de perderse, se volveria á encontrar y á reproducir exactamente, por suponerlo la diezmillonésima parte de un cuadrante de la tierra; empeño reproducido hace poco en nuestros dias por el sabio P. Secchi al querer sacar de las ondas luminosas el metro de longitud. Hoy los hombres de las ciencias físicas, unánimemente, han abandonado las supuestas CONSTANTES NATURALES; y, por eso, empiezan á ceder las pretensiones de cuantos quieren que el primer meridiano esté indicado por la naturaleza misma. Aquellos grandes hombres del siglo pasado tenian demasiada confianza en sus medios de medir y de calcular; y ni áun siquiera sospechaban que el radio de la tierra calculado por ellos resultaria demasiado chico, á consecuencia de más exactas mediciones. Y, sin embargo, el achatamiento polar, estimado hace un siglo en $\frac{1}{332}$, es hoy considerado como igual á $\frac{1}{289}$; y, por consiguiente, el radio de una esfera de igual volúmen que el correspondiente esferoide terrestre de rotacion, calculado en 1800 (Delambre) en 6369284 metros, está computado hoy (Listing) en 6370000: es decir, que el diámetro terrestre aparece, al finalizar el siglo actual, kilómetro y medio mayor que al empezarlo.

Laplace, pues, recomendó para MERIDIANO MAGISTRAL el de aquel punto en que eran las 12 al entrar el sol en el equinoccio vernal el año de 1250; momento en que el apogeo de la órbita terrestre coincidió con el punto solsticial de Cáncer. Herschel apoyó este meridiano inicial y universal (que pasaria á unas 8 millas al O. de Cabo Mesurado en la costa de Africa); y que, debiendo únicamente su razon de ser al movimiento aparente del sol respecto de las estrellas, no podia herir los celos y orgullos nacionales, ni alimentar la anti-científica tenacidad rutinaria que aún persiste en favor de los ceros arbitrarios de longitud. Herschel llamaba TIEMPO EQUINOCCIAL á las duraciones contadas desde este meridiano dependiente solo de razones astronómicas.

Abandonado ahora el meridiano de Ferro por las principales naciones marítimas; estimadas en poco las razones históricas de antigüedad; pasado de moda el empeño de apoyarse en las constantes naturales; los más eminentes sabios fijan hoy su atencion en consideraciones sólo de conveniencia social.

Hoy cuentan el tiempo por el meridiano de Greenwich todos los marinos Ingleses, los Norte-Americanos, los Holandeses, los Belgas y los Japoneses, y gran parte de los Italianos (que tambien se rigen por el de Nápoles), de los Noruegos (que aún no han abandonado enteramente el de Cristianía), de los Alemanes (que tambien se atienen al de Paris y al hipotético de Ferro), de los Rusos (aún en parte consecuentes con el de Pulkova y Ferro), de los Suecos (tambien gobernados por el de Stokolmo y Paris), de los Austriacos (en parte sectarios del de Ferro) y, por último, de los Dinamarqueses (algunos de los cuales cuentan tambien desde los ceros de longitud de Copenhague y Paris); por manera que cuentan las longitudes desde Greenwich 37663 buques con 14600972 toneladas; y solamente 20034 buques con 5711121 toneladas las cuentan desde Paris, San Fernando, Nápoles, Cristianía, Ferro, Pulkova, Stokolmo, Lisboa, Copenhague y Rio Janeiro.

Además es, á todas luces, evidente que el meridiano no debe pasar por el corazon de ningun país populoso; porque, al llegar el sol al zenit, es decir, á la mitad de un dia solar, acabaria un dia de la semana y empezaria otro; con lo cual cada espacio de luz solar tendria dos fechas.

Conviene, pues, un meridiano que no pase á través de ninguna tierra habitada; y, examinando con este interés científico cualquier globo terrestre, se ve que dos, y solamente dos, son las secciones de la tierra que se presentan con las condiciones apetecidas:

1.° Un meridiano, á través del Atlántico, puede pasar entre Africa y la América del Sur, sin tocar ninguna porcion de estos dos continentes, evitando las islas y tierras firmes, excepto una parte de la Groenlandia Oriental;

2.° Otro meridiano en el hemisferio opuesto puede pasar por el Estrecho de Behring y por todo el Océano Pacífico, sin tocar jamás en tierra.

Cualquiera de estas dos secciones serviria para el objeto deseado; pero la próxima al Estrecho de Behring se recomienda con más especialidad, precisamente por ser el antimeridiano de Greenwich, que es el preferido próximamente por los $^3/_5$ de los buques, y el relacionado con los $^3/_4$ del movimiento mercantil del mundo calculado en toneladas.

Por él se decide SANFORD FLEMING; é, independientemente de este sabio ingeniero, el célebre presidente de la Sociedad Geográfica de Ginebra, Bouthilier de Beaumont, propone tambien, como punto de partida para la cuenta de las longitudes, un meridiano que atraviese el Pacífico y pase junto al Estrecho de Behring.

En vista de todo esto ¿qué se opone á la adopcion del meridiano universal?

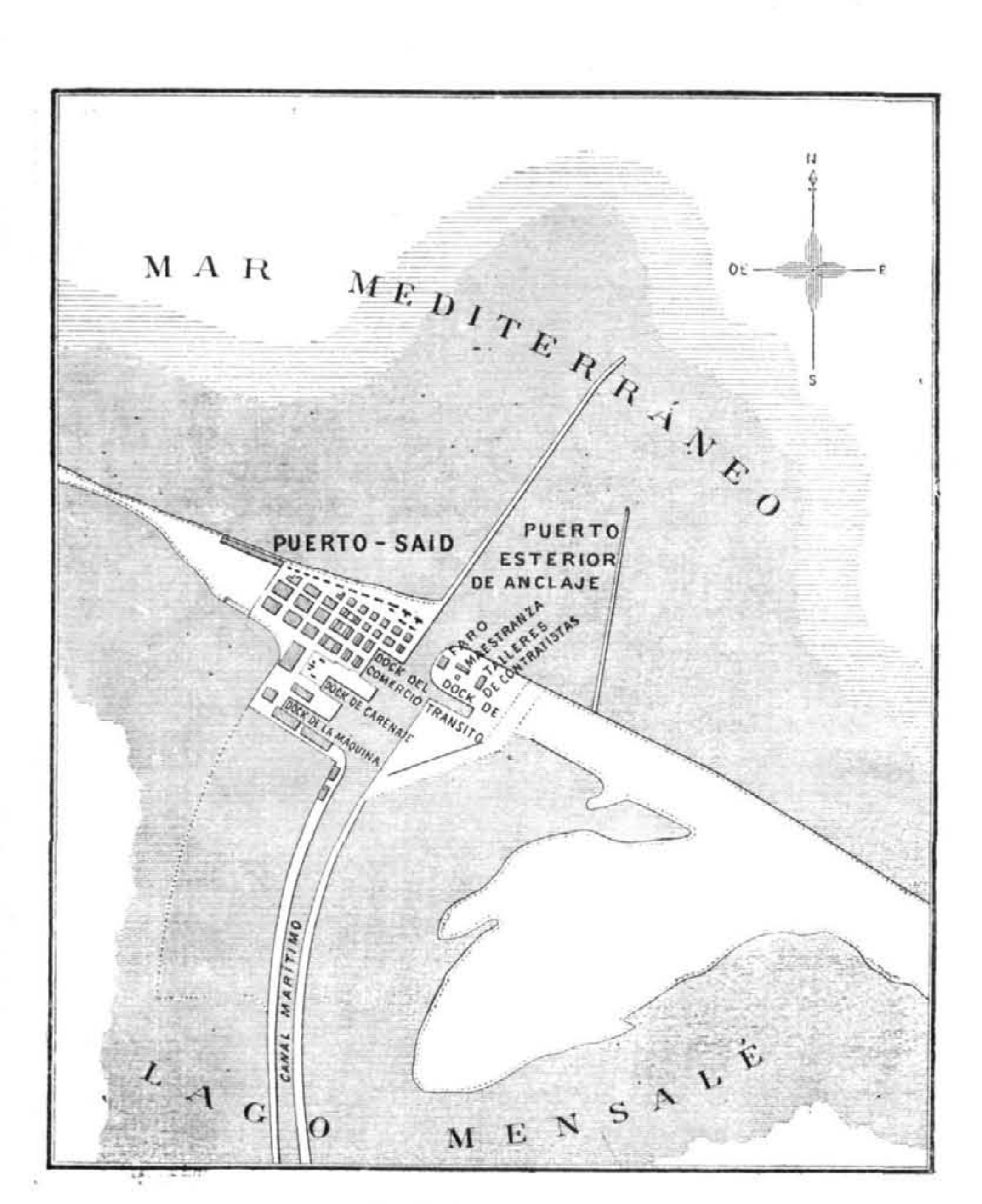
¡Ah! ¡pena da de confesarlo y repetirlo!

La puerilidad de orgullos nacionales.

¿Podria álguien creer que ha habido franceses tan francamente indiscretos, que no han temido indicar que, si Inglaterra adoptase la medida *métrica francesa*, *Francia*, EN RECIPROCIDAD (!) podria hacer la concesion de adoptar el primer meridiano de Inglaterra? Pues esto consta del Boletin de la Sociedad Geográfica de Paris. Pero esta clase de argumentos ni áun parecen dignos de refutacion; y de esperar es que, apaciguados pronto los celos de una falsa patriotería, y desvanecidas las vanidades ridículas de supremacías nacionales, ante el interés sagrado de la ciencia, quede pronto aceptado un MERIDIANO UNIVERSAL, punto de partida para contar las longitudes geográficas; y que, de una vez y para siempre, con la admision de la cuenta del tiempo cosmopolita, cese lo que en dia no lejano ha de aparecer como anomalía incomprensible de nuestra época: el hecho actual eminentemente anti científico de que las manillas de los relojes estén en el MISMO INSTANTE DE TIEMPO ABSOLUTO señalando en la tierra todas las posibles direcciones.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMON



PLANO DE PUERTO SAID

La cuestion del canal de Suez, una de las obras más notables de nuestro siglo, no solamente bajo el aspecto técnico y de especulacion sino tambien bajo el político, el del comercio universal y de la civilizacion, ha ocupado recientemente, y ocupa aún la atencion universal por haber entrado en una doble fase nueva y apénas prevista, la de la intromision de la Inglaterra en la administracion, y la del ensanche indispensable del mismo y reduccion de precios de pasaje. Esto nos ha inducido á ofrecer á nuestros lectores algunos grabados y mapas para ilustrarles acerca de esta cuestion actualmente tan debatida.

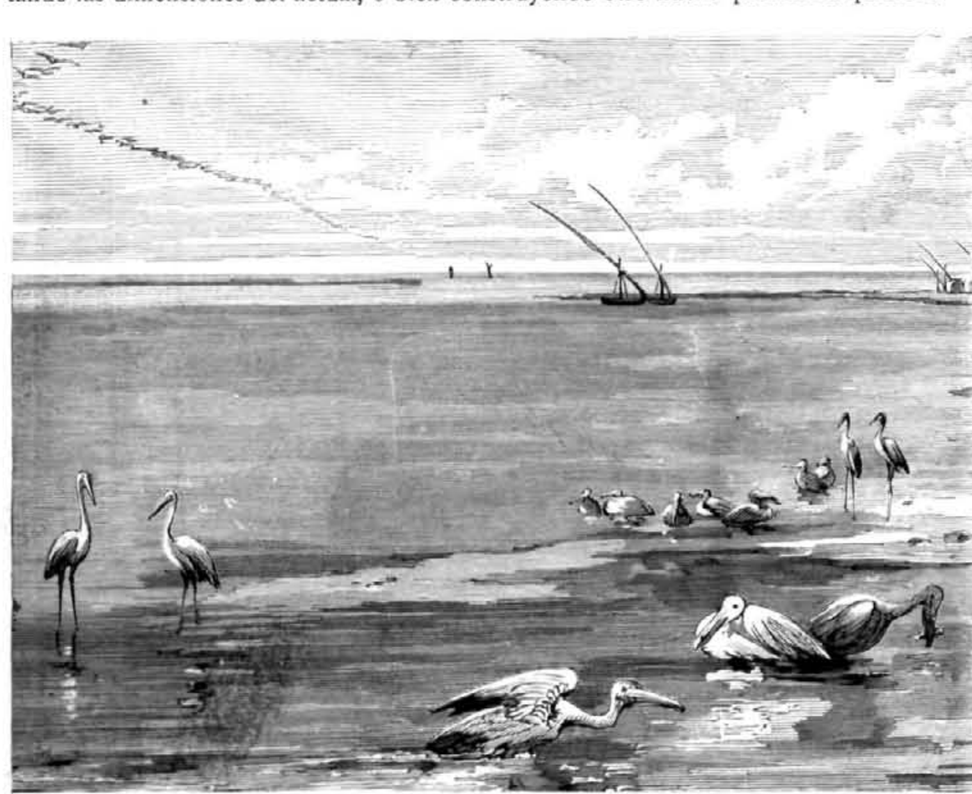
El autor y director de la empresa es el vizconde Fernando de Lesseps, uno de los hombres más grandes y útiles á la humanidad de cuantos honran nuestro siglo al decir de los mismos periódicos ingleses, y cuya biografía es sobrado conocida para que la reproduzcamos aquí.

Al terminarse el actual canal aprovechóse de él en primer lugar la Gran Bretaña cuyos buques constituyen hoy las cuatro quintas partes de todos los que transitan por esta vía marítima, y pagan de consiguiente á la compañía empresaria igual proporcion de peaje, sin poder intervenir para nada en la direccion, ni por consiguiente obtener mejora ni rebaja alguna miéntras la administracion no se incline á ello y las conceda de su propia voluntad.

Pero en 1875 vióse obligado el virey á arbitrar recursos pecuniarios, y el gobierno inglés apresuróse á aprovechar esta circunstancia comprándole por 5 millones de libras esterlinas (125 millones de pesetas) las 176,602 acciones del canal que tenia, á pesar de haber dado el virey en garantía de un empréstito los intereses y beneficios de las mismas hasta el año 1894; los ingleses tuvieron ya con esta adquisicion un pié en la empresa.

Hé aquí ahora lo que reclama el nuevo socio, el gobierno inglés:

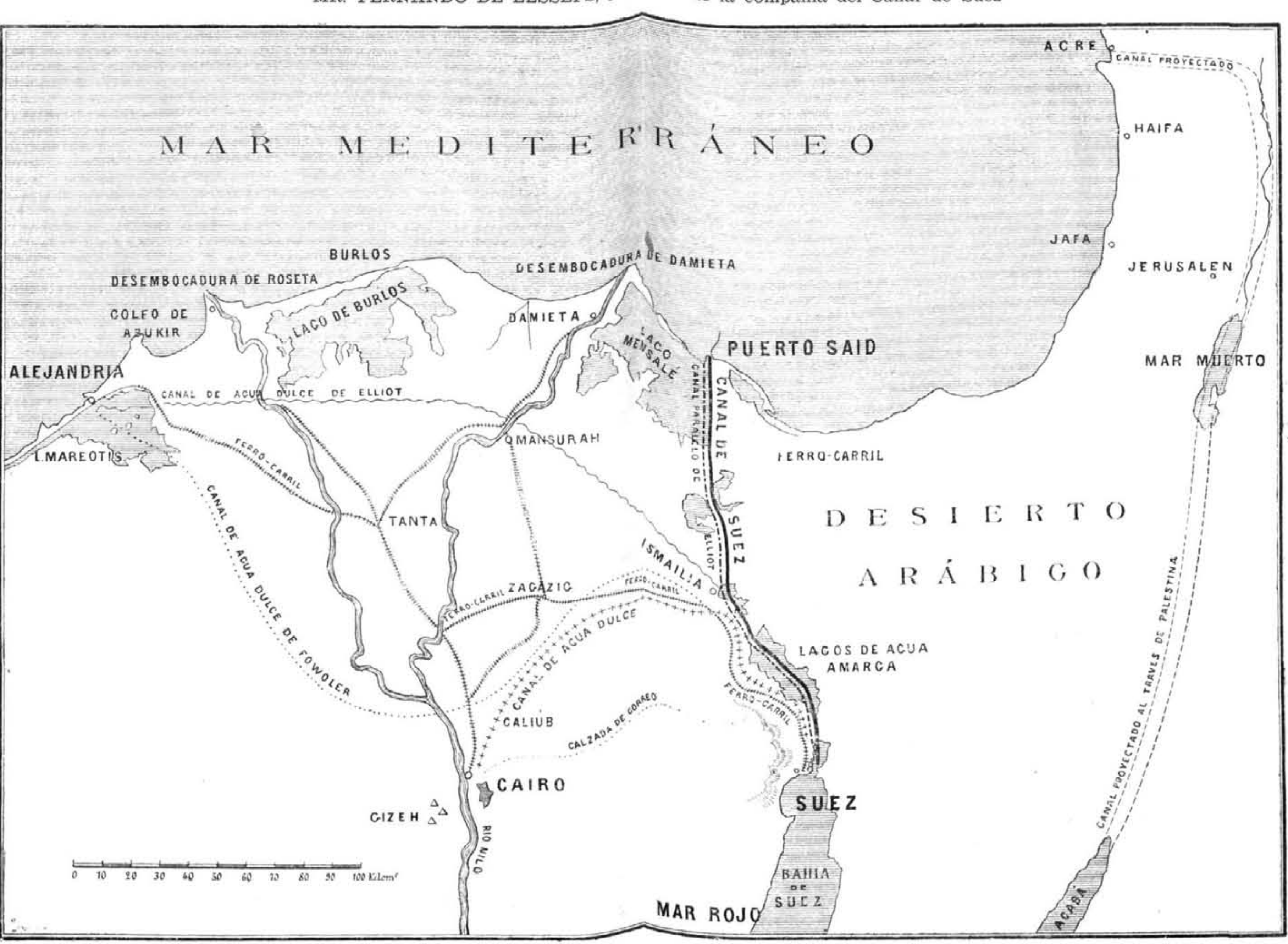
1.° Ensanche del canal conforme exige el creciente número de buques; ya sea aumentando las dimensiones del actual, ó bien construyendo otro nuevo paralelo al primero.



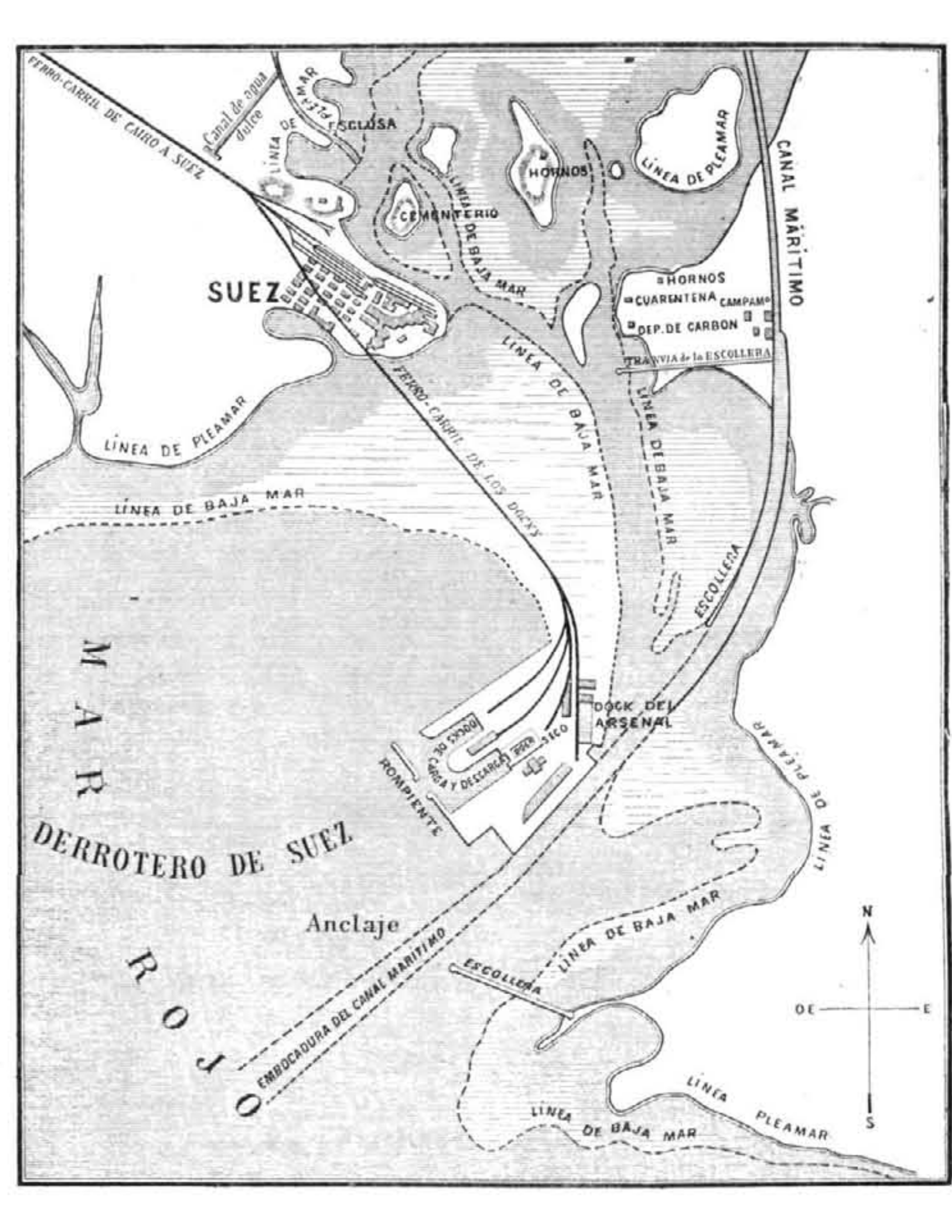
LAGO MENSALÉ, POR EL QUE PASA EL CANAL



MR. FERNANDO DE LESSEPS, presidente de la compañía del Canal de Suez



PLANO DEL CANAL DE SUEZ Y DEMÁS VÍAS DE COMUNICACION EXISTENTES Ó EN PROYECTO



PLANO DEL PUERTO DE SUEZ

2.° Una reduccion notable en los derechos de tránsito que son ahora 10 francos por tonelada y que deben reducirse de 50 en 50 céntimos hasta 5 francos; pagando los buques en lastre siempre 2'50 francos ménos que los cargados. M. Lesseps pide que se hagan estas rebajas sucesivas á medida que aumenten los beneficios, que se calcula llegarán en 1885 á 21 % por cada accion comun de 500 francos nominales. El capital total está distribuido en 400,000 acciones.

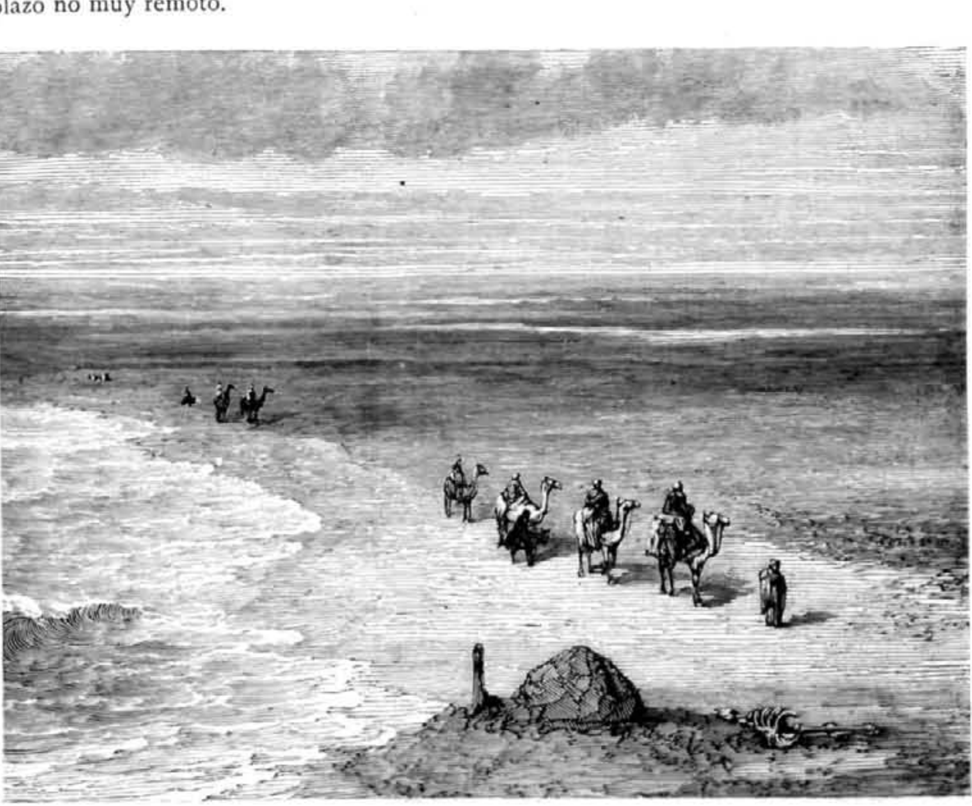
	Libras esterlinas
El rendimiento del Canal fué en 1882.	2.500,000
Gastos.	730,000
Beneficio líquido.	1.260,000

De éste recibió conforme á los estatutos de la compañía:

El gobierno egipcio el 15 por ciento.	185,000
Los sócios fundadores el 10 por ciento.	126,000
Los directores de la Compañía el 2 por ciento.	25,320
El fondo de inválidos el 2 por ciento.	25.320
Los accionistas el 71 por ciento.	700.000

ó sea un dividendo de 56'22 francos por accion.

Poca ó ninguna explicacion necesitan los tres mapas. En el mayor de ellos verán nuestros lectores al lado del canal actual de navegacion entre Puerto-Said y Suez, el proyectado por Elliot que es el que más probabilidad tiene de ser ejecutado. Otro canal se ha proyectado desde Acre al través de la Palestina, y es fácil que se construya tambien en un plazo no muy remoto.



EL LLANO DE PELUSA AL ESTE DEL CANAL DE SUEZ



AÑO II — BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 85

HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

¡Ojo al alcalde!—La eterna cuestion de subsistencias.—Jehová y los tahoneros.—La seccion de consejos en los periódicos.—Tareas del concejal.—La mision de la prensa.—Proposiciones extraordinarias.—¡Al pan, pan; y al ladron, ladron!—Los concejales *Delgados*.

Todo el mundo tiene la vista puesta en los concejales. Es cosa difícil ser individuo del Ayuntamiento.

No pasa dia sin que multitud de periódicos aconsejen al señor Alcalde las precauciones y las medidas que ha de tomar para que Madrid quede convertido en una poblacion *buena, bonita y barata*.

¡Cosa extraña! El mal no es de ahora solamente.

Siempre hubo pugna y disentimiento entre el expendedor del pan y el individuo que lo compra.

¡Decidme si recordais algun momento en que el consumidor se haya visto en el caso de elogiar la magnanimidad y la justicia del tahonero!

No hallareis seguramente este dato histórico mezclado con las mil nociones de hechos pasados que se conservan en vuestra memoria.

Nunca habreis sabido, ni por la tradicion, ni por la lectura de cronicones antiguos, que pueblo alguno haya tenido que reconocer por innegable imposicion de la evidencia que los suministradores de los artículos de primera necesidad eran razonables en su comercio y equitativos en su ganancia.

Jamás ha dicho el pueblo reunido:

—La virtud es el privilegio de los que venden objetos comestibles. Esa raza desprendida y heróica merece que la humanidad le tribute honores. Ellos se contentan con una ganancia mínima; ellos no venden ningun artículo sin que posea las condiciones de madurez, frescura y salubridad exigidas por los más elementales tratados de higiene; ellos no merman su mercancía, ántes al contrario, más bien se exceden á favor del público en el peso y en la medida.... Son dignos de que les elevemos un monumento que recuerde su grandeza de alma. ¡Ensalcémoslos, glorifiquémoslos, para estímulo y enseñanza de las generaciones venideras!

Nunca se ha podido decir eso.

El Dios de los tiempos bíblicos surtia de *maná* gratis á su pueblo escogido.

El Dios de los cristianos reparte todas las mañanas el pan nuestro de cada dia.

Pero los vendedores de ese artículo de primera necesidad no han entrado aún en la categoría de dioses. Son simples mortales con codicia y con afan de medro; y aunque tienen aficion á mantener el precio del pan á la altura de las nubes son muy apegados á los intereses de la tierra.

* * *

Siempre ha existido, pues, discordancia entre el consumidor y el tahonero; pero nunca se ha fijado la opinion pública con la tenacidad de ahora en esa cuestion capital del alimento de los pueblos.

En los periódicos se ha introducido una seccion de consejos al Ayuntamiento, diaria, infinita, inagotable.

El concejal que quiera satisfacer los deseos de sus administrados tiene que constituirse dia y noche en perpetuo vigilante.

Lo primero que hace al levantarse de la cama es echar una ojeada sobre los consejos del dia:

Abre su periódico y se encuentra en seguida con lo siguiente:

Aconsejamos al señor Alcalde que mande girar una visita á este y aquel establecimiento.... que cuide de las buenas condiciones de las carnes, de que el vino, la leche y otros artículos no se vendan adulterados,.... de que se quite tal ó cual foco de infeccion que existe en esta ó la otra parte.... que vea en los mercados el estado de las frutas.... que inspeccione la calidad del pan y su peso exacto.... etc., etc.

Todos estos consejos se hallan muy puestos en razon y constituyen una prueba de lo que yo he dicho alguna otra vez en estas mismas revistas escritas de pura impresion sobre los acontecimientos del dia.

Esto es; demuestran que la prensa periódica tiene otra mision más elevada y más provechosa que la de armar la zancadilla á los ministerios; y consiste en velar por los intereses públicos y levantar el nivel moral de las sociedades.

Pero, una vez reconocido esto, me hace falta preguntar:

—¿Es que los concejales no saben por sí mismos la obligacion de su cargo, y tienen necesidad, como los niños á quienes se guia por el buen camino, de que los periódicos les indiquen lo que han de hacer para cumplir dignamente su cometido?

* * *

Las excitaciones públicas, sin embargo, producen su efecto.

Cada concejal se propone ser un poderoso elemento que barra de Madrid la multitud de cosas insanas que por aquí pululan.

Andando por este camino, yo creo que algun dia se han de acabar los consejos.

Llegará tal vez el momento en que los periódicos no puedan aconsejar nada.

¡Y entónces será ella!

El regente de algunas redacciones entrará en la habitacion del director á última hora, diciendo:

—¡Falta media columna de original!

—¡Hombre!... ¡Falta todavía!

—Sí, señor; y los cajistas están parados.

El director tocará el timbre.

—Vamos á ver,—dirá al confeccionador del periódico.—¿Hay algo de cólera?

—Lo mismo de siempre. Una baraja de nombres egipcios; números de defunciones mil veces repetidas. La relacion de un nuevo preservativo. Cartas de un hombre científico de Rusia, de otro no ménos científico de Alemania, de otra lumbrera de la ciencia italiana, y de otra ilustracion académica francesa..... Además hay la opinion de un hombre de Estado inglés sobre la ineficacia de las cuarentenas.... ¡Todo se ha dado!

—¿No se puede alargar nada?

—Imposible, se ha estirado todo lo que se ha podido.

El director se rascará la frente.

Luégo dirá:

—¿Y con lo de Ischia, no se podria hacer media columna?

—No es fácil.... Se han llenado ya ocho cuartillas de escombros y dos ó tres de cadáveres....

—¡Malo!... ¡malo! ¿No ha habido hoy ningun incendio?

—Yo me he inflamado con los ojos de una morena....

—¡Déjese V. de bromas!

—El viaducto de la calle de Segovia no ha sido cómplice de ningun suicidio.

—Nadie se ha tirado por él.... Ese viaducto se ha declarado en huelga.

El director reflexionará un rato.

Despues dirá:

—Haga V. unos consejos.

—El de ministros ya está dado.

—No, hombre, no; consejos al Ayuntamiento.

Aconseje V. cosas raras, puesto que la tal seccion está ya completamente agotada. Diga V.:

1.º Que el Ayuntamiento debe tratar de canalizar el Manzanares.

2.º Que seria conveniente estudiar el proyecto de convertir á Madrid en puerto de mar. Y haga V. aquí algunas consideraciones sobre la importancia del comercio marítimo y de la pesca.

3.º Que no se deberia permitir por las calles de Madrid el tránsito de ningun perro sin que fuera atado con longanizas.

4.º Que se rieguen las calles con agua de Colonia, para hacer frente á los malos olores.

5.º Que en las proyectadas plantaciones de árboles se otorgue la preferencia á los olmos que den peras....

Y todo lo demás que á V. se le ocurra.

* * *

La predileccion de las sesiones del Ayuntamiento ha consistido en el asunto del pan falto de peso.

¡Válgame Dios! Lo que cuesta en este país dar á las cosas su verdadero nombre.

Si un pobre, hambriento, penetra en una tahona y se lleva un panecillo para alimentarse á sí mismo ó para dar de comer á sus hijos, á buen seguro que el tahonero saldrá á la calle gritando: ¡Al ladron!.... ¡al ladron!

Y el infeliz hambriento irá por de pronto á comer á la cárcel.

Pero volvamos la oracion por pasiva. Supongamos que ese pobre tiene lo suficiente para comprar unas libras de pan.

Entra en la tahona, toma su mercancía, la paga equitativamente; y luégo descubre que al pan que acaba de comprar le faltan algunas onzas....

En este caso el tahonero es, á lo más, calificado de defraudador.

¿De qué nos sirve el diccionario de la Academia Española?

¡No seamos metafóricos! Acostumbrémonos á expresar las cosas con justicia y claridad.

Llamemos al pan, pan; y al ladron, ladron.

Y castiguémosle como á tal, cualquiera que sea el que incurra en la pena.

* * *

Ultimo eco del municipio:

Hay en el Ayuntamiento un individuo que es poeta. Se llama Jimenez Delgado.

Excusado es decir que en casi todas las sesiones hace uso de la palabra.

Los poetas suelen ser verbosos. Jimenez Delgado, muestra, además de inspiracion, buen sentido. Aboga con tono apocalíptico por las reformas útiles.

El otro dia un periódico dijo que el tal poeta pedia que se sometiera á los *defraudadores* á la accion de los tribunales.

Parece, sin embargo, que no habia sido él quien propuso esa medida.

Se ha hecho una rectificacion. No es el señor Jimenez Delgado sino el señor Miranda Delgado.

—¡Lo mismo da!—dijo uno.

Es que en el Ayuntamiento hay dos Delgados. ¡Naturalmente!

¡Efectos del pan mermado de peso! Si no se pone remedio, la delgadez nos atacará á todos.

En esta cuestion de alimento público hay que hilar.... muy *delgado*.

PEDRO BOFILL

Madrid 12 agosto de 1883

NUESTROS GRABADOS

HAYDÉE, dibujo por R. Taylor

La Haydée de nuestro cuadro puede ser la protagonista de la ópera de su nombre. Hasta aquí nada de particular; una mujer jóven, hermosa, de tipo y traje oriental.

Pero esa insistencia de nuestros artistas contemporáneos á inspirarse en personajes y costumbres asiáticas y africanas ¿es simple capricho, aficion ó moda inconsciente; ó puede obedecer á ese impulso, propio de los poetas y de los pintores, que, sin darse cuenta de ello, vienen á ser unos profetas mal comprendidos?

¿Será que, á fuerza de llamar la atencion hácia el Asia y el Africa, adviertan á la Europa que su porvenir se encuentra en esas partes del mundo, á donde apénas ha llegado la civilizacion en estado embrionario?

Es verdaderamente notable esa tendencia artística, y ¿quién sabe?.... Un lienzo de mano maestra, una poesía inspirada, pueden abrir nuevos horizontes á un pueblo impresionable. Europa tiene interés manifiesto en Asia y Africa; y sus pintores, como si lo tomaran á empeño, ponen constantemente ante sus ojos ejemplares de esos paises poco conocidos, tan despreciados digámoslo así; y donde, á pesar de todo, existe el *mañana* de nuestras orgullosas razas, condenadas á fallecer de miseria, si el Asia y el Africa no concurren á su engrandecimiento.... La vieja Europa se parece á uno de esos nobles arruinados, que por no exhibir sus necesidades, se dejan morir de hambre en el fondo de sus inútiles castillos....

Créanme mis lectores; el genio es un estadista, un estadista que obra por sentimiento, por intuicion, por el *algo divino* que todos reconocemos en él. No es tan infalible la diplomacia oficial que no deba merecer nuestra atencion la diplomacia del arte....

EL GORILA, dibujo por Specht

El gorila fué descubierto en 1849, y podemos añadir que descubierto en mal hora. Ni los hombres ni los animales deben estarle poco ni mucho agradecidos. Por de pronto desbancó en la supremacía de los irracionales al orangutan, al chimpanzé y al gibon; al paso que su estructura y costumbres dieron nuevos argumentos á esos señores naturalistas que nos dispensan el *honor* de suponernos una variante de esos cuadrumanos. Dígasenos si con semejantes consecuencias, no es justo que animales y hombres califiquen de calamidad la aparicion del gorila.

Por nuestra parte, á la simple vista de ese mono gigante, tan repulsivamente feo, protestamos de toda analogía con ese monstruo espantable de la costa occidental de Africa. Si á algun sabio, por razones que á él le parezcan bastantes, se le ocurre incluir semejante adefesio en el árbol genealógico de su familia, con su pan se lo coma, ó mejor dicho, se lo coma con las plantas y frutos silvestres de que se alimenta su presunto ascendiente.

Nosotros somos más presuntuosos, y de acuerdo con nuestras creencias religiosas y con las demostraciones de una ciencia ménos condescendiente, sostenemos ser ejemplares de una especie única, de la cual forman parte, y por cierto parte escogida, nuestras lindas suscritoras, tesoro de la familia, encanto de los salones y flores de los paseos, que nunca nos perdonarian (y obrarán cuerdamente) el haber sospechado siquiera que tanta virtud, tanto talento y gracias tantas, procedieran de ese gorila inmundo, que podrá ser el más diestro de los cuadrumanos, sin dejar de ser el más feo de los irracionales.

LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés

Pero señor, ¿qué tendrá de particular el uniforme de los militares que hasta tal punto es simpático á las maritornes?.. La escena que Fabrés ha dibujado en Roma, puede copiarse del natural en cualquiera ciudad ó aldea que tenga poca ó mucha guarnicion. Donde quiera que echan raíces los piés de un hijo de Marte, á su sombra aparece indefectiblemente una Vénus de fregadero.

Cierto que hay uniformes vistosos y que tal simple soldado ha llenado el mundo con el eco de su nombre: Kleber, Espartero y tantos y tantos otros ilustres generales han sido viviente ejemplo de que todo lo pueden el valor, el estudio y la constancia en los empeños. Sin embargo, no es este el secreto de la seduccion ejercida por la milicia sobre una parte de la humanidad femenina.

Entre la fámula y el soldado deben existir corrientes especiales, flúidos misteriosos que hablan al cuartel de la cocina y á la cocina del cuartel. Esas corrientes, esos flúidos producen á lo sumo algun aligeramiento en el cesto de la compra; pero no es imposible que en un momento dado, determinen un verdadero trastorno en las leyes de la ordenanza ó de la economía doméstica.

En tales casos, unos dias de calabozo ó una despedida á raja tablas se encargan de demostrar á Marte y Vénus que en el jardin del amor, como en los jardines más vulgares, las rosas tienen sus correspondientes espinas.

JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES
dibujo por Barzaghi-Cattaneo

Juana Gray es una de las víctimas de la ambicion humana más inocentes y más simpáticas. A los diez y siete años y despues de un reinado tan efímero que sólo duró nueve dias, fué decapitada de órden de su triunfante rival María Tudor. La infeliz Juana, nacida en 1537, era biznieta del rey de Inglaterra Enrique VII. A la muerte de Eduardo VI se vió que este monarca la legaba el trono, quizás sugerido por el duque de Northumberland, cuyo hijo, el duque de Guildford, habia contraido matrimonio con Juana. Los partidarios de María Tudor, hermana de Eduardo VI, protestaron contra el testamento de este soberano, y alzando pendones por María, se dieron tanta diligencia, que en pocos dias, casi en horas, destronaron y prendieron á la sucesora de Enrique VII. La última escena de este lúgubre drama tuvo lugar, como hemos dicho, en lo alto de un cadalso, al que subió la desgraciada niña con su esposo y padre político, á quien la historia considera causante principal de esta hecatombe.

El autor del cuadro que publicamos ha interpretado de una manera admirable la interesante figura de esta reina de nueve dias, que desde un dorado alcázar se encuentra aprisionada en estrecha y lúgubre torre, sospechando el trágico fin que en breve le espera. El ave, hambrienta de aire y de libertad, quiere romper los hierros de su jaula; mas ¡ay! que esos hierros los ha fabricado la venganza y no los dobla ni la desdicha ni la desesperacion. Las reinas de Inglaterra han sido implacables en sus odios. ¡María Tudor es la precursora de Isabel! Juana Gray es el espejo ensangrentado de María Stuard.

CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA Á LA CIUDAD DE WISBY EN 1361
cuadro por Cárlos G. Heliquist

Deseoso el rey Waldemar IV de Dinamarca, como la mayor parte de sus antecesores, de reunir bajo su cetro todos los países escandínavos, declaró la guerra á los suecos, y en 1361 venció por dos veces á las tropas de la ciudad anseática de Wisby, de la cual se apoderó. En lugar de abandonarla al saqueo de sus soldados ó de entregarla á las llamas, como era costumbre en aquella turbulenta época, Waldemar, más previsor y positivista, se contentó con imponer á la ciudad una fuerte contribucion de guerra, á cuyo efecto, mandó levantar un trono en la plaza pública, y colocar delante de él tres grandes toneles, ordenando que los habitantes de la vencida Wisby los colmaran con su dinero y alhajas. El cuadro representa el momento en que obedeciendo estos el mandato del monarca danés, acuden de grado ó por fuerza, á depositar en dichos toneles sus objetos más preciosos.

Como reproduccion de un asunto histórico, la obra del jóven pintor sueco es una maravilla de verdad, no ya en la expresion de las rudas fisonomías de los guerreros septentrionales del siglo XIV, sino en los trajes, en los edificios y hasta en los más insignificantes accesorios, revelándose en todo el conjunto el concienzudo estudio que ha hecho el artista de lo perteneciente á aquella época. Por esta razon, y por lo vigoroso del colorido, lo correcto del dibujo y la bien entendida colocacion de las figuras, este cuadro ha llamado poderosamente la atencion en la Exposicion recien celebrada en París.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Ninguna belleza más seductora, más elegante y aún pudiéramos decir más coqueta, que la naturaleza en regiones tan encantadoras como las de Andalucía.

Ningun traje tan elegante como ese tapiz de césped sembrado de flores, que se pliega caprichosamente en las accidentaciones del terreno.

Ninguna cabellera tan opulenta, tan bella, como esas espesuras que ondulan sobre las lomas.

Ninguna diadema tan rica como la de zafiro, que rodea la vega, determinada por los dentellones de las distantes sierras.

Ningun diamante como el hielo eterno que brilla en el verano en la altísima punta de Sierra Nevada.

Ningun bordado, ningun prendido como el de las flores.

Ninguna franja como la de plata de los arroyos.

Ningun encaje como el de las cascadas.

Ninguna melancolía como la de la selva.

Nada tan fresco y tan perfumado y tan jóven.

Y añadid á esto el gemido del viento, el murmullo de las hojas, el canto de las aves, el balido de las ovejas, el ladrido del perro que las guarda, el canto del pastor, el zumbar de los insectos, el conjunto, en fin, que determina la voz múltiple, infinita, dulce, armoniosa, del espacio, de los árboles, de las corrientes, de las aves, de los animales, de los insectos.

¡Oh! ¡sí! la naturaleza, en la prodigiosa tierra de Granada, tiene todas las seducciones de las grandes hermosuras, y como ellas tiene tambien su ira.

Y como ellas desencadena la tempestad.

Y como ellas tiene el trueno, el relámpago y el rayo.

Se engalana como ellas, rie como ellas, como ellas se irrita, y como ellas seduce.

II

Las Angosturas del Darro, en el lugar en que apresura su límpida y undosa corriente al pié del empinado Sacro Monte, en que se asienta la colegiata Seminario de San Cecilio, no podian ser más encantadoras.

El rio que en el verano no es más que un grande arroyo, saltaba sobre unas piedras riscosas de un color de perla gris que se levantaban en medio de un pequeño ensanchamiento tapizado de césped y flores.

Grandes, esbeltos y graciosos álamos negros que cruzaban sus copas, determinaban el mareo opulento de aquel fresco y sombroso lugar.

La estrecha y profunda cortadura por donde entre los cerros corria el Darro, se prolongaba festonada por sombrosos cármenes, que acá y allá se comunicaban por medio de puentes rústicos formados con troncos de árboles.

El sol bañaba con sus últimos rayos la parte alta del Sacro Monte, dando á las hojas de sus árboles frutales un bello y vivísimo color de rosa.

Abajo, en la angostura la luz era blanda y fantástica.

Entre los árboles se determinaban penumbras caprichosas.

Allá en los fondos dominaba la sombra.

El aire era tibio y leve y el ambiente perfumado.

De tiempo en tiempo se oia el melancólico canto de un ruiseñor.

III

En el lugar que describimos, se acercaban de tal manera los flancos de la cortadura por cuyo fondo saltaba el rio en la parte de arriba del ensanchamiento, que un puente no muy largo de troncos, con balaustradas de ramas, ponia en comunicacion el un lado con el otro.

Sobre la cortadura, á la izquierda de la corriente, se veia con sus paredes blancas, sus persianas verdes, sus techos de tejas rojizas y su gran emparrado sobre una especie de glorieta empedrada de fino, con una fuente de mármol en el centro rodeada de tiestos de flores, una de esas posesiones deliciosas que en Granada se llaman cármenes y que más ó ménos extensos son á la par un jardin y una huerta.

Los cármenes de las Angosturas del Darro son incomparables.

Imposibles de describir.

Pequeños paraísos.

IV

Al otro lado de la cortadura, á la derecha del rio se empinaba el cerro.

Senderos orlados de higueras chumbas ó nopales y agudas pitas, serpeaban por la vertiente, dando acceso á una multitud de mesetas que se iban elevando hasta el pendiente camino del Sacro Monte.

En cada una de estas mesetas habia una cueva.

Cada una de estas cuevas tenia un corral y un huertecillo.

Aquellas cuevas eran viviendas.

Los que las habitaban gitanos.

La mayor parte de estos gitanos eran herreros forjadores de herraduras y clavos.

Estas cuevas que tienen en la entrada una puerta, y junto á ella generalmente una ventana enrejada de madera, están en su parte interior blanqueadas con cal.

La fragua que podia ennegrecerlas está fuera bajo un sotechado casi al aire libre.

Estas cuevas en su parte interior tienen senos más ó ménos grandes que sirven de dormitorios.

Los que viven con cierta comodidad cubren estos dormitorios con una cortina de lienzo blanco.

Las familias de los gitanos son numerosas.

Sin embargo se acomodan perfectamente en sus cuevas.

Hay en ellas aseo, y comodidad, y áun lujo.

Comodidad y lujo *sui generis*.

Todos trabajan: todos ganan.

Los hombres como herreros ó chalanes.

Las mujeres yendo á la ciudad á vender las paletas, las trévedes ó las parrillas que forjan los hombres y cordones de pelo, y cestas de mimbre, y libritos de los Santos Evangelios y diciendo la buena ventura ó echando las cartas.

Ellos son cuatreros, grandes ladrones de caballerías, pero jamás, sino con raras excepciones, se les cogerá en otro género de hurtos.

Ellas son honradas, y no se da jamás caso de que tengan amores con los *castellanos*, que así llaman á todos los que no son gitanos.

Son todos ellos zalameros, ponderativos, embusteros, alharaquientos.

Se ayudan mutuamente con una fraternidad, con un espíritu de raza admirables.

Cuando alguno cae preso todos se desviven por ayudarle.

Por hacer que el escribano eche polvos blancos á las declaraciones, ó si la causa es tan grave que no admite compostura por procurar su evasion al preso.

Tienen costumbres extrañas.

Prácticas misteriosas.

Hablan una jerga mezcla de castellano y *caló*.

Cuando hablan *caló* puro es necesario haberlos tratado mucho y ser muy prácticos para comprenderlos.

Los hay entre ellos que son unos admirables mozos y no es raro encontrar gitanas de una hermosura irresistible.

Ellos y ellas visten de una manera bizarra.

Son muy aficionados á los colores vivos y á las alhajas.

Las gitanas ricas se cubren la garganta de cadenas, de collares, de gargantillas, lo uno sobre lo otro.

Llevan grandes arracadas, peineta dorada, moño en la castaña y cuajadas las manos de sortijas.

Las que no pueden llevar finos estos relumbrones los llevan de quincalla.

Pero siempre el efecto es el mismo.

Resplandeciente, llamativo.

Todos y todas tocan la guitarra, cantan y bailan á maravilla.

Son gente alegre y chistosa y áun en sus duelos tienen una especie de gracia por lo hiperbólico de sus declamaciones, que harian reir sin la causa que las produce.

Son católicos apostólicos romanos, y sin embargo se entregan á prácticas tradicionales de una religion misteriosa.

Esto por supuesto cuando no hay entre ellos ningun extraño, y cuando de nadie pueden ser oidos ú observados.

En Granada hay gran número de ellos, y habitan ya en la larga pendiente que hay desde la cuesta del Chapiz hasta el Sacro Monte, ya en la parroquia de San Cristóbal, ya en la de San Cecilio, ya en fin, y estos son los más pobres, en las cuevas del Rabel á la izquierda del cerro de San Miguel, mirando hácia Sierra Nevada.

Casi sin excepcion en las cuevas que hay en el accidentado terreno de los alrededores de Granada sólo habitan ellos.

Ninguna de estas cuevas son naturales.

Todas han sido abiertas en los flancos de los cerros sobre las cañadas.

Este género de vivienda primitiva es la que se puede obtener con ménos gasto.

V

En la primera meseta que se encontraba cerca del puente rústico del cármen de que ya hemos hablado, habia una gran cueva.

En su género hubiera podido llamársela palacio.

Tenia una sucesion de espacios, á que daban luz perforaciones que servian de ventanas.

Una larga cuadra, encerraba ganado caballar y mular.

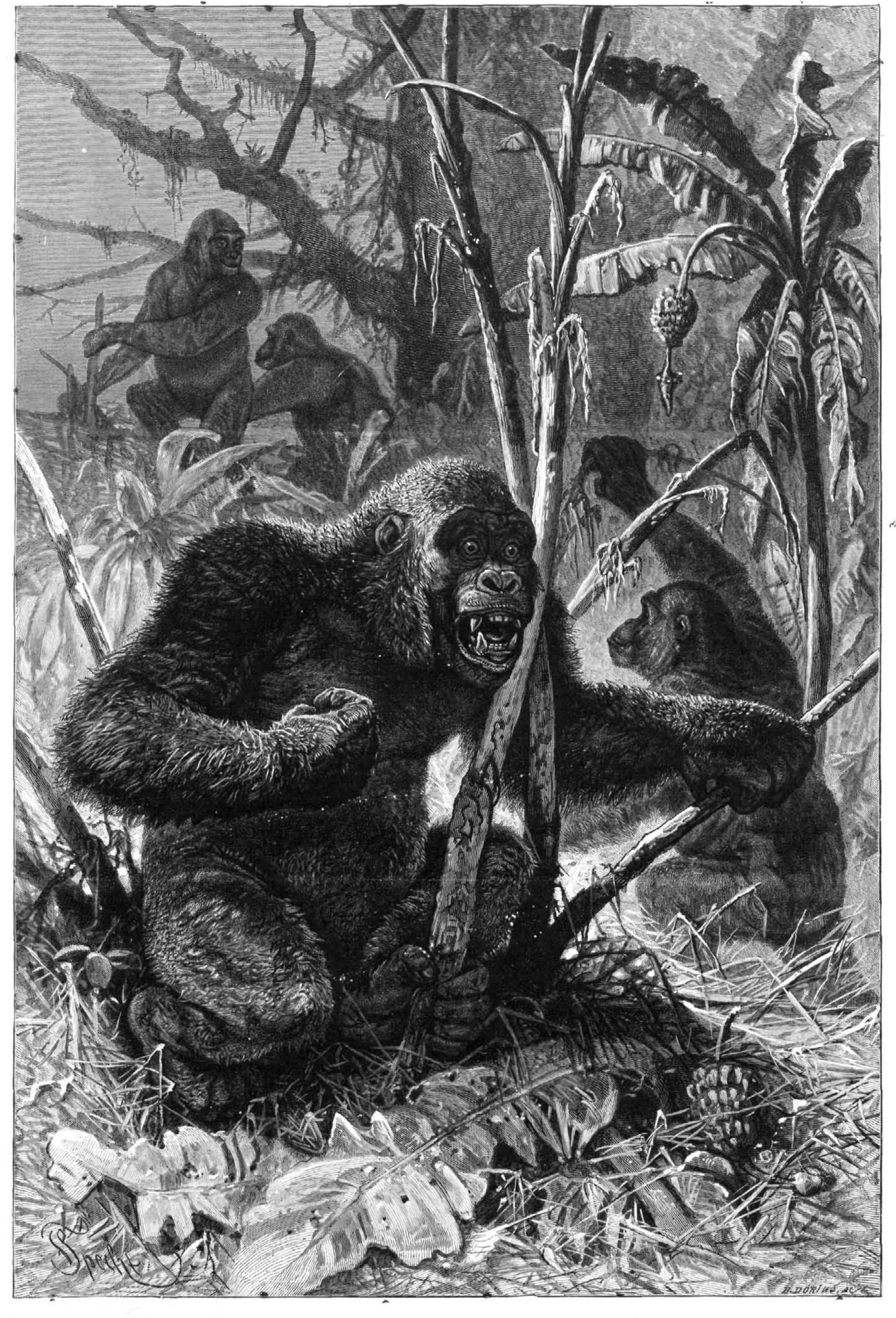
El tio Labrito, encubria con su profesion de chalan, otras industrias que eran las que habian hecho y aumentaban de dia en dia su fortuna.

Industrias secretas que puestas en claro le hubieran llevado á las manos del *buchí (verdugo)*.

Murmurábase, sin embargo, entre la gitanería, pero en voz baja, que el orígen de la fortuna del tio Labrito habia que buscarla en la perla de las gitanas del Sacro Monte, en Pepa la *Barbalí* (la magnífica).

Era esta una jóven como de veinte años, y contrariamente á lo comun en la raza *flamenca*, era blanca como el nácar y rubia como el oro: verdad es que tenia un par de ojos negros *como la mora* y lucientes como el sol, que no tenian nada que envidiar á los ojos más gitanos del mundo y un aliento que no habia quien la espantase ni peligro que temiese.

Ni siquiera los muertos la daban *gindama* (miedo)



EL GORILA, dibujo por Specht



LOS MISMOS EN TODAS PARTES, dibujo por A. Fabrés

cuando es sabido el horror que los *cañis* (gitanos) tienen á los *mulós* (difuntos).

Todo esto era extraño y un conocedor podia poner muy en duda con gran fundamento la legitimidad gitana de la Barbalí.

VI

Decian algunos viejos del aduar, que veinte años ántes cuando María la Cuatrina mujer del tio Labríto no podia tener ya esperanzas de que Dios la diese hijos, y más no habiéndolos tenido nunca, habia empezado á engordar, que ya bastante gruesa se la habia llevado su marido á Murcia, y que á los tres meses habia vuelto sin grosura y con una hermosa niña recien nacida.

Hubo además la circunstancia de que, siendo muy pobre el tio Labrito, habia vuelto cargado como quien dice de *parpayas* (onzas de oro); él decia que habia hecho un buen negocio de ganado, y aunque todos sospecharon que aquello tenia que ver con la niña que habia traido y que allí habia mucha historia, todos *achantaron el mirlo;* es decir se callaron, porque el tio Labrito, que estaba en toda su fuerza, como que no pasaba de los cuarenta años, tenia muy mal genio, era muy malo con la *orate* (sangre) negra, y le daba una doble *mojada* (puñalada) de tijeras al lucero del alba por quítame allá esas pajas.

Se acostumbraron al fin, se fué gastando la murmuracion, y todos miraron á Pepita la Barbalí como hija legítima del tio Labrito y de María la Cuatrina segun lo rezaba la partida de bautismo que habian traido de Murcia.

VII

Cuando la Barbalí tenia ya veinte años y era la moza más hermosa y de más dote de toda la gitanería de las dos Andalucías alta y baja, nadie, porque fuese blanca y rubia y aseñorada, dudaba ya de que fuese gitana.

VIII

Para llegar al cármen que estaba frente á la cueva del tio Labrito, habia que bajar por un pendiente sendero que empezaba en el camino del Sacro Monte.

Un domingo habia fiesta delante de la cueva.

Habian acudido los mozos y las mozas.

Lo más terne y lo más bonito del aduar.

Tocaba unas seguidillas en la guitarra el tio Labrito, con unas manos de plata, á pesar de que ya tenia sesenta años, y algunos ántes se habia quedado viudo, lo que le habia achicado mucho, y su hija la Barbalí bailaba como una diosa con un buen mozo y repicaba unas castañuelas de granadillo, que de allí al cielo.

Parecia que un ángel se habia bajado á bailar á las cuevas.

En aquellos momentos, un hombre jóven aún, como de treinta años, distinguido, vestido de una manera elegante, con un bello traje de verano y acompañado de un hombre como de sesenta años, en cuya fisonomía se olia al curial, bajaba por el sendero que serpeando por el repecho conducia á la plataforma donde estaba con su huertecillo la cueva del tio Labrito y por delante de la cual habia que pasar para llegar al puente rústico que conducia al cármen.

Detrás de estos dos hombres, venia algo rezagado otro, que olia tambien que trascendia, á curial.

A causa de las accidentaciones de la ladera y del *cig-zag* del pendiente sendero, no se veian ni la cueva del tio Labrito, ni la plataforma ni por consecuencia la fiesta que en ella habia y á la que asistia una cincuentena de gitanos, gitanas, gitanillos y gitanillas.

Pero si no se podia ver sí se podia oir y la armonía y el jaleo del *cante* y del baile, subian sonoros por la vertiente.

De improviso el más jóven de los que bajaban se detuvo y se quedó como extático.

—¿Qué le sucede á usted, señor D. Juan? dijo el escribano que tal era la profesion del que seguido de su alguacil acompañaba al jóven.

—¿No oye usted, D. Cosme? dijo el llamado D. Juan que aparecia pálido y convulso.

—Sí que oigo, dijo D. Cosme: el que ha de ser su vecino de usted, y que es el depositario del cármen de que voy á poner á usted en posesion y su hermosa hija, se divierten como que es domingo.

Pero no veo motivo para la perturbacion que se nota en usted.

—¡Esas castañuelas! dijo D. Juan cuya voz sonaba más trémula.

—Las conozco, dijo D. Cosme: nadie ni la mejor bolera del mundo, repica las castañuelas como ella, ó los *palillos* como aquí se llama á las castañuelas.

—¡Esas castañuelas hablan! dijo más conmovido D. Juan.

Y habia en su mirada algo de una vaga insensatez.

—¡Hablan! ¡hablan! exclamó el escribano con un acento singular en que habia una expresion de conmiseracion como á causa del estado mental de D. Juan.

—Sí, hablan un lenguaje que yo no puedo explicar á usted; un lenguaje sin palabras; el lenguaje del sentimiento.

—No comprendo bien.

—¿Usted no cree, que los dedos de un sér humano, tocando unas castañuelas trasmiten algo del alma que los anima en el sonido que producen?

—Confieso que no veo muy claro.

—¿Cree usted que no revelamos en alguna manera nuestro ser moral en todos los actos de nuestra actividad?

—Confieso mi ignorancia, señor D. Juan; usted habla de cosas que yo no entiendo.

—La que toca esas castañuelas tiene el alma vehemente.

—Eso sí: la Pepa tiene un alma ¡que ya! digo si la conozco: yo no tengo otros motivos.

—Un alma poética impresionable; y como generalmente la belleza del alma está en relacion con la belleza del cuerpo, esa criatura debe ser ideal.

—Pues ha acertado usted señor D. Juan; Pepita es la mejor hembra que yo he visto en todos los dias de mi vida.

—No es adivinar, es sentir, ó lo que es lo mismo: tocar, ver.

—¡Pobre hombre! dijo para sí D. Cosme: ¡rematado! ¡chiflado!

Y luégo añadió alto:

—Pero todo eso que usted dice, no es una razon para que nos estemos aquí clavados como si hubiéramos echado raíces.

—Es que me he sobrecogido, como si se hubiese apoderado de mí una influencia terrible.

Y se puso de nuevo en marcha.

—No hay remedio, dijo para sus adentros el escribano: ¡loco de remate!

Y le siguió.

El alguacil continuaba siempre detrás.

De tiempo en tiempo D. Juan se detenia un momento y escuchaba estremecido.

El repique de las castañuelas tan expresivo para él continuaba, crecia su sonido á medida que se disminuia la distancia.

Despues de cada ligera detencion, D. Juan volvia á ponerse en marcha con una rapidez creciente.

Poco ántes de desembocar en la plataforma donde tenia lugar la fiesta, le costaba al escribano que ya era viejo una gran fatiga el seguir á D. Juan.

Parecia que el repique de las castañuelas le atraia como el iman al acero.

Al fin llegaron.

IX

A la vista de los recien llegados el tio Labrito dejó de tocar.

Se interrumpió el baile.

Callaron las castañuelas.

Se cortó el cante.

—¡Cómo, señor D. Cosme! dijo el tio Labrito que habia salido al encuentro del escribano; ¿tanto bueno por aquí?

—Sí señor, tio Labrito, dijo el escribano: aunque hoy por ser domingo no es dia hábil, vengo con este señor que es D. Juan de Santistevan á ponerle en posesion de su herencia.

—¡Pues por muchos años! dijo el tio Labrito; ¿con que sumercé, señor, es el sobrino de D. Pedro el que se murió no se sabe de qué? ¡Fué una lástima! ¡un tan buen sujeto!

D. Juan no contestó al tio Labrito, más aún: no le oyó.

Estaba absorto, como petrificado, con la mirada inmóvil contemplando á Pepa que le miraba con una picante extrañeza.

Habia en ella algo de epigramático, de burlon.

Y sin embargo nada habia de ridículo en D. Juan fuera de la emocion con que miraba á la jóven.

—Este señor está algo tocado de la cabeza, dijo el escribano en voz baja al tio Labrito.

—¡Qué lástima! contestó en el mismo tono el gitano: pero si lo dice usted por lo de ahora á muchos les sucede lo que á él cuando ven por primera vez á la Pepa: se *chalan* y se les va el *pesqui* á paseo.

—¡Señor D. Juan! dijo el escribano tocando dulcemente en un hombro al jóven.

Pareció como si este hubiera despertado de un sueño.

—Este amigo, le dijo el escribano, es el señor José Gargoles, alias el tio Labrito, uno de los testamentarios nombrados por el señor tio de usted, y al que se ha nombrado depositario de la herencia, que es el cármen de los Avellanos, que se ve desde aquí al otro lado del tajo.

Don Juan arrojó sobre su herencia una rápida mirada indiferente y se volvió para mirar á Pepa que ya no se ocupaba de él.

En cambio un gitano buen mozo, como de veinticuatro á veinticinco años, encarnizaba su mirada fosca y malévola y claramente celosa y agresiva en D. Juan.

Este le recogió en una mirada sombría.

El gitano se puso pálido.

Empezaba un drama.

Pepa estaba hablando y riendo alegremente con otras gitanas vuelta de espaldas á D. Juan.

El escribano le llamó de nuevo la atencion.

—Vámonos hácia el cármen le dijo; miéntras llegamos el señor José irá por las llaves.

D. Juan siguió perezosamente á D. Cosme.

Parecia que la atraccion de Pepa le retenia.

Entraron en el puente rústico.

En medio de él se detuvo D. Juan.

El profundo cajon, en el fondo del cual saltaba sobre las peñas el Darro, causaba vértigo.

Del agua al puente habia por lo ménos una altura de treinta metros.

—Magnífico lugar para acabar con la vida cuando no se pueda sufrir, dijo D. Juan.

—¡Cáscaras! exclamó aparte el escribano: pues este pobre está más malo de lo que parece.

Sobrevino el tio Labrito.

Traia una porcion de llaves contenidas en una correa.

—Vamos andando, dijo: su mercé lo va á encontrar todo como lo dejó su señor tio: hasta la cama en que se le encontró muerto: yo no sé lo que dijeron los médicos que fué: pero yo digo que fué un *singultto* de que no volvió aunque yo le dí una untura fuerte de las que no dejan ni un pelo á un bicho. Y gracias á que el buen señor tenia hecho testamento: ya se ve, como tenia la manía de vivir solo, no hubo quien le socorriera: y yo se lo tenia dicho: su mercé está muy cascado, señor D. Pedro, seria bueno que se quedase con su mercé uno de los mozos; el mejor dia despierta su mercé en la *eterniá*.

Entre tanto y habiendo atravesado la glorieta cubierta por el emparrado, el tio Labrito habia abierto la puerta de la casa.

Entraron en el recibimiento.

En él no habia mueble alguno.

En la cocina, que estaba á la derecha, no habia el menor indicio de menaje.

A la izquierda había una salita con una alcoba.

Igual carencia de muebles.

Sólo un mal lecho en el dormitorio, junto á él una silla, al fondo un viejo armario.

Habia además en la casa otras cuatro habitaciones todas tambien desamuebladas.

(Continuará.)

EL HADA DE LA FUENTE

I

D. Ferrando Laso Gonzalez de Castilla, llamado tambien el castellano de Monte Zamora, porque habitaba en una fortaleza situada á tres leguas de la ciudad de este nombre, regresaba un dia de caza de cetrería, pero sin halconeros, llevando solamente un neblí posado en su hombro y un lebrel que correteaba siguiendo al caballo de su dueño.

La tarde estaba hermosa y apacible. El sol, en su ocaso, desaparecia tras una banda de nubes purpúreas.

El cazador tenia sed, por cuya razon dejó la senda por donde caminaba, que conducia directamente á su castillo, entrándose en un bosque que habia á corta distancia en donde él sabia que manaba una fuente. Estaba ésta situada en un sitio delicioso, sembrado de corpulentos nogales, en un pradillo tapizado de verde y oloroso musgo. Al aproximarse al manantial el caballero vió con sorpresa á una jóven sentada en el rústico pilon y que vestida de blanco lino en nada se asemejaba á las campesinas de los alrededores de Toro ó de Zamora. Era la incógnita de rara y delicada belleza y parecia formada de rayos de luz y de gotas de rocío: tenia algo de diáfano y de sobrenatural: saludóla D. Ferrando quitándose el bonete y devolvióle ella el saludo, diciendo:

—Bien venido sea el castellano de Monte Zamora.

—¿Me conoceis?—preguntó el caballero.—Huélgome mucho de no ser un extraño para vos.

—Habito cerca de aquí, y no léjos de vuestro castillo; os he visto varias veces ir ó venir de caza y he oido á vuestros monteros y halconeros repetir vuestro nombre.

—Que afortunadamente no habeis olvidado. Si fueseis tan amable que me dijeseis el vuestro, le retendria eternamente en mi memoria.

—Nadie ha pronunciado jamás mi nombre; quizá no le tengo en la humanidad.

—Excitais más y más mi curioso deseo.

—Puede seros peligroso.

—Amo el peligro y sobre todo si proviene de vos.....

—Caballero,—interrumpió la incógnita poniéndose en pié,—fuerza es que os deje; ved la luna que aparece, vedla, porque nos conviene á los dos.

D. Ferrando miró á la luna creyendo observar en ella alguna particularidad. El satélite de la tierra salia de entre un grupo de nubes rojizas como una vírgen de entre las cortinas de su lecho.

Durante el momento en que el caballero habia contemplado al astro de la noche, la desconocida desapareció con gran sorpresa de aquél.

El caballero de Monte Zamora era huérfano. La sangre juvenil bullia en él, y la necesidad de afecciones le atormentaba. La hermosura de la incógnita de la fuente, su voz melodiosa y sus miradas dulces como una caricia, le causaron profunda impresion.

Muchos dias, á la hora en que el sol desaparecia, volvió D. Ferrando al manantial del bosque, con la esperanza de hallar á la que siempre tenia grabada en su imaginacion; pero siempre en vano.

El misterio, el deseo contrariado, la soledad ociosa del campo, fueron causa de que una impresion fugitiva se convirtiese en verdadera pasion.

Una tarde, sentado al pié de uno de los nogales de la fuente y apoyado en un tronco, impulsado por sus amorosos pensamientos, exclamó suspirando:

—¡Ha sido un sueño, un hermoso sueño al que es preciso renunciar!

Al acabar de pronunciar estas palabras, oyó un acento melodioso que parecia como que cantaba dentro del manantial; las notas de aquella voz no se asemejaban en nada á las del ritmo humano; tenian la vaguedad de los sonidos que se pierden á lo léjos, y quizá pasando á través de la linfa, adquirian el penetrante titilamiento de los golpes dados en un cristal. Constituian una especie de armonía intelectual que halagaba directamente al espíritu sin tener necesidad de influir en los sentidos.

El caballero se puso en pié y se inclinó sobre la fuente, como buscando en su fondo el orígen de aquel canto divino.

En el fondo del manantial no se veian más que blancas piedrezuelas diseminadas en la arena dorada.

Volvió al pié del árbol para sentarse de nuevo y ¡cuál fué su asombro al ver ocupado su sitio por la beldad, hasta entónces tan inútilmente buscada!

Una encantadora sonrisa vagaba en los labios de la incógnita.

—¿Qué teneis, caballero?—dijo ésta.—Estais preocupado como el que pretende explicarse un enigma.

—Acabo de oir un canto sobrenatural, como quizá no ha llegado jamás á oidos humanos y he querido indagar de dónde provenia; creeria que de vos, si no os viera retirada de la fuente y silenciosa.

—Pues bien, yo era la que cantaba para distraerme.

—¡Vos! ¿Pero desde dónde?

—No seais curioso, caballero; la curiosidad satisfecha engendra el fastidio, padre de la muerte.

—Conoceros no seria morir y sí vivir la vida del alma. Quien cual yo ama no muere jamás, porque tiene la eternidad tras de sí.

—¿Me amais, pues?

—Como los héroes aman la gloria y los santos el cielo.

La incógnita se quedó pensativa.

—Pues bien,—dijo,—si hablais con sinceridad, volved aquí mañana ántes de la salida del sol. Adios. No me sigais.

II

Al dia siguiente en el momento del despertar de las aves, el castellano de Monte-Zamora se hallaba junto á los nogales de la fuente. Algunas pálidas estrellas brillaban aún entre los sonrosados vapores de la mañana.

La incógnita salió repentinamente de un grupo de cañaverales que se cimbreaban cerca del manantial. Bañada por la indecisa luz del crepúsculo matutino estaba aún más bella, más diáfana, más impalpable, por decirlo así. Una corona de miosotis ceñia sus rubios cabellos que parecian estar adornados por las diamantinas gotas del rocío; llevaba un ramillete de verbena prendido al cinturon de gasa que rodeaba su esbelto talle.

Estaba rodeada de un halo luminoso, como las madonas de los pintores italianos.

Por vez primera fijó en el caballero su límpida mirada, y éste observó entónces que los ojos que le miraban con insistencia tenian el color verde oscuro de las olas del mar.

Contemplóla mudo y como fascinado. Luégo tomó una de sus manos, que abrasó á besos y quiso prorumpir en palabras de amor; pero la incógnita puso un dedo sobre los labios del castellano, que se estremeció á aquel suave contacto, y le indicó que se sentara á su lado en el pilon de la fuente.

—Yo,—le dijo,—no soy hija de hombre, y mi morada es el recóndito cauce de este manantial. Los que han presentido mi existencia me llaman *el hada de las aguas*, y vivo dichosa mecida por las linfas y arrullada por la corriente.....

—¡Os amo!—interrumpió vehementemente el caballero.

—¿Me amais? sea. Por vos abandonaré mi recinto de algas y de conchas nacaradas, despertaré al amor de la tierra, compensada por sus suaves emociones que presiento desde que os he visto; pero tened en cuenta que nosotras sólo podemos sentir el amor de esposa.....

—¡Mi esposa, sí, mi esposa eternamente adorada!

—Sabed tambien, castellano de Monte Zamora, que vuestra afeccion hácia mí ha de ser tan pura como las aguas que nos han dado el sér, y tan firme como la hoja de vuestra espada.

—Más firme, amada mia; mi acero puede romperse en los combates.

—Un perjurio por parte de cualquiera de los dos ocasionaria vuestra muerte y mi intranquilidad eterna; porque nuestro dolor es, como nosotras, inmortal.

—¡Ah! no dudeis de mí; áun cuando quisiera no podria jamás seros infiel. Mi amor por vos no acabará nunca; porque el alma no tiene fin.

—Sea, pues. Acepto vuestro compromiso, que es un pacto. Os entrego mi anillo nupcial.

Y el hada puso en el dedo del caballero una sortija cincelada con una delicadeza que no igualará jamás el arte de los hombres. No pudo aquel contenerse; la estrechó á su corazon, y unió sus labios á los labios de ella; ambos sintieron el desprendimiento mutuo de dos almas que se compenetran.

Acordado el dia de la boda, se separaron cuando comienzan en los campos las rústicas faenas.

En la mañana de aquel anhelado dia, cuando D. Ferrando entró en el gran salon de su castillo, vió sobre la mesa del centro tres primorosas bateas de oro repujado. Una contenia barras de plata, otra lingotes de oro y la tercera estaba cuajada de diamantes.

Era el dote del hada de la fuente.

Media hora despues presentóse esta; en su velo nupcial habia rayos de sol, pétalos de flores acuáticas y aromas nunca aspirados.

Celebróse la boda, presenciada sólo por los servidores de la fortaleza y desde aquel momento la existencia de ambos esposos fué un encanto, un embeleso que no puede definirse ni expresarse en el lenguaje de la tierra.

III

D. Duarte, rey de Portugal, pidió auxilio á D. Juan II, monarca de Castilla, porque habia sabido que el sultan de Marruecos apercibia una gran flota de desembarco, que amenazaba á Lisboa. El soberano español, preocupado á su vez por la actitud de Muley Hasan de Granada, que reconcentraba huestes junto á la frontera, no se decidió á ir él mismo en socorro de su hermano de Lusitania; pero queriendo en lo posible atender á su cuita, mandó á los castellanos de Fuensaldaña y de Monte Zamora, que reuniesen sus mesnadas, y que se trasladaran al frente de ellas, al vecino reino, incorporándose á las banderas de D. Duarte.

La órden del rey cayó como un rayo en el castillo de Monte-Zamora; ambos esposos quedaron anonadados, pero no la discutieron. *Nobleza obliga* y rehuir los combates hubiera sido una vileza.

D. Ferrando reunió sus mesnaderos y desplegó su pendon que la castellana coronó con una guirnalda de miosotis. El momento de la despedida fué doloroso y al abrazar por última vez al caballero, la esposa que iba á quedar sola, le dijo estas solemnes palabras:

—«Acuérdate, Ferrando, de nuestro pacto. Si me eres infiel, si el amor por otra mujer penetra en tu corazon, estarás perdido para siempre. Yo podria perdonarte, pero *los Hados* no. Si llega este horrible extremo, una señal mágica te anunciará tu próximo fin; de todo mi cuerpo sólo volverás á ver mi pié derecho; y cuando le veas, todo habrá concluido.»

El caballero, por respuesta prorumpió en protestas de amor y de eterna constancia, y, dándose el último beso, ambos esposos se separaron.

La hueste castellana llegó oportunamente á Lisboa, pues la flota enemiga estaba ya anclada á alguna distancia de la ciudad. Componíase de cuarenta naos, mandadas por Tarik Abas, primo hermano del Sultan de Marruecos, y tripuladas por kabileños de la costa y piratas argelinos.

En Lisboa todo el mundo se habia apercibido á la defensa. Las murallas estaban coronadas de gente. Las mesnadas de Saldaña y de Zamora obtuvieron el puesto de honor de guardar la playa.

Caia la tarde. Se observaban con ansiedad los movimientos del enemigo. Trascurridas las primeras horas de la noche, la zozobra se aumentó porque la flota marroquí habia apagado sus fanales y se receló alguna estratagema. Con efecto, un mensajero llegado á la ciudad anunció que cuatro bajeles moros, forzando la ensenada de Moxla, arrojaban sus tripulaciones sobre la costa. El peligro era inminente; los jinetes castellanos corrieron al sitio del desembarque, y encontraron á las hordas enemigas posesionadas de una parte del litoral, haciendo señales para que se acercara el grueso de la flota.

Trabóse un combate encarnizado. El castellano de Fuen-Saldaña cayó herido en el primer encuentro y su mesnada se incorporó á la de Zamora. El caudillo español y los suyos hicieron prodigios de valor alentando el de los portugueses. Los africanos y argelinos peleaban á la desesperada, mas por fin fueron rechazados hácia el mar, teniendo que refugiarse en sus bajeles y dejando la costa sembrada de muertos. Las huestes desembarcadas eran numerosas y escogidas y aquella rota inesperada llevó el desaliento á la armada enemiga que zarpando al romper la mañana, desapareció en la lejanía como una bandada de espantadas gaviotas.

En Lisboa el júbilo fué inmenso. Toda la poblacion salió á recibir á los vencedores. Sabíase que la victoria se debia á las armas de Castilla, y cuando D. Ferrando entró en la ciudad al frente de sus mesnadas, una unánime exclamacion atronó el espacio. El buen caballero llegó al palacio Real, con el arnés acribillado, perdida una greva, rotas las barras de la celada y partida la espada en tres pedazos.

El rey quiso abrazarle, pero el castellano le detuvo diciendo:

—No se manche de sangre V. A., básteos con la púrpura real.

La hija del rey, la bellísima infanta Orosia, miraba con emocion al héroe castellano.

IV

Tres dias despues, cuando se supo en Lisboa que la flota marroquí habia entrado en el puerto de Tánger, medio deshecha por un temporal, el rey llamó á su cámara á D. Ferrando y le dijo:

—Caballero: habeis salvado á mis Estados de una catástrofe inminente. La gratitud no se explica, se prueba; y para probar la mia al rey de España que os ha enviado en mi ayuda, y á vos, que en mi servicio habeis llevado á cabo tales hazañas, sólo hallo un medio digno de mi grandeza, cual es el de ofreceros por esposa á mi hija, la infanta de Portugal. Vos descendeis de condes soberanos en Castilla, pero áun no siendo así, vuestro singular esfuerzo os hace merecedor de la realeza.

Al oir estas palabras, el castellano de Monte Zamora sintió un desvanecimiento. ¿Qué caballero puede rehusar la mano de una princesa real?, ¿y de una princesa como Orosia, de tan peregrina é irresistible hermosura? Porque la infanta era irresistible con su imponente belleza y con sus ojos de un negro fascinador y deslumbrante; más bien que entre las verdes frondas de Cintra parecia haber nacido en el abrasado suelo andaluz.

La tentacion era grande. El matrimonio de D. Ferrando y del hada no habia sido divulgado por causa del extraño orígen de ésta.

Titubeó aquél, mas al cabo encontró en la rectitud de su carácter el valor necesario para declarar la verdad al rey.

—Es un caso inaudito,—dijo el monarca,—y recelo que una influencia mágica pesa sobre vos. Mi buen limosnero el Arcipreste de Setubal nos sacará de dudas.

Hizo llamar al prelado, y enterado éste se expresó en los siguientes términos:

—Excepto los ángeles y los santos, sólo un espíritu puede influir en la suerte de las criaturas humanas; cual es el espíritu de las tinieblas. Los mitos antiguos y los séres elementales son aberraciones de imaginaciones extraviadas. Vos, pobre caballero, habeis sido engañado por Satanás bajo la forma de una mujer. ¡Que el cielo tenga piedad de vos! Vuestra alma está perdida si no conseguis sustraeros al maligno influjo en que estais envuelto; y sólo vuestra union con una esposa cristiana, nacida de mujer, puede obrar el milagro de vuestra salvacion, ahuyentando á ese engañador fantasma.

El castellano de Monte Zamora era supersticioso como todo el mundo en aquella época; la union con un espíritu precito le aterrorizaba; las razones del prelado eran de una verdad inconcusa. Además, miéntras se verificaba aquella conferencia, el caballero veia por una ventana, á un lado á la infanta Orosia, que deslumbrante de hermosura paseaba con sus damas por el terrado, y en frente el soberbio puerto de Lisboa, cuajado de naves. El rey sólo tenia un hijo niño y enfermizo y la princesa podia muy bien heredar el trono.

Era aquello como la tentacion del Thabor, y él un débil mortal.

Cedió por fin á ella, y su enlace con la infanta quedó decidido.

V

Llegó el dia de la boda. Verificada ésta segun el ceremonial portugués, la desposada debia esperar en su morada y en su lecho la llegada del esposo. Las mujeres estaban excluidas del banquete nupcial, sin duda para que no restringiesen la expansion, un tanto libre, de los convidados.

La princesa, pues, no bien salió del templo trasladóse con sus damas al castillo de Cintra, en donde los cónyuges debian residir una larga temporada.

Poco despues del medio dia, el rey y D. Ferrando, rodeados de los primeros caballeros del reino, se sentaron á la mesa del festin.

Este fué soberbio y alegre en extremo. El castellano, brindando con los más exquisitos vinos, sólo recordaba los fascinadores ojos de la infanta. Un mensajero que venia de España turbó por un instante aquella expansion. El intendente de Monte Zamora participaba á su señor que la castellana habia desaparecido de la fortaleza, ignorándose dónde se hallaba. Esta nueva conmovió á D. Ferrando, mas luégo se repuso, suponiendo que, segun las predicciones del Arcipreste, el espíritu maligno, viendo que se le escapaba su presa, habia huido para siempre.

Continuó, pues, el banquete más alegre y más animado. Las copas se chocaban, los brindis por Castilla y Portugal se repetian. El castellano de Monte Zamora, que cada vez pensaba con más insistencia en la princesa, que le esperaba, se levantó para brindar por última vez.

La copa vaciló en su mano, ahogósele la voz en los labios, porque enfrente de él vió un pié de mujer, un

pié arqueado y delicioso, que iba y venia rasando los tapices del muro.

Un sudor frio humedeció su frente, sintió como el estremecimiento de una pesadilla: la prediccion del hada se habia cumplido.

Trató de sobreponerse á su terror. Apuró de un sorbo la copa que tenia en la mano, abandonó precipitadamente la sala del festin y montó á caballo, y seguido únicamente de un escudero, tomó el camino de Cintra, buscando en el amor de su desposada, el olvido de su preocupacion y quizá de sus remordimientos.

Cuando el rey le vió ausentarse, hizo un significativo guiño á sus convidados.

En el camino de Lisboa á Cintra hay un riachuelo que desemboca en el Tajo, y cuya corriente se atraviesa por medio de un puente de madera. El escudero portugués que guiaba á D. Ferrando quedóse sorprendido porque el puente habia desaparecido, siendo así que horas ántes debió dar paso á la princesa y á su comitiva. Esto era una pequeña contrariedad, porque el rio lleva tan poca agua, que permite vadearle, y es tan poco profundo que deja ver los guijarros del fondo. El castellano de Monte-Zamora metió su caballo en la corriente, mas apénas hubo llegado á la mitad, agitóse aquella, y creció súbitamente con la fuerza de un torrente desbordado. Perdió pié el animal; una tromba espumosa envolvió al jinete y á su escudero.

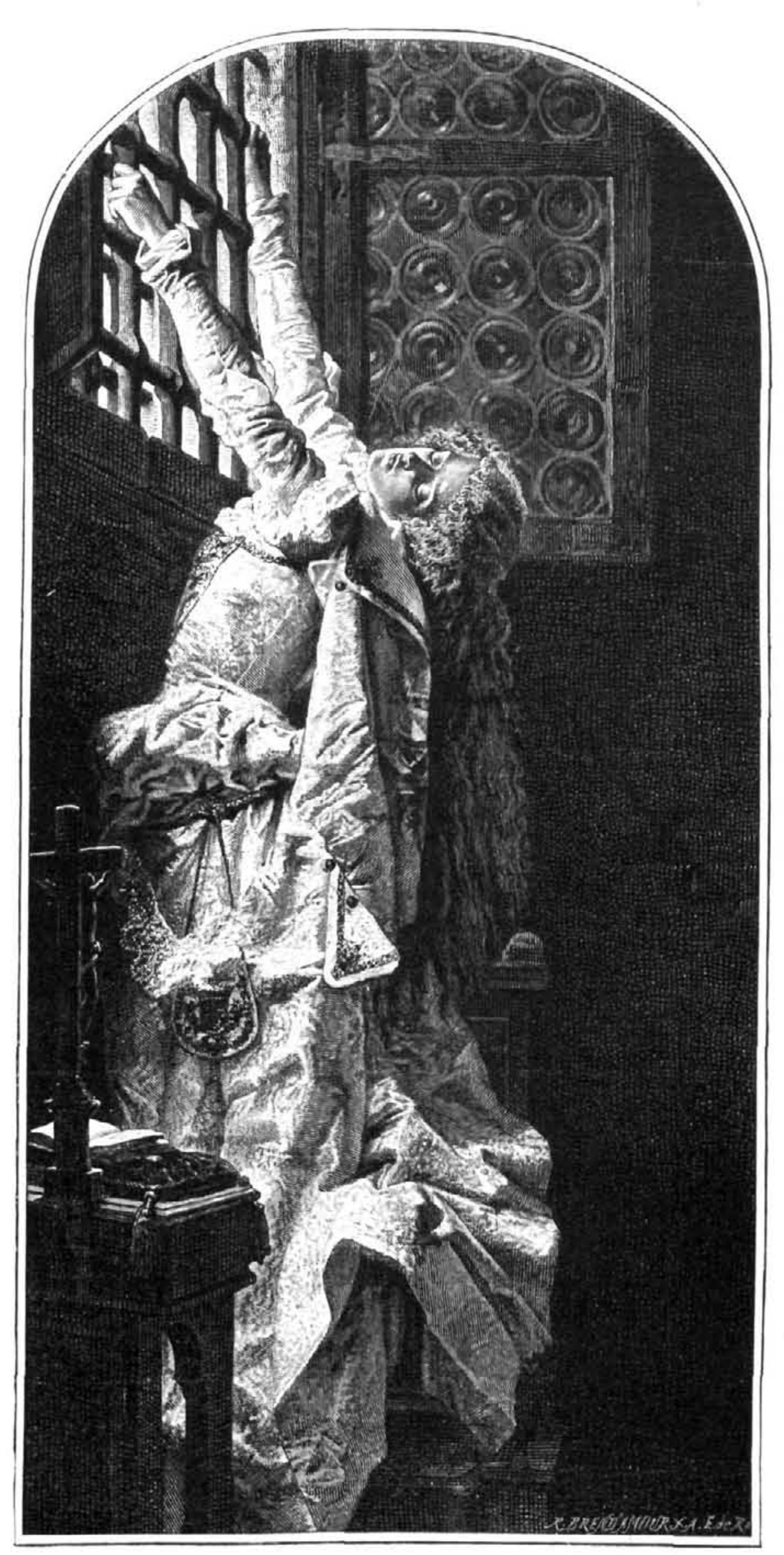
El agua fué subiendo con vertiginosa rapidez.

A los pocos momentos sólo se veian dos cabezas humanas que parecian flotar separadas del tronco.

Luégo, sólo se vió una, cuyos ojos espantados miraban al cielo por última vez....

Poco despues el rio presentaba su aspecto natural y las blancas parnasias se mecian blandamente en las verdes riberas.

F. MRENO GODINO



JUANA GRAY EN LA TORRE DE LONDRES

CRONICA CIENTIFICA

LAS ONDAS Y LOS OLORES

I

Los que permanezcan algun tiempo en bosques formados por árboles olorosos de una misma especie, observarán un hecho extraño: en ciertas direcciones aumenta la intensidad del aroma; en otras apénas puede reconocerse su existencia.

Cuando álguien se fija en el fenómeno atribuye su produccion al viento, y en muchas ocasiones no se equivoca; las corrientes aéreas traen hácia nosotros enérgicas sensaciones olfativas siempre que aquellas no sean demasiado violentas, ó las llevan á otros puntos cuando se alejan soplando en direccion contraria: obran sobre los olores del mismo modo que ejercen su influencia en el sonido, y nuestros órganos perciben tambien mejor ó peor unos y otros segun que la brisa camina desde el punto de orígen hácia el observador ó en opuesto sentido.

Mas si con mayor detenimiento estudiamos los hechos, presto advertiremos que no es aquella causa la única que influye en la variada energía de los efectos: sobre la costa hay sitios donde apénas puede escucharse el monótono y casi uniforme ruido de las olas y sitios donde aumenta hasta parecer amenazador: siguiendo las orillas de muchos rios y percibiendo de ordinario su continuo susurro, éntrase á veces en regiones, como la que se denomina cañada del *silencio* en el *Guadalquivir*, que bien claramente indica con su nombre el fenómeno que en ella se observa: en los bosquetes de naranjos atraviésanse determinadas direcciones que cambian á menudo, de un dia á otro, y en ellas apénas se advierte aquel olor de azahar tan fuerte y embriagador en los demás sitios.

Observad primero el hecho ó recordadle en este momento, si le habeis observado, y preguntaos en seguida: ¿cuál podrá ser la causa de tal fenómeno?

II

Desde que pudo pensarse en el secreto de la propagacion de los olores, y pretendió el hombre crear una teoría que la explicase, se hizo corriente admitir, sin más larga discusion, que pequeñas partículas desprendidas de la masa del cuerpo eran las que llegaban hasta nuestro olfato y nos impresionaban agradable ó desagradablemente.

Cosa parecida se pensaba tambien sobre las causas y agentes productores de mil fenómenos naturales.

La luz era una tenuísima sustancia que se difundia por todo el universo llenando los cuerpos que iluminaban mediante ella, conforme pudiera penetrar su masa diluidísimo gas.

El calor caia en vaporosas cascadas desde los cuerpos calientes á los frios, acompañando diferentes veces á su esplendente compañera y en distintas ocasiones aislado y solo.

La electricidad, ménos sencilla, debia su sér á la union de dos materias y se mostraba en toda la grandeza de sus fenómenos cuando aquellas accidentalmente separadas tendian á restablecer el equilibrio y á confundirse de nuevo en una misma masa.

¿Por qué, con mayor razon, no se habia de pensar lo mismo de los olores? ¿No se veia disminuir en muchas ocasiones la cantidad de esencia encerrada en un frasco al mismo tiempo que se perfumaba el ambiente?

III

Pero es el caso que al lado de estos fenómenos, expuestos segun los indicados principios de dispersion material, existian otros cuya teoría jamás pudo establecerse sobre fundamentos iguales.

Los sonidos que se engendran en las cuerdas y placas proceden de movimientos semejantes á los de la péndola de un reloj, ejecutados por sus partículas.

La ondulacion de estos es propagada luégo al aire; él la trasmite de capa en capa, y desplegándola en todas direcciones en ondas algo semejantes á las de la superficie de un estanque, las comunica á otros cuerpos que vibran tambien con el primero.

Así, la conmocion producida sobre el empedrado por las ruedas de un coche, hace *sonar* tambien los cristales de nuestras habitaciones; y al golpe fuerte dado en cualquier rincon de un cuarto, responde el apagado sonido de los pianos é instrumentos de cuerda que haya en las salas vecinas.

¿Porqué el calor y la luz no han de ser algo parecido á esto? se preguntaron en varias épocas distintos físicos é investigadores. Pusiéronse en juego los medios que la ciencia posee para preguntar á la naturaleza, y luégo de tropezar con nuevos hechos incompatibles con la primitiva doctrina y en plena conformidad con esta, se dedujo que los rayos de calor y de luz se propagaban como los sonidos.

Más tarde, otro eminente sabio olvidado allá en los hielos de Suecia y Noruega, *Edlung*, demostró que á cierta forma de movimientos habia que atribuir tambien los hechos de electricidad, completando con los suyos una inmensa serie de trabajos realizados por diferentes físicos en el mismo sentido, y la de los descubrimientos que los coronaron.

Desde entónces no se teme tropezar con efluvios de materia lumínica, térmica ó eléctrica; se piensa que todo se halla agitado por pequeñísimas oscilaciones que dan animacion y vida al universo, y sólo se piensa que hay tenuísima y confusa mezcla de vapores que engendran sus aromas, conservándose para estos efectos la exclusiva aplicacion y especial monopolio de la doctrina antigua.

IV

Debiéndose los olores á emanaciones materiales, segun lo corrientemente admitido, hé aquí las principales consecuencias que deben ser en cada caso fáciles de comprobar.

Dando un cuerpo partículas para embalsamar el espacio, debe perder siempre algo de su peso.

Las sustancias más volátiles, aquellas que se difunden más fácilmente en la atmósfera, tendrán que ser las más olorosas y aquellas cuya presencia perciba más pronto el olfato.

Cuando haya en un mismo sitio dos, tres, cuatro orígenes de aroma, se percibirá éste dos, tres, cuatro veces más intenso en todos los puntos del espacio.

Estas son las más inmediatas, legítimas y necesarias consecuencias de la teoría material de los olores; estos los hechos cuya produccion debia observarse á cada paso: y sin embargo, es lo cierto que acontece muy á menudo lo contrario

Un grano de almizcle perfuma años y años una habitacion y no pierde nada de su peso. Este hecho citado como ejemplo de divisibilidad de la materia, es ántes bien, segun observa un físico americano, un dato en contra de la doctrina de las partículas olorosas.

Además, respecto á la segunda ley, es fácil recordar que no se cumple tampoco. Recordemos las variadas propiedades de dos ácidos de nombres bastante parecidos; el *carbónico* y el *carbólico*. El primero es gaseoso á la temperatura ordinaria, dentro del lenguaje corriente puede decirse que es más que volátil, y sin embargo, no huele: el segundo no se evaporiza hasta temperaturas relativamente elevadas, siendo, no obstante, penetrantísimo su olor.

Estos contrastes, que pueden multiplicarse en gran número, nos dicen que no son los cuerpos más volátiles los más aromáticos.

Lleguemos al último punto. Luz agregada á la luz, y sonido agregado al sonido engendran á veces, segun se dice vulgarmente, oscuridad y silencio, porque siendo originados por movimientos pendulares, podrán ser de sentidos contrarios los que lleguen á un mismo punto del espacio procedentes de dos focos distintos, y neutralizarse uno con otro. Si aquellos fueran sutiles materias, no podria esto acontecer jamás, porque agregando una masa á otra resulta en todo caso la suma de las dos.

¿Qué acontece en esto con los olores? Los datos que citábamos ántes referentes á los bosquetes con flores de un mismo aroma revelan la existencia de un fenómeno parecido al que se presenta con el sonido y con la luz. Algun experimento más anuncia lo mismo. Si estudios más delicados lo confirman, habrá que admitir que la produccion del olor en los cuerpos es debida tambien á un movimiento especial; y que no son pedazos de los pétalos de una rosa ó partículas desprendidas de un cadáver los que llegan á nuestro olfato para hacernos gozar ó causarnos repugnancia, sino ondas procedentes de pequeños movimientos que agitan tambien nuestros nervios en consonancia con ellas.

Esto parecerá á muchos peor en el primer caso y mejor en el segundo, pero será indiscutiblemente y siempre, más puro y más ideal.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI

IMP. DE MONTANER Y SIMON



CONTRIBUCION DE GUERRA IMPUESTA Á LA CIUDAD DE WISBY EN 1361 POR WALDEMARO ATTERDAG, REY DE DINAMARCA,

CUADRO POR CÁRLOS G. HELLQUIST

ILUSTRACION ARTÍSTICA

Año II — BARCELONA 20 DE AGOSTO DE 1883 — Num. 86



MELANCOLÍA, cuadro por Liesen-Mayer

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Rafael Calvo y su compañía.—Viaje á América.—Pérdida para los teatros de la Península.—La ancianidad de Valero.—La ambicion del peso duro.—Conformidad del género de Calvo con los países americanos.—Veneracion por don José Echegaray.—Historia retrospectiva de un vaso.—Los derechos del autor en América.—Valero y Juarez.—¿Irá Calvo á Nueva York?—El muro de la política.—Miss Leona y los leoncitos de M. Cavanna.

Dias atrás me encontré en la calle del Príncipe con el apreciable actor D. Ricardo Calvo, quien me dijo:

—Esta misma noche partimos para Barcelona.

—¿Y despues?

—Despues, el dia 15 nos embarcamos todos en el vapor francés *Bearn* para Buenos Aires.

—¿Y su hermano de V., Rafael?... ¿qué dice?

—Va muy contento... Lleva grandes esperanzas. Nos ha infundido á todos el entusiasmo artístico. Empezaremos nuestra campaña teatral por Buenos Aires y la terminaremos al cabo de tres años en Méjico. Quizá daremos tambien á la vuelta una serie de representaciones en Nueva York, donde, como es sabido, hay una colonia española muy numerosa....

Así continuó la conversacion durante un buen rato, hasta que el simpático *galan jóven* se despidió de mí verdaderamente emocionado.

***

Madrid ha perdido pues algunos notables elementos del arte dramático. La presencia de Rafael Calvo y su compañía se echará de ménos cuando llegue la temporada teatral y la encontremos aún más deficiente de lo que ha sido en estos últimos años.

Hace tiempo que el arte escénico agoniza en España.

Triste es decirlo; pero es la verdad: no hay actores.

Y de los pocos que nos quedan, Valero es una gloria nacional, abrumada bajo el peso de los años, que no son, sin embargo, tan numerosos como sus coronas y sus triunfos. Pero la indeclinable ley de la vida no puede quebrantarse. El insigne creador de *La carcajada*, de *La aldea de San Lorenzo*, de *El maestro de escuela*, de *El avaro*, de *Luis Onceno* y otras cien obras escénicas se halla ya á punto de bajar el telon de boca definitivo sobre su gloriosa y accidentada existencia.

Valero podrá ser todavía durante algunos años un excelente director de escena; podrá ser magnífico dechado para la juventud que estudia y dirige su ambiciosa planta por el camino del arte escénico. En el Conservatorio podrá prestar eminentes servicios; pero las tablas no son ya pedestal adecuado para el gran artista.

Ha cumplido maravillosamente la mision encomendada á su difícil carrera. Ha hecho sentir, llorar, estremecer á dos generaciones de espectadores, ha trasportado con majestad sublime por el mundo, todas las pasiones y los sentimientos humanos; ha expresado con inimitable verdad todos los caracteres; ora ha sido audaz, ora humilde; tan pronto rey como pechero; unas veces anciano lleno de virtudes, otras veces varon lleno de vicios; la sordidez, la avaricia, el orgullo, la hipocresía, el amor, el contento del alma, todo lo ha representado tan á lo vivo, que los diversos públicos presentes en sus interpretaciones han estallado en frenéticos aplausos y le han rendido más ovaciones que á ningun poderoso magnate de la tierra.

Pero todo tiene su término.

Hoy tributamos los últimos aplausos á Valero, como los poetas y las gentes soñadoras saludan al sol que se hunde tras las montañas.

***

Despues de Valero, nos quedaban todavía dos actores capaces de conducir el arte escénico por brillantes caminos: Calvo y Vico.

Pero Calvo se nos ha ido. En uno de esos instantes en que el artista más mimado por la gloria se acuerda de que es hombre y sueña con montones de oro que le permitan satisfacer todos los apetitos, Rafael Calvo tuvo la vision de los pesos duros de América y comunicó sus dorados ensueños á toda su compañía.

Una noche de la última temporada, me sorprendió en el teatro Español el lenguaje de los principales actores.

El afan del negocio los habia invadido. Ricardo Calvo soñaba vagamente con la proyectada excursion á América de donde habia de traer gran cantidad de miles de duros.

Donato Gimenez me decia:

—Ya es hora de que nos preocupemos del porvenir.... Nos vamos haciendo viejos.... El trabajo teatral consume el pulmon y las fuerzas; el peso de los cascos oprime la cabeza; el albayalde, el carmin y el negro de humo arrugan la faz y destruyen la epidermis;... la memoria sufre tensiones dolorosas, los ensayos fatigan, y esas tres horas nocturnas de pasion ficticia, caldeadas por el vaho del gas de la batería y por la electricidad del público, rinden y abaten el mejor organismo. En América está nuestra fortuna.... Volveremos tal vez gastados é inútiles; ¡pero volveremos con mucho dinero!

Este sentimiento era el de todos; y hasta el último de los racionistas soñaba con pepitas de oro miéntras salia á anunciar á los personajes del drama que la mesa estaba puesta ó que una señora cubierta con un velo preguntaba por el amo de la casa.

***

Y han partido ya, con sus voluminosos equipajes compuestos de trajes y armas de todas las épocas, con pelucas, bigotes y barbas de todas clases y con un escogido é inmenso repertorio de obras dramáticas, donde palpitan situaciones interesantes, escenas de gran calor artístico, luchas, combates, peripecias y conflictos que sólo esperan la voz del apuntador para desarrollarse con toda su grandeza.

A decir verdad, no van descaminados los apreciables actores que parten como los antiguos argonautas en busca del vellocino de oro.

Rafael Calvo es, indudablemente, el actor más á propósito para conquistar el aplauso de los americanos. Siente con vehemencia y con pasion; tiene naturaleza de acero; dice sus papeles de un modo grandioso y exuberante que se hallará en consonancia con aquella tierra feracísima, con aquel sol ardiente, y con las imaginaciones de los que viven al influjo de tal naturaleza. Las obras de Echegaray, de Zorrilla, del Duque de Rivas, y nuestro teatro antiguo, pomposo y esplendente como ninguno, llenarán de entusiasmo el vibrante corazon de los espectadores de América.

Los dramas de Echegaray serán el evangelio que esos apóstoles artísticos predicarán por las hermosas comarcas donde corre el Rio Plata.

Su veneracion hácia D. José (como le llaman) tiene algo de la veneracion religiosa. Sufririan resignados el martirio en defensa de *El gran galeoto* y moririan con gusto entonando himnos que exaltaran *En el seno de la muerte*.

Jamás se ha visto mayor armonía entre un autor y unos actores.

Acude ahora á mi memoria un suceso.

Cuando se estrenó el *Conflicto entre dos deberes*, D. José Echegaray recibió en la mitad y al final del segundo acto una ovacion verdaderamente extraordinaria.

Rafael Calvo estuvo inspirado. Dijo aquello de....

Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas

con una fuerza tal de ironía que provocó el frenesí del público.

Allí se interrumpió la escena, se rompió el hilo del encanto teatral y se hizo salir á Echegaray qué sé yo cuántas veces.

Luégo el acto concluyó rápido y soberbio. La llegada del hermano de Mercedes, la mirada de los dos enemigos; aquel reto fugaz como un relámpago que ilumina abismos y anuncia furiosas tempestades, causaron un efecto enloquecedor en el público.

Infinitas veces se levantó el telon para hacer visibles al eminente autor y á los inspirados intérpretes de la obra.

Despues, entre bastidores, D. José Echegaray pidió un vaso de agua.

Parece que la ovacion teatral, como el hipo, exige esas libaciones.

Los dos hermanos Calvo (Rafael y Ricardo) estaban locos de contento.

Este último arrebató el vaso de manos del poeta.

—Lo quiero conservar—dijo—en memoria de esta noche.

Y en efecto, se lo llevó á su casa; y al dia siguiente llamó á un platero y le encargó que exornara aquel precioso recuerdo.

El vaso fué engastado en un elegante pié de plata, y todo alrededor del cristal se colocó una artística cinta de la misma materia con esta inscripcion: *En este vaso bebió D. José Echegaray al concluir la ovacion del acto segundo de* CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES.

***

Con la anterior digresion me he desviado. Quise probar el cariño que profesan á Echegaray todos los actores de la compañía de Rafael Calvo, con este, por supuesto, á la cabeza.

Por otra parte, el fecundo autor de *Un milagro en Egipto* es ya muy popular en América. Todas las compañías de por allí han puesto en escena sus obras.... Pero ¡cómo las habrán puesto! Ahora verán los americanos lo que va de lo vivo á lo pintado.

Los teatros de América no pagan derechos á los autores españoles. ¡Hace falta un Tratado de propiedad literaria con los Estados americanos!

Echegaray me decia una vez que hablaba con él de esto:

—Sí; no solamente se han representado mis obras en los teatros de América, sino que tambien se han publicado la mayor parte de mis dramas en los folletines de los periódicos de allende los mares. Esto supone para mí un desnivel de más de *treinta mil duros!*

Volviendo á mi primitiva idea, afirmaré que Rafael Calvo y su compañía realizarán pingües ganancias en América.

En Méjico fué D. José Valero, en otros tiempos, muy festejado. El decano de nuestros actores guarda del presidente Juarez gratísimos recuerdos.

Esta es su idea permanente. Siempre que aquí le ocurre algun sinsabor artístico exclama el gran actor:

—¡Ah!.... no me hubiera pasado esto con Juarez en Méjico!

***

Pero yo no sé que á Nueva-York hayan ido jamás actores españoles.

Si Calvo realiza su proyecto, será el Colon teatral de aquella tierra.

Donde se han aplaudido actores franceses é italianos, ¿por qué no ha de haber tambien aplausos para los españoles?

***

Puesto que todos los asuntos de actualidad se *sublevan* contra el revistero que no puede ocuparse de cuestiones políticas, concluyamos pasando revista á los espectáculos públicos.

En el Circo Hipódromo de verano, miss Leona ha *debutado* con la misma fortuna de siempre.

Eso parece una resurreccion. Se dijo hace tiempo que la simpática artista se habia inutilizado. Tal vez fuese verdad; pero hoy por hoy la dentadura de la escultural gimnasta se halla en magnífico estado. Todas las noches se llena el Circo de un público entusiasta.

Por otra parte, en la coleccion zoológica de Cavanna ha ocurrido un caso singular: han visto la luz dos leoncitos que se exhiben por las mañanas á los espectadores.

El señor Ducazcal, dueño del Circo Hipódromo, piensa dar una funcion á beneficio de los niños, donde tengan entrada los alumnos más aplicados de las escuelas madrileñas.

Pero lo nuevo del caso es que Ducazcal tiene el propósito de invitar para esta funcion á los leoncitos de M. Cavanna.

—¿Con qué objeto?

—Para que los leoncitos vean trabajar á miss Leona.

PEDRO BOFILL.

Madrid 18 agosto de 1883.

NUESTROS GRABADOS

MELANCOLÍA, cuadro por Liesen-Mayer

¿Por qué busca la bella dama la soledad, esquivándose, siquiera momentáneamente, al trato con sus semejantes, para absorberse por completo en sus pensamientos? ¿De qué procede esa nube de melancolía que vela su rostro, esa expresion de tristeza que con mano tan diestra ha representado el artista? ¿Por qué pasea distraida sus miradas por la mansa superficie de las aguas ó las fija con insistencia en el azulado firmamento? Siendo jóven, hermosa, rica, no es fácil atinar con la causa de semejante estado de su ánimo. ¿La producirá la ausencia, el amor ó alguna amarga decepcion? No queremos aventurar juicios temerarios: nuestras lectoras, más competentes en cuestiones femeniles que nosotros, más conocedoras del corazon de la mujer, puesto que es el suyo propio, adivinarán seguramente por el semblante de la heroína de nuestro cuadro el motivo de la melancolía que de tal suerte se enseñorea de todo su sér.

SALUTACION MATUTINA, cuadro por Cárlos Wunnenberg

Apénas los primeros rayos de la aurora disipan las tinieblas de la noche, cuando la jóven sacerdotisa abandona el templo y endereza sus pasos á la selva vecina. Las cándidas palomas, no más cándidas que la hermosa vírgen consagrada al santuario, descienden de las copas de los árboles y reciben de la madrugadora jóven el alimento del templo, que no sólo respeta á las aves, sino que atiende á sus necesidades.

La mitología elevaba á muchos irracionales á la categoría de cosas sagradas, y áun en determinadas creencias esos irracionales adquirian el carácter de dioses. El cocodrilo, la serpiente, el buey y distintos otros animales fueron adorados por pueblos ignorantes, que necesitaban materializar sus creencias ó darse explicaciones extraordinarias de cosas las más naturales.

El cuidado con que las palomas del bosque son atendidas por la moradora del templo, nos inclina á creer que el peristilo del cuadro es parte de un santuario dedicado á Vénus, en cuyos altares se depositaban aves de aquellas, como pia ofrenda. Quizás las que acuden al cebo de la jóven sacerdotisa han figurado ya en el ara de la diosa y de allí han pasado á poblar la contigua selva. Si así fuese, ménos malo que si los servidores del templo las hubiesen empleado en sazonar un clásico arroz.

La paloma es un animal simpático y tan propio para simbolizar el amor que hasta hace poco una pareja de ellas decoraba casi todas las camas nupciales. Sin duda por esto, en nuestros tiempos en que el amor es casi otro mito, se va suprimiendo aquel adorno y se multiplican los bárbaros tiros de palomas.

SU EXCELENCIA ILUSTRÍSIMA,
por Enrique Serra

Si nuestro paisano, el distinguido artista autor de esta hermosa composicion, se ha inspirado para ella en el trato de algun prelado romano, hemos de confesar que ese príncipe de la Iglesia merece serlo.

Rostro inteligente, respetable y dulce á un tiempo, porte distinguido, conjunto armónico, sabio sin afectacion, grande sin vanidad, afable en su opulencia, el prelado de Serra es tal como la exigencia del pensamiento concibe á las eminencias de la corte pontificia, en donde, dígase lo que se quiera, nunca las nulidades escalaron primeros puestos.

Con avidez se entrega al estudio, leyendo inmensos *in folios* que le sirve un paje, vestido con hábitos clericales: este muchacho hará carrera; parece inteligente, tiene á mano todos los medios materiales para adelantar y perfeccionar su instruccion y le cobija la buena sombra de Su Excelencia Ilustrísima.

La composicion del cuadro es sencilla: más que cuadro es un estudio hecho con cariño. El conjunto, sin embargo, es agradable. En el interior de esa biblioteca se respira aire impregnado de ciencia y de tranquilidad. Si ese respetable prelado existe, todos deben acercarse á él con respeto; no precisamente porque es prelado, sino porque su aspecto es el de un hombre venerable cuya cabeza ha encanecido en el estudio, cuyas manos únicamente se han levantado para bendecir, cuyo pensamiento únicamente se ha fijado en Dios para adorarle y en los hombres para serles útil.

CAMPESINO CORDOBÉS,
apunte del natural por J. Marqués

Nuestro distinguido compatriota, que es un artista tan discreto como estudioso, ha aprovechado una excursion por la pintoresca Andalucía para llenar su cartera de una preciosa coleccion de cróquis y apuntes tomados del natural en aquella tierra tan abundante en asuntos para inspirar á un artista. Muchos son los tipos que de sus característicos habitantes ha copiado, algunos de los cuales tendremos ocasion de publicar en nuestro periódico, siendo uno de ellos el que hoy damos á luz, trabajo hecho á la pluma en brevísimo espacio de tiempo, pero no por eso ménos acertado, ménos natural, y en el que se echa de ver que si bien en las deliciosas riberas del Bétis predomina la poesía, tampoco falta la prosa, personificada en los desgraciados campesinos de algunas de sus comarcas.

EL ALBAICIN EN GRANADA,
dibujo por J. M. Marqués

Madrid tiene sus Barrios Bajos.

Granada tiene sus Barrios Altos.

En aquellos, como en estos, reside la flor y nata, cual si dijéramos la *crême*, de la gente del bronce.

Esto hace que los forasteros, los aficionados á estudiar las costumbres típicas de los pueblos, visiten con especialidad esos lugares y que el Albaicin sea tan frecuentado como la Alhambra.

Despues de todo, la visita tiene sus atractivos. Recorriendo las tristes y fangosas calles de ese destartalado barrio, se respira aire impregnado de musulmanismo: los viejos casuchos cuyas paredes remendadas fueron construidas por los hijos del profeta, albergan unos moradores cada uno de los cuales pudiera servir de modelo para un cuadro que representase una escena granadina del tiempo de los abencerrajes. Las cuevas abiertas en las peñas sobre las cuales se levantan los vetustos caserones del Albaicin, son las mismas que habitaron los párias desidiosos de aquella sociedad, sustituidos presentemente por familias de gitanos, tan desidiosos, tan sucios y tan *africanos* como lo fueron sus predecesores.

Examinad sus rostros y os parecerán tostados por el sol del desierto; oid sus cantos y los confundireis con los melodiosos gemidos de los árabes; reconoced sus instrumentos y son los instrumentos de sus progenitores; presenciad sus danzas y creereis estar en presencia de las decantadas bayaderas; fijaos en su traje ó mejor en su desnudez y creereis encontraros entre una tribu de la Kabilia.

Todo esto viene á la imaginacion en el Albaicin. ¿Qué es de extrañar que el Albaicin llame la atencion de cuantos visitan á Granada?

Fortuny, el grande artista, el poeta oriental de la pintura moderna, tenia una gran predileccion por este barrio. Todavía hay en él quien le recuerda: nada tendria de extraño que se encontrase en él quien aún le llora!....

EL CUERPO DE GUARDIA,
cuadro por M. Charlemont

La partida de dados que están jugando los pajes del lindo cuadro de M. Charlemont no es probablemente más que un pretexto de que este artista se ha valido para representar en el lienzo los airosos trajes de la corte de Francisco I, vestidos por apuestos mancebos, en las más graciosas actitudes. Paños, brocados, terciopelos, pieles, sedas, joyeles, todo se armoniza en esta obra del modo más acertado con los tapices de apagados colores que forman el fondo del cuadro y hasta con el sedoso pelaje de los soberbios perros daneses que completan tan agradable conjunto. Esta combinacion de colores y de trajes, el perfume puramente arcaico que parece desprenderse del lienzo, y el cuidado exquisito con que el autor ha pintado todos los objetos y todos los detalles, ha hecho que su obra mereciera el aplauso de cuantas personas han visitado la reciente Exposicion de Bellas Artes celebrada en Paris.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA
(Continuacion)

—¿Pero es esto lo que se entregó á V. tio Labrito? dijo con el acento un tanto acentuado el escribano.

—*Que malos mengues me tragelen* si aquí habia más que lo que hay y un gato, que está allá en la cueva, dijo con voz ágria el tio Labrito; y á mí que no se me venga con esas, porque cuando se me hizo depositario se escribió y escrito está que se me entregaba el cármen tal como estaba: el señor D. Pedro era muy raro: como no se podia sentar en todas las sillas á un tiempo y no venia aquí nadie, las vendió todas y se quedó con una sola y como comia en mi casa, vendió todo el ajuar de cocina, y en fin que lo que dejó ahí está: ¡la culpa tengo yo que me he metido en esto! ¡y sirva V. á los amigos para que luégo vengan con cargos!

—Que á V. nadie le hace, dijo el escribano.

—Y el que me los quiera hacer que lo mire, dijo el tio Labrito, que le planto una querella que lo baldo.

—Todo está bien, dijo D. Juan, porque yo viviré como vivió mi tio: Vds. cuidarán de mí.

—Ese es ya otro cantar, dijo el tio Labrito: haremos lo que podamos y todos quedaremos contentos.

—Pues no se hable más, dijo el escribano: vámonos á la cueva, extenderé la diligencia de haber puesto en posesion del cármen al señor D. Juan, gozaremos un rato del *jolgorio*, echaremos un trago y luégo nos iremos con la fresca.

—¡Y que nos espera una fritada y unos conejillos con arroz que hasta allí! dijo el gitano, y con unas cuantas azumbres de tinto de Baza y *pañicaró* para la sosiega, *de buten*.

—Andando y fuera penas, dijo el escribano, que el que las tiene es porque quiere, habiendo en el mundo buenas hembras y buen vino.

—Pues aquí tiene su mercé las llaves, dijo á D. Juan el tio Labrito; y V., D. Cosme, escriba V. bien claro, que yo he entregado el cármen tal y como á mí me lo entregaron.

—Pues por supuesto, dijo el escribano.

D. Juan puso en la puerta de afuera su llave y dejó pendientes de ella por la correa las otras.

—¿Qué, no cierra su mercé la puerta, señor? dijo el tio Labrito.

—No, dijo D. Juan distraido: desde ahora me quedo aquí.

—Pues mejor, dijo el tio Labrito, lo que ha de ser mañana que sea hoy; ya nos arreglaremos.

X

Pasaron el puente.

D. Juan iba disparado hácia la cueva.

Un gitano habia tomado la guitarra abandonada por el tio Labrito, habia vuelto el baile y repicaban de nuevo las castañuelas de Pepa.

D. Juan parecia trasportado.

El gitano que tocaba la guitarra, y que era el mismo que habia mirado de una manera agresiva y celosa á D. Juan, continuaba mirándole con una sombría cólera mal contenida.

D. Juan no le veia.

Estaba embelesado mirando á Pepa que bailaba con la gracia de Dios.

Se detuvo de nuevo el baile.

El tio Labrito dijo que D. Juan era el sobrino de su difunto tio y su heredero y que desde aquella propia hora se quedaba allí para hacer la misma vida que su tio.

Pepa torció su linda boca en un gesto incomprensible.

Todos los gitanos y las gitanas dieron la bienvenida á D. Juan: únicamente el que tan mal le habia mirado se esquivó por no cumplimentarle.

XI

Caia la tarde.

Se condensaba el crepúsculo.

La luna llena apareció sobre la cima de un monte y batió con su luz pálida las partes más culminantes de las Angosturas, dejando el resto en una sombra poéticamente misteriosa.

El escribano habia extendido la diligencia.

En la cueva habia una larga mesa, cubierta por algunos manteles muy blancos y orlada de platos ordinarios, pero muy limpios, al lado de cada uno de los cuales habia un cubierto de boj: cuatro grandes velones de metal de los llamados de Lucena, iluminaban la mesa; grandes panes de corteza retostada y jarros vidriados de gran cabida se veian acá y allá.

Aparecieron al fin las grandes fuentes de la fritada de jamon con tomates.

Todos tomaron asiento.

El tio Labrito colocó á D. Juan entre su Pepa y él en el centro de la mesa.

En frente entre el escribano y el alguacil, el gitano hostil á D. Juan.

A derecha é izquierda los gitanos, las gitanas y los gitanillos que habian asistido á la fiesta, todos los cuales eran parientes más ó ménos lejanos del tio Labrito.

Todos, á excepcion de dos personas, comieron y bebieron como si para sólo esto hubieran venido al mundo.

Los dos que apénas comieron, pero que bebieron mucho, fueron D. Juan y su enemigo que se llamaba Joselito alias el Pinto, uno de los chalanes que más ayudaban en su industria al tio Labrito.

Cuando acabó la cena, despues de la sosiega del aguardiente, el escribano y el alguacil se despidieron y se fueron con los gitanos que no vivian en la cueva.

Entre ellos se fué el Pinto.

Pero no los siguió.

Se quedó rezagado á la entrada del sendero tras una grande higuera chumba.

Estaba allí tan bien oculto que solo buscándole con insistencia se hubiera podido dar con él.

En la cueva no habian quedado más que Pepa, el tio Labrito, dos gitanos que servian como criados y cuatro mozos y á más D. Juan.

Pepa se habia sentado á tomar el fresco entre las flores del huertecillo.

D. Juan, considerándose ya como un individuo de la familia, se habia sentado junto á ella.

El tio Labrito se habia sentado tambien.

No estaba fino, á lo que él creia, dejar á su hija sola con el nuevo huésped.

Tanto más que durante la cena D. Juan sin reserva alguna habia dado muestras de un enamoramiento loco.

El tio Labrito para hacer más agradable aquel tomamiento del fresco, tenia en el suelo entre las piernas un jarro de aguardiente.

El tio Labrito estaba á medios pelos.

Tomó de entre sus piernas el jarro, lo presentó á D. Juan y le dijo:

—¡Vaya! ¡tírele su mercé un bocado, que todavía cabe!

—Sí, dijo D. Juan; la embriaguez es una buena amiga.

—Eso mismo decia el señor tio de su mercé, dijo el tio Labrito, y para estar siempre bien acompañado se bebia media azumbre para almorzar, media azumbre para comer y para cenar otra media azumbre, y en los intermedios no dejaba en paz la calabacilla del aguardiente.

—Pues entónces no hay que preguntar de qué murió mi tio.

—Le diré á su mercé, señor D. Juan: el hombre ya se habia acostumbrado y el vino y el aguardiente eran para él lo *mesmito* que el agua: vaya otro traguito, señor D. Juan, que me parece á mí que está su mercé *apesadumbrao* y para las pesadumbres la *peña*; no tenga su mercé *cuidiao* que *naide* se muere por eso.

—La vida es una pesadilla, dijo D. Juan, y cuanto ántes se acaba mejor.

—Vaya, padre, que da tristeza oir á este señor, dijo con acento sonoro y lánguido la Barbalí, y yo me voy á acostar.

—¡*Jesú*, mujer, dijo el tio Labrito, y qué *desaboria* estás esta noche! ¿Pues no ves que este pobre señor viene enfermo, que se le conoce no más que se le ve!

—De manera, padre, que no está agonizando ni yo le hago falta para que viva, dijo con una ligera impaciencia y con un tanto como de desgano la Barbalí.

—Ya sé yo lo que es eso, dijo con acento duro y un tanto amenazador el tio Labrito: que el Pinto andará por ahí hulismeando, y tú no quieres que vea que tú estás junto al forastero.

—Vaya, padre, dijo Pepa entre respetuosa y altiva, que bien se conoce que V. no habla solo.

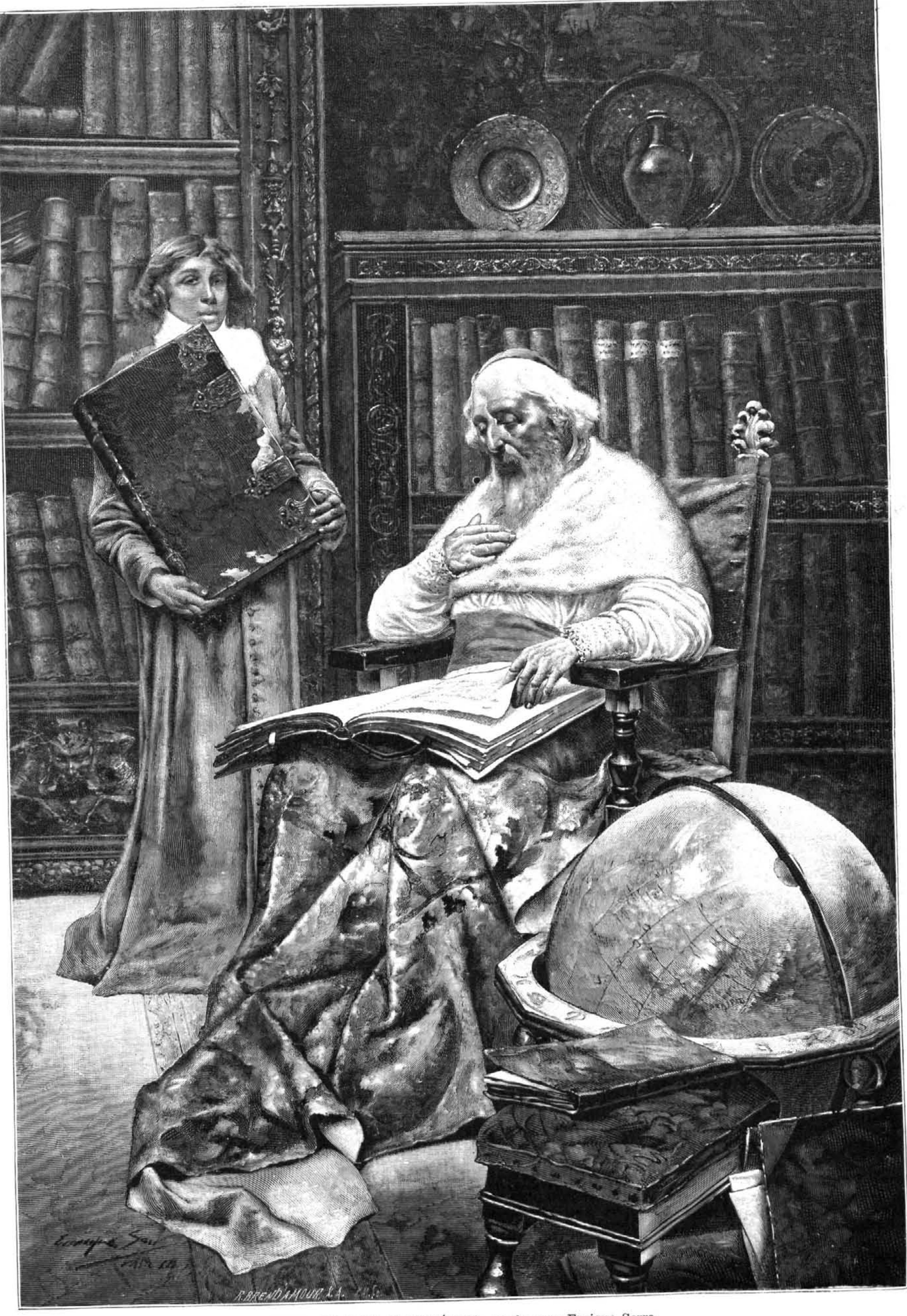
—Vamos á ver lo que tú quieres decir con eso, ¿que estoy *barlú* y no sé lo que me digo?

—No señor; yo no he querido decir eso: lo que yo quiero decir es que V. está siempre con recelos, y que ellos las más de las veces hablan por V.; que lo que es *barlú* ¿cuándo no es Pascua? ¿y eso que le hace? Con que vaya: buenas noches para todos y hasta mañana.

—Pues yo te digo que te sientes ahí, dijo con un grave acento de autoridad el tio Labrito, y al que le pese que reviente.



SALUTACION MATUTINA, cuadro por Cárlos Wunnenberg



SU EXCELENCIA ILUSTRÍSIMA, cuadro por Enrique Serra

—Vaya, pues, *güeno*, lo que V. quiera; lo mismo se me da á mí dormir aquí que en la cama, y no dirá V. que no le obedezco.

—Mire su mercé, señor D. Juan, dijo el tio Labrito: esta criaturita de Dios, que Dios me la ha dado y á su madre que en gloria esté, no ha venido al mundo más que para quemarme á mí la *arate* (sangre) y eso que es un pedazo de pan de buena, y caritativa que no puede ver una lástima, y más limpia que los chorros del agua y más *honrá* que el fuego, y cristiana, ¡vaya! que no se le apaga nunca la candelilla á la santísima Vírgen del Cármen que es su madrina; y esto de *noviajes*, ¿que si quieres? ¡pues ya se pueden arrimar al angelito, que todos los hombres, en buena hora sea dicho, le parecen poco ménos que trapos! ni la nieve que cae en la humbría por donde no pasa nadie está más limpia que ella; y no bajes tú los ojos, Pepilla, que lo que digo es más *verdá* que el pan de Dios que nos hemos comido hoy, y cuando se dice la *verdá*, completos.

—Eso digo yo, contestó Pepa levantando los hermosos ojos negros de los que arrancó destellos como de dos brillantes la luna; que no seamos tan completos que digamos lo que no le importa á nadie.

—Bien veo yo, dijo con una tristeza que tenia mucho de desesperada en su expresion D. Juan, que he entrado aquí con mal pié.

—¿Yo no sé á qué viene eso? dijo Pepa: mi padre tiene la culpa que da lugar á que se metan en estas honduras.

—Yo no sé por qué dices tú eso, chavala, dijo el tio Labrito, porque las honduras que hay aquí las puede pasar un niño descalzo sin mojarse.

—Si usté no buscara la boca, no diria yo lo que digo, respondió Pepa: en fin yo me entiendo y Dios me entiende, y en paz y lo que fuere sonará y yo no digo más porque no.

—Esto no es más que mi fascinacion, dijo D. Juan *que no se podia contener.*

—¿Qué es lo que su mercé ha dicho, señor, exclamó el tio Labrito, que yo no entiendo á su mercé?

—Vamos padre, dijo Pepa: como usted no sabe leer ni escribir más que su firma y no lee usted nada no conoce usted bien el lenguaje. Esto es lo mismo que si á este señor le habláramos en *caló purate:* se quedaria como san *Ginojo* en el cielo.

—¡Ya se ve, como tú eres una sábia, y no vas á Granada más que á la librería para ver si envian de Madrid algun libro nuevo y comprarlo y te pasas las horas de claro en claro atracándote de libro, vélo tú ahí! Mire su mercé: algunas veces y no muy de tarde en tarde, se descuelga por aquí el señor D. Pedro Montoya, que es canónigo del Sacro Monte, y mi Pepita se mete en unas conversaciones con su mercé, que es un señor muy sabio, que yo no le entiendo una palabra: y mire su mercé, que su mercé el canónigo que es su confesor, la quiere como si fuera su padre, y si ella tuviera vocacion ya seria monja, que eso es lo que quiere D. Pedro, que dice, eso sí lo he entendido muy bien, que mi hija en la clausura seria como santa Teresa de Jesus.

—¡Ay Jesus mio! dijo la Barbalí: usted padre dice todo lo que tiene sobre el corazon, venga ó no venga á pelo.

—Los que son leales son francos, dijo D. Juan, y dicen lo que sienten.

—Pero todo el que conoce la prudencia, no dice lo que siente de improviso, porque ni sabe si puede haber inconveniente en decirlo y seria mejor callarlo, ó si pensará más tarde lo mismo que ha pensado de pronto; y que es muy flojo el corazon que no puede aguantar lo que siente y en seguida que lo siente lo vomita; y esto lo debia pensar mi padre, y no traerme á mí á una conversacion en que yo no hacia falta; y no digo más, que ya he dicho bastante y por fin buenas noches, que me duermo, y este señor me da licencia, y usted padre tambien.

—*Güeno*, hija mia, *güeno*, dijo el tio Labrito; que no quiero que digas que soy tirano contigo: pero dile á *Braquiañi* (cabrilla) y á la *Rechí* (caña) que vayan y pongan todo de limpio, hasta los colchones, la cama al señor D. Juan, que no está bien que duerma en las mismas sábanas y en la misma lana donde *palmó* su señor tio.

—Pues, por supuesto, dijo ya más afable la Barbalí; adios, buenas noches y hasta mañana.

—Adios hija y hasta mañana.

—Que Dios dé á V. un sueño de ángel, dijo D. Juan con la emocion de un enamorado.

—Muchas gracias, contestó con un acento ambiguo Pepa.

Y desapareció por la puerta de la cueva.

XII

—Vamos, otro trago, dijo el tio Labrito, que á mí me va entrando tambien el sueño, y en cuanto las chavalas le pongan á su mercé la *piltra* (cama) yo me voy á *sornar* (dormir) que el que trabaja ha de madrugar y al que madruga Dios le ayuda.

—Sí, sí, venga aguardiente, dijo D. Juan: estoy desesperado.

Y se embocó el jarro.

—¿Y porqué ha de estar su mercé desesperado? Vamos, ahora caigo; en que han andado Vds. con *diretas* (indirectas) mi hija y su mercé, ó su mercé y mi hija para que ella no vaya por delante.

—Ella será siempre la primera en donde quiera que esté.

—¡Acabáramos de reventar! dijo el tio Labrito: pues lo que á su mercé le pasa les pasa á todos con la Pepilla: no parece sino que es hechicera: pero tiene una virtud.

—Las tiene todas: una tal hermosura no pudiera ser sí todo no fuera hermoso en ella.

—Pero es que su mercé no sabe la virtud que tiene mi Pepilla: y es que lo mismo que enamora á los hombres les hace tener paciencia y conformarse con que ella no los quiera: que hasta ahora no ha querido á ninguno, ni ninguno la ha perseguido: y á su mercé le pasará lo mismo: pasado mañana estará su mercé tan completo, como si ella le quisiera á su mercé aunque no le reciba á su mercé ni un requiebro.

En aquel momento sonaron dentro de la cueva las castañuelas de Pepa, y su voz dulcísima, cadenciosa, con ese *aquerelamiento* que es tan hechicero en las gitanas, cantó la copla siguiente:

Me vieron y se turbaron,
pero yo no me turbé,
que turbaciones son prendas
que no han de dejarse ver.

D. Juan que al sentir el repique de las castañuelas, se habia estremecido violentamente, al escuchar la copla se reprimió, para lo cual tuvo necesidad de toda su fuerza de voluntad.

¿Era aquella copla un aviso del favor ó un desahogo del desden?

En el estado de perturbacion en que se encontraba D. Juan, no podia determinar bien la intencion de aquella copla, que sin embargo, ejerció sobre él una influencia irresistible.

Disimuló: le dió valor lo que habia para él de una esperanza, aunque vaga, en el cantar de Pepa.

La esperanza alienta.

—Vea ahí su mercé lo que son las muchachas que no tienen penas: á la cuenta la Pepilla se ha creido que teníamos conversacion para rato, y en vez de enviar las *piraldosas* (muchachas) á hacer la cama, se ha puesto á bailar con ellas.

(Continuará)

CARLOS FERNANDEZ-SHAW

POESÍAS

La época presente es cada vez más notable por la incesante aparicion de magníficos poemas; y, por lo mismo, es hoy muy difícil atraer las miradas del público entendido, solicitadas sin tregua por la valía de tantos.

Gran mérito supone, pues, cautivar la preferencia general; y hé aquí lo que ha conseguido por completo el elegantísimo Libro que el jóven Fernandez-Shaw acaba de publicar con el título de POESÍAS.

***

Pero ¿cómo no habia de fijar la atencion pública una serie de composiciones donde no se sabe qué admirar más,—si lo esmerado de la elocucion, lo selecto de las cadencias, lo animado de las imágenes, lo sentido de la poesía,—ó la sumision maravillosa de los más atrevidos pensamientos á las inflexibles leyes de la lengua, y á los más severos tipos de la dificilísima versificacion castellana?

Tal vez, escrúpulos personales de entusiasta cariño hácia el autor, debieran detener la pluma del que estas líneas escribe; pero la admiracion que le causan los sentidos versos del Poeta, pueden más que esos escrúpulos; seguro como está de que le darán la razon cuantos gocen los encantos de POESÍAS.

***

Desde luégo el jóven se revela, no solo como poeta de gran vigor y de estro exquisito, sino como naturaleza entusiasta sólo de los esplendores de lo verdadero y de lo bueno.

En su libro hay perlas, pero no hay que ir á sacarlas de pantanos pestilentes; hay pasiones, pero nunca orgías de delirios; ni en él se dan festines por las lágrimas que corren; ni hay desesperaciones convenidas; ni se tropieza en lo incomprensible; ni se hace el panegírico de las deformidades del mundo; ni se remueve el fango, para sacar de él sus mónstruos.

El libro, como todo lo bello, se halla siempre léjos de las mentiras del convencionalismo, y dentro de las realidades del sentido comun.

***

Conócese desde luégo que el jóven está nutrido en el estudio de los modelos; y, sin embargo, nunca es imitador.

Hubo un tiempo en que nuestra literatura erudita fué una esponja inmensa: esprimida, devolvia lo que habia absorbido. Empapada en las límpidas aguas de la Castalia fuente, sólo nos traia los aromas del Parnaso griego, incapaces ya de satisfacer el lujo refinado de la civilizacion presente.

El estudio de los clásicos se transforma en Fernandez-Shaw en su propia personalidad; como la lluvia de los cielos es aromosa y encendida flor en el rosal; gigante de sombra en el Cedro del Líbano; y benéfico purificador de las atmósferas viciadas en la frondosidad del Eucalipto.

***

Parecerá acaso exageracion el juicio formado de POESÍAS al que no haya leído tan extraordinaria publicacion. Más léala; y, á pesar de que siempre estamos dispuestos á rebajar la altura de toda clase de elogios, se sorprenderá muy á menudo formando parte del coro de aplausos con que la aprobacion general sanciona las bellezas del libro.

***

¿Quién no se une al autor, cuando, elogiando á Ruiz Aguilera, dice:

¡Cuánta grandiosidad, cuánta poesía,
ya en la lucha bravía,
ó ya en la inútil perezosa calma!
¿Y no admirar á aquel que siempre deja
en sus estrofas algo que refleja
la inmensidad, reflejo de su alma?

. . . .

¡Cuán tristes son los ecos de su lira!
No más dulce suspira
el aura resbalando entre las flores,
ni son más tiernos los quejidos vagos
de las ondas tranquilas de los lagos
al contarse en murmullos sus amores.

¿Quién no suspira con Fernandez cuando describe así el sepelio del gran lírico?

El viento quejumbroso resbalaba
y los muros besaba
del triste, solitario cementerio:
gemian las campanas lentamente,
y rodaban espesas por mi frente
las sombras de la angustia y del misterio.
De una nube en el seno enrojecido
el ancho sol caido
rápido por los cielos descendia:
iba tu luminar tambien muriendo
con los del sol sus rayos confundiendo.....
¡Eran dos soles al morir de un dia!
Lento el concurso hácia la fosa baja.....
se abrió la angosta caja
que encerraba tus míseros despojos,
se oyó el doliente religioso canto.....
¡Y no te ví! ¡las gotas de mi llanto
mataron el anhelo de mis ojos!

Es imposible citar todo lo bueno; ni áun lo que llama la atencion por la felicidad de sus rasgos: pero algo ha de citarse.

Véase la maestría y sobriedad con que está pintado el organismo, más bien social que mecánico, llamado á suprimir las nacionalidades:

. . . .
á la vez que, rugiendo enronquecida,
ya en el túnel voraz que la devora,
ya en la pradera que al placer convida,
paséase la audaz locomotora
como el arcángel de la nueva vida!!

¡Qué encanto hay en estos tres versos!

¡Ay! ¿qué fué del amor de los amores
más hermoso que el rayo de la luna
que salta en las corolas de las flores?

Simbolícense ideas como en el cuarteto siguiente, y nadie podrá vivir sin los encantos del ritmo.

¡Cuando el sol su cabeza fatigada
reclina en los sangrientos horizontes,
todo es sombra en la lúgubre hondonada,
todo es luz en la cima de los montes!!

Los anteriores versos son de la Oda titulada *Año Nuevo*, cuajada toda de bellezas admirables, y de donde son tambien los que siguen.

Antes que vuelva el huracan y el rayo
á cuya luz has de morir, sus flores
por las campiñas esparciendo Mayo
te brindarán aromas y colores;
y en los estivos meses,
y en las horas de calma y de sosiego,
oirás gemir las undulantes mieses
al rumor de cien ósculos de fuego.....

Para que se vea la originalidad de Fernandez-Shaw, hemos de copiar la siguiente balada, sin igual en castellano.

Tras aquellos murallones
nidos de oscuras prisiones,
cuyos duros calabozos
no ablandaron ni sollozos,
ni gritos, ni maldiciones,

vivia un Conde malvado,
que dejó doquier grabado
el sello de su furor,
solamente dominado
por el niño del amor.
El á una hermosa queria
y á su madre idolatraba;
y, *cuando no enloquecia*,
fiel á las dos consagraba
todo el espacio del dia.
Junto á la tranquilidad
vive siempre la inquietud;
junto al error, la verdad;
junto al crímen, la ansiedad;
junto al vicio, la virtud!
Junto al amor la sospecha
siempre iracunda vivió:
al Conde vil dirigió
su aguda, heridora flecha,
¡y el malvado sospechó!
Sospechó que á otro galan
su amante, infiel, adoraba;
sospechó ¡maldito afan!
que su madre acrecentaba
el fuego de aquel volcan.
Ardió en malditos anhelos:
Satanás reia, y Dios
llorando estaba en los cielos:....
creyó realidad sus celos,
é hizo matar á las dos.
Y al contemplar la agonía
de aquella hermosa mujer
que adoró, diz que decia,
colérico: «¡No has de ser
más que de la muerte, ó mia!»
Pasó el criminal momento;
meditó su pensamiento,
y algo tenaz y maldito
levantó su agudo grito:
¡gritaba el remordimiento!
Cuentan que cuando moria
esa luz crepuscular
con que se despide el dia,
rojos espectros veia
entre las sombras flotar.....
Y bajaba una cabeza
por el cielo, y otra en pos,
y con lúgubre tristeza
en la altiva fortaleza
entraban juntas las dos.
Buscaba al Conde inclemente
su madre, y sin el encono
que nunca una madre siente,
á su oido, balbuciente,
exclamaba: «¡Te perdono!»
En su frente delirante
dejaba un ósculo impreso:
la otra despues, anhelante,
en la frente de su amante
dejaba el ardor de un beso.
Y luégo las dos, llorando
con murmullo ténue y blando
aquel iracundo anhelo,
¡iban volando, volando
hácia la altura del cielo!....
A la mañana siguiente
á la noche en que sufrió
aquella inquietud creciente,
dos gotas de sangre vió
el Conde en su oscura frente!
No terminó su agonía
abrumadora jamás,
pues sobre su frente habia
al despertar cada dia,
dos sangrientas gotas más.
Y aquel martirio sin fin
destrozó su alma ruin,
hasta que, lívido y yerto,
una tarde cayó muerto
en la arena del jardin.

¿Puede darse una pintura más realista de la insanidad conocida con el nombre de «delirio emotivo?»

¡Cuánta originalidad!

* * *

Pues, para haber originalidad en todo, hasta en lo que ménos podia sospecharse: en las formas!

Los poetas españoles no han gustado de combinar metros de tipos diferentes. Solo escribiendo silvas se permiten pasar del endecasílabo á su quebrado el heptasílabo; y, escribiendo *en versos de ocho sílabas, á su fraccion de* cuatro.

Fernandez Shaw ha sido el primero en publicar combinaciones *métricas nuevas, en que juegan fácilmente* los versos de 13 sílabas, con los de 10 y los de 12.

Una muestra.

Ya se van acortando las tardes, bien mio;
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor:
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina;
ya muy pronto la negra y audaz golondrina
se irá para siempre.... ¡con ella mi amor!
¡Cuántas veces al ver sus bandadas
entre nubes y mares lanzadas,
girando y siguiendo su errante volar,
he doblado con pena la frente
pensando y pensando tristísimamente:
¡Huyeron! ¡Huyeron! más ¡ay! ¿volverán?

* * *

Todos cuantos críticos han juzgado el Libro de Fernandez Shaw dedican capítulo especial á la circunstancia de no contar el autor sino apénas 17 años!

¡Qué dirian si hubieran visto, como el que esto escribe, sus primeros versos, compuestos á la edad de 12 años, *cadentes ya, y nutridos!*

Nadie admira el ágil y vigoroso salto del Leon, que, adulto, cae cual rayo sobre su presa; porque sabe que, de recien nacido, fueron ciegos, torpes y vacilantes sus movimientos. Pero ¿porqué no fijarse en que el águila, nacida allá en el tajo de picacho inaccesible, no pudo ensayar nunca sus vuelos, sino que hubo de salir volando bien de su nido, so pena de la vida?

Hay luces de luces. La luz de clara y odorífera bujía empieza visible apénas, crece luégo, parece despues próxima á extinguirse, y, por último, disipa las tinieblas con claridad limpia y suave. Espléndida iluminacion gaseosa simboliza las alegrías de una gran Ciudad. Letras de fuego, arcos de fuego, escudos ígneos de vetustas glorias, brillan por todas partes... Pero, para tan magnificente *iluminacion, fué indispensable una luz anterior. Sin otra* llama puesta en contacto con los juegos de gas, la Ciudad no habria podido manifestar su júbilo, desterrando con caprichos luminosos las sombras de la noche.

La luz eléctrica no es así: no necesita de otra. «Haya luz» dice el ingeniero; y, de repente, sin preparacion, sin crecimiento, sin vacilaciones, sin crepúsculo, aparecen en el espacio las cataratas coruscantes de una luz zenital.

Dada una determinada y especial combinacion de imanes y de hilos eléctricos, se convierte instantáneamente en sol toda fuerza existente en nuestro globo;—la combustion del diamante negro extraido de las hulleras—la asordante catarata que se precipita del monte coronada del íris—la atraccion de la luna que mueve las aguas de los oceanos en inmensas ondas de marea—las embestidas de los vientos que percuten las olas de las playas!.... cual*quier potencia del Cosmos se convierte instantáneamente* en luz, cuando pasa por una organizacion eléctrica apropiada.

Así el Poeta.

Pasen en imágen por una organizacion poética apropiada los crímenes de Neron,—las tribulaciones que puede traer el Año nuevo,—las glorias del fastuoso centenario de Calderon,—la severidad sin misericordia de los castigos de las Xanas,—la demencia de una amante infeliz..., y se tendrá el libro precioso con que un jóven—casi un niño—acaba de enriquecer la Lírica Castellana.

E. BENOT

ALGUNOS VACIOS DEL MUSEO DEL PRADO

Como el refran dice que lo cortés no quita á lo valiente, creemos nosotros poder afirmar con mucha valentía que nuestro Museo de Pintura es uno de los primeros del mundo, y no dejar de ser corteses declarando con igual llaneza que no encierra todo lo que fuera preciso para seguir en él un curso completo, por elemental que sea, de la historia de aquel arte.

Es, no sólo rico, sino riquísimo. Encierra más de 40 Tizianos, más de 60 Rubens, más de 50 Teniers, 10 Ra*fael, cuarenta y tantos* Murillos, *etc. etc.*, y posee además algo característico y sustantivo; sólo en él, por ejemplo, se puede conocer al gran Velazquez. ¿Quién no sabe estas *cosas? Más aún, ¿qué buen español no las repite en todas* partes? Pero, si entramos en nuestra Pinacoteca, con ánimo de recorrer prácticamente el desarrollo del arte, siquiera sea en sus momentos capitales, que es, á nuestro juicio, uno de los fines que su organizacion debe llenar principalmente, tocaremos bien de cerca sus inmensas lagunas, ya por lo que se refiere á la escasez de ejemplares típicos, pertenecientes á diversos períodos, ya en cuanto á la completa carencia de órden y sistema para el estudio histórico. Verdad es, que no sabemos que exista en toda Europa un museo de Pintura del cual no pueda decirse esto mismo. En todos se nota la falta de idea con que han sido formados y sólo en alguno que otro, como el de la *Academia de Florencia*, por ejemplo, hay establecido un cierto órden progresivo y á la vez de contraste que permite al estudioso formar claro concepto de la escuela toscana.

No es de extrañar ciertamente este fenómeno. Los Museos de bellas artes se han considerado hasta aquí sólo bajo dos aspectos; ó bien como destinados á la contemplacion y puro goce estético, ó dedicados exclusivamente al aprendizaje especial del artista; pero nunca como centros, donde la educacion artística, no la particular, sino la general hombre, tanto bajo el punto de vista de la inteligencia, como del sentimiento, debe desenvolverse. Con decir que la enseñanza del arte no tiene todavía cabida en ningun programa oficial de segunda enseñanza en Europa y con recordar las protestas que, contra su introduccion en el de las Escuelas, se levantaron, por la mayoría *de los maestros, que podríamos llamar conservadores*, en nuestro último Congreso Pedagógico, se explica con facilidad porqué los Museos no están organizados, por decirlo *así, pedagógicamente. La necesidad no se ha sentido has*ta ahora, y, si la funcion no existe, natural es que falte tambien el órgano encargado de realizarla.

No tenemos ánimo de decir, sin embargo, lo que en nuestra opinion debe de ser un Museo de Pintura, sino de indicar brevemente los principales vacios que en el del Prado se notan, cuando se pretende hacer un estudio, todo lo elemental que se quiera, pero completo, que son cosas distintas, de la historia de aquel arte.

Desde luégo, hay ejemplares para poder distinguir sobre el terreno el carácter de la pintura prerafaelista y dentro de ella los tipos italianos y los del norte; para apreciar la reforma de Tiziano y la escuela veneciana, que con la pintura del aire inauguran el segundo gran ciclo pictórico; para darse cuenta de su decadencia barroca en Rubens, Van Dick, etc.; para observar la reaccion clásica en D. José Madrazo; pero no hay un sólo cuadro que permita notar la reaccion romántica. No se necesita, pues, entrar en el pormenor para encontrar lagunas; no se habla todavía de falta de pintores ó de representacion de escuelas; se trata nada ménos que de la imposibilidad de dar idea de un aspecto entero en la historia de la pintura. Ni un Owerbeck, ni un Ary Scheffer, ni un Federico Madrazo. *Las tres Marías ó el Godofredo*, que se encuentran en el Alcázar de Sevilla, están reclamando, bajo este punto de vista, un puesto en el Museo del Prado. La tendencia ecléctica, que distingue á la mayor parte de la pintura contemporánea, puede estudiarse en el Museo, al ménos *por lo que toca á España, pero no tanto la última evolu*cion naturalista que, en el sentido de la luz y del color, sobre todo en el paisaje, caracteriza á las tendencias innovadoras del arte en nuestra época.

Determinemos un poco más este bosquejo.

Aunque la pintura es un arte moderno y su siglo de oro está en el pleno Renacimiento del siglo XVI, tiene como toda obra humana, sus precedentes, desconocidos en nuestro Museo. Dicho se está que no hablamos de pinturas egipcias, ni clásicas, cuyos ejemplares ciertamente no estarian de más si aspirase aquel á tener un carácter en todo rigor completo, ni áun siquiera de tal cual resto perteneciente al largo período de la decadencia latina, que *permitiese mostrar al vivo la profunda verdad de que la* tradicion y los elementos antiguos no se pierden en medio de la ponderada barbarie de los siglos medios, y de que el *Renacimiento es una obra más lenta de lo que vulgar*mente se cree; pero no puede tenerse por exagerado el deseo de contemplar allí una de esas horrendas tablas del siglo XIII sin ver las cuales no es posible hacerse cargo del mérito de Cimabue y Giotto y del progreso que sus esfuerzos representan.

Verdad es que el contraste seria inútil, porque faltan, no uno, sino los dos términos. Ni de Giotto ni de ninguno de los giottistas, es decir, de toda la pintura italiana del siglo XIV hay nada en el Museo.

Seria ciertamente un crímen querer llenar este vacío con alguna de las pinturas murales que forman el admirable ábside de la catedral vieja de Salamanca, de mano *italiana y tal vez de la escuela de los Gaddi, pero, en cam*bio, seria muy acertado el hacerlo trasladando al Museo, algun que otro cuadro de esa época que suele andar rodando por iglesias de los pueblos, como el que por ejemplo, hemos tenido ocasion de ver, arrinconado y cubierto de polvo, en la famosa de San Roman de Hornija (cerca de Toro), más digna de serlo por el tal cuadro que por los pocos é insignificantes restos arquitectónicos que, del tiempo de Chindasvinto, en ella quedan.

De la reforma que tan poderosamente inicia Masaccio, abriendo un nuevo derrotero á la pintura del siglo XV, tenemos ya un representante; el peor de todos, sin embargo, para dar idea de este progreso, por el carácter esencialmente arcaico que le distingue; es Beato Angélico. Pero ni de la direccion pintoresca de Gentile da Fabriano y Benozzo Gozzoli, ni de la pagana y mitológica que *distingue tan originalmente al Botticelli, ni de la realista* de los Lippi, ni de la ecléctica y vulgar del Ghirlandaio, ni de la masculina y apasionada del desnudo de Piero della Francesca y Signorelli, ni de la mística y femenina, que el Peruggino resume, poseemos nada.

Un insignificante Gerino da Pistoia; dos imitaciones del Pinturicchio, un malísimo Francia (Giacomo, ó Giulio, no Francisco) y un excelente Mantegna, único que llena bien su puesto, es todo lo que queda de esa gran pléyada de que inmediatamente nacen Leonardo, Rafael y Miguel Angel. Del primero y el último es difícil tener algo auténtico, pero del segundo no perderiamos nada con cambiar alguno de sus cuadros, aunque fuese *la Perla*, con otro de su primera época que diese á conocer más claramente su enlace con Peruggino y los pintores de la Umbría.

Con *los orígenes de la escuela toscana corren parejas* los de la véneta. El Catena, si lo es, que en esto no hay fijeza, es impotente para llenar el vacío hasta Palma el Viejo y el Giorgione, porque el Juan Bellini della Rotonda está irrecognoscible y mejor le ayudaria á ello un *Entierro de Cristo* que, firmado por este autor, existe en el Camarin de la Sacristía de la catedral de Toledo: sea ó no Bellini, es un cuadro de aquel tiempo y de escuela veneciana.

Si alguna de las pinturas que decoran las habitaciones bajas del Palacio del Infantado en Guadalajara, aunque poco importantes, estuviesen en el Museo, servirian, al ménos, para dar una idea de la escuela propiamente romana; es decir, del núcleo de pintores que, como *Julio* Romano, Juan de Udine, Pierino del Vaga, etc., rodearon á Rafael, y de los cuales no tenemos tampoco represen*tantes con cierto carácter original y decidido*, carácter que el primero de aquellos lleva á su último extremo en el Palacio del Té en Mantua y que nada tiene que ver con el que nos presentan sus cuadros del Museo.

Basta de Italia.

El Norte es más afortunado y en especial una de sus ramas capitales, la flamenca. La escuela de Brujas; el influjo italiano en ella, primero con Gosaert, despues con Coxcyen y Van Orley; el gran desarrollo, por último, en Bruselas y Amberes, todo está bien representado.

No tanto la alemana, donde ni la antigua escuela de Colonia, ni las ramas posteriores de Augsburgo y Dresde, tienen gran cosa que valga la pena. Durero debe satisfacernos; pero, si los Altdorfer de la casita del Príncipe del Escorial estuviesen en el Museo, nos ayudarian algo más á conocer, por medio de sus discípulos fieles, al pintor

de Nuremberg. Algun cuadro más del grupo infiel al maestro que el Jorge Pens que poseemos, con ser este hermosísimo, necesitaríamos para demostrar la trasformacion de las escuelas alemanas merced al invasor y general influjo del arte italiano en aquel tiempo.

Poelemburg, Gerardo della Notte y Cornelio de Harlem nos indican algo de esto por lo que á Holanda se refiere, ya que de la antigua escuela en realidad nada tengamos, puesto que fuera de sus moldes cae, por su estilo tan peculiar, el Bosco, una de las grandes joyas y originalidades de nuestro museo. Los Marinus, los retratos de Ana de Cronenburch y los de Antonio Moro, sirven muy bien para demostrar cómo se alimentan los pintores nacidos en Holanda de la savia flamenca hasta que llega el gran período original de su arte á fines del siglo XVI hasta la conclusion del XVII.

Ejemplares tenemos, en verdad, de esta época, hasta de autores que sólo en Madrid se conocen, Obeet y Steenwyck por ejemplo; pero con todo eso, carecen aquellos, excepcion hecha del admirable cuadro de Rembrandt, de esa significacion que hace falta para dar verdadera idea de las cosas. Tal es nuestro juicio.

No ya los Glauber y Swanevelt, sino los mismos Ruysdael, nos sirven apénas para apreciar el paisaje holandés en todo su mérito; mucho ménos los Van Ostade, Sorgh, Brauwer y la cabecita de Gerardo Dow respecto á la pintura de género. Wouvermans con sus batallas tiene carácter, pero nos falta un buen cuadro de animales á la manera de Pötter en que poder observar esa rama, tal vez la más original de aquella escuela.

La misma nota en la escuela francesa.

Nada del período que va del siglo XV al XVI con Fouquet, Cousin y Clouet, de cuyo tiempo seria fácil, sin embargo, recoger en nuestro mismo país alguna que otra tabla; un Coypel para conocer el grupo propiamente francés que caracterizan La Hyre, Vouet, Lebrun, etcétera; nada que represente con carácter las tendencias de Mignard y de Lesueur: se puede conocer muy bien á Pousin y á Claudio de Lorena, es cierto; pero la serie de pintores de la Regencia, improvisadores sempiternos de un mundo pastoril, de Pierrots, de personajes empolvados, vuelve á ser casi desconocida; desconocidos los primeros y los últimos ensayos de la reaccion, desde Greuze á David, lo mismo pasa con aquellos que como Gros y Gerard (de este hay un retrato) agotan su actividad en las pompas del imperio, aunque esto poco importa, que al fin no han dejado gran huella en el arte, pero no así con los iniciadores y secuaces del movimiento romántico de Gericault á Delacroix, que vuelven al claro oscuro, á la libertad, á la pasion, á la vida; ni con aquellos que, como Ingres, llevan por divisa el dibujo, como *la honradez en el arte.*

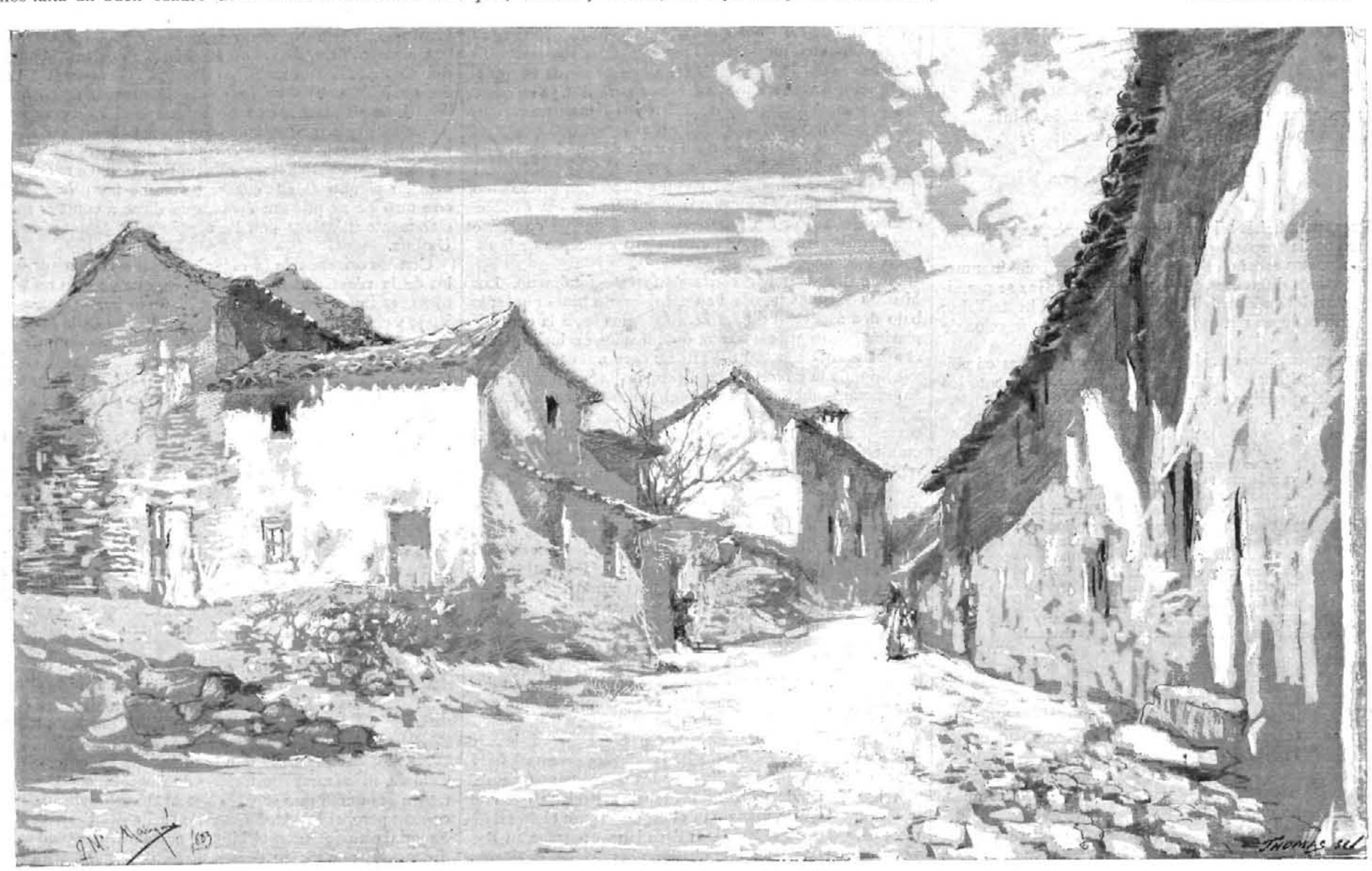
La escuela inglesa, por último, cuyo mérito será más ó ménos discutible, pero que, al fin y al cabo, ha llenado su papel en la historia, falta en absoluto, como no se quiera contar en ella un retrato sin importancia que con interrogante lleva el nombre de Reinolds.

De España tambien podríamos decir algo; pero no cabe en los límites de este corto artículo.

MANUEL B. COSSÍO



CAMPESINO CORDOBÉS, apunte del natural por J. Marqués



EL ALBAICIN EN GRANADA, dibujo por J. Marqués

IMP. DE MONTANER Y SIMON



EL CUERPO DE GUARDIA, CUADRO POR E. CHARLEMONT



AÑO II — BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1883 — NUM. 87

ÉRASE UNA VEZ UN REY... cuadro por R. Hohenberg

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Los timos del Saladero.—El estafador y el estafado.—¿Quién engañará á quién?—¡O tonto ó bribon!—El ardid de la chaqueta.—Mujeres cogidas en el garlito.—La electricidad y el gas.—Las corrientes del gobernador.—El entierro de una bailarina.

¡Todos los años produce efecto! El ardid es ya tradicional en el Saladero. Las personas honradas tenemos nuestras costumbres anuales que por nada del mundo alteraríamos.

Los criminales del Saladero tienen tambien su rutina, su institucion para atraer con engaño el dinero de las personas, que, si no se hallan encerradas entre cuatro paredes, no es indudablemente porque no tengan merecimientos para ello.

Esa rutina, esa institucion, esa costumbre tradicional española se llama *timo*.

Podríamos sencillamente dejar de ocuparnos en esa treta criminal que se reproduce cuanto más se persigue, y que es casi una muestra en el órden moral de la fecundidad con que en el órden físico suelen presentarse ciertos fenómenos de la vida de los organismos; pero es necesario de vez en cuando fijar la atencion en esos pormenores arrojando sobre ellos de pasada un rayo de luz, aunque por la reciente prohibicion del Gobernador no pueda ser luz eléctrica.

Nunca he podido yo deslindar claramente en eso que llaman *timo* dónde se halla la frontera de la virtud y en qué punto empieza el terreno del delito.

Salvo algunos casos de verdadera inocencia por parte del que recibe cartuchos de plomo en vez de cartuchos de monedas de oro, casi siempre el que resulta engañado en esa estafa de procedimiento puramente español y esencialmente madrileño ha tenido al hacer el trato sus puntas de malicia y sus ribetes de truhanería.

En este país de Monipodios y Rinconetes acostumbra cierta gente á poner el grito en el cielo cuando una Doña Baldomera, por ejemplo, no continúa haciéndose cómplice de su sórdida avaricia y de su inmoderado afan de lucro, ó cuando en lucha de perfidia con un timador éste es quien carga á la vez con el santo y la limosna.

Cada vez que leo yo la relacion de un timo—y esta es una muletilla de todos los dias, que se repite con la seguridad de la salida del sol, ó con la fijeza del cambio de estaciones—digo para mis adentros:

—¡O es un tonto, ó es un bribon el estafado!

***

Dejemos al tonto, que en su propia necedad lleva el castigo, y vengamos á los bribones.

Lo he dicho ántes; una de las tradiciones que reinan con mayor conviccion en el Saladero es la de *la chaqueta*.

Si en ese palacio de los delitos hubiese una constitucion interior para régimen de los hospedados, uno de los primeros artículos diria así:

«Queda reconocido como indiscutible é inalienable el *timo de la chaqueta*.»

Ese timo consiste en lo siguiente:

Se escriben en el Saladero varias cartas que una persona amiga se encarga de dejar caer como si fueran perdidas, por las calles y plazas.

Las cartas suelen ir dirigidas á la parienta de un preso y dicen en sustancia esto:

«Tráeme una chaqueta para que me la pueda poner en lugar de la levita que llevo. Tiene guardados unos miles de reales en billetes de banco entre el forro y la tela. Estarán más seguros en tu poder que en el mio; pues me los robarian si álguien oliera que llevo esta cantidad encima. Yo tengo bastante con que me traigas *tal* cantidad, y si acaso despues me hace falta más, ya me irás enviando lo que necesite, etc., etc.»

Dias atrás se escribieron multitud de cartas por este estilo y fueron esparcidas por las calles.

¡Surtieron su efecto!

Pocas horas despues entraban sucesivamente en el Saladero muchas mujeres, cada una de ellas con una chaqueta en la mano.

Todas preguntaban por el firmante de la carta y decian ir de parte de su *hermana* á llevar tal cantidad y á entregar la chaqueta con encargo de llevarse la levita.

El timo se descubrió á tiempo, y ni los bribones de dentro ni los de fuera del Saladero realizaron su propósito.

Pregunta:—¿Qué hubiera V. hecho con las mujeres susodichas?

Respuesta:—¡Dejarlas en el Saladero!

***

Hemos estado á oscuras; porque oscuridad llamo yo á quedarnos unos dias sin luz eléctrica.

Hé ahí que de repente se apagó una noche el alumbrado del Buen Retiro y el señor Gobernador ha dispuesto que no se vuelvan á encender las lámparas de electricidad miéntras una comision facultativa no determine las condiciones de salud ó de buen estado de la máquina que produce la corriente.

Estoy viendo á esa comision facultativa recorrer los conductores aéreos, pararse ante las lámparas, examinar las máquinas *dinamo* y tomar el pulso á los reguladores.

¿Y qué dirá despues? ¿Hay nadie que pueda asegurar la luz eléctrica en condiciones inalterables?

Un simple defecto en una correa puede producir interrupcion de corriente. La luz eléctrica se halla expuesta á mil accidentes. Miéntras se tenga que ir produciendo á medida que se va gastando será imposible responder en absoluto de su fijeza.

Por esto hoy la luz eléctrica no domina aún por completo. En el mismo Prado de Madrid cuando arden las lámparas Siemens brillan tambien junto á ellas los pálidos faroles de gas como un reflejo del pasado.

Siempre que veo esas luces dispuestas á suplir los defectos de la luz eléctrica pienso en esos jefes de familias acrobáticas de los circos ecuestres, los cuales miéntras que sus hijos hacen maravillas en lo alto de una percha ó en los peldaños de una escalera, permanecen con la vista puesta en los artistas y dispuestos á tenderles los brazos si alguna falta de equilibrio los derribara.

¡La luz del gas es hoy por hoy la red de la luz eléctrica!

Pero esto no quiere decir que yo opine como el señor Gobernador. Me permito ser de opinion contraria. Yo en su lugar no habria prohibido el alumbrado eléctrico.

Es más; creo que se convencerá de que no ha estado del todo razonable.... y desistirá de su acuerdo.

Pero dirá el gobernador:

—¿He suprimido con gran éxito la *Estrella* (fábrica de bugías) y no he de poder suprimir la luz eléctrica?

Por regla general las corrientes de la opinion suelen estar de parte del Conde de Xiquena. Mas por esta vez ha habido excepcion: las corrientes se inclinan del lado de la *corriente eléctrica*.

***

Una manifestacion de un género nuevo.

Es el entierro de una bailarina.

Vino de Italia con objeto de trabajar en el *Excelsior*. Aquí la ha sorprendido el tifus llevándola al sepulcro en pocos dias.

Casi todo el personal del teatro de la zarzuela acompañó á la infeliz bailarina al cementerio.

Era un espectáculo tierno, sensible, conmovedor.

La musa *Terpsícore* se vistió de luto.

Algunos creyeron al principio que el cortejo fúnebre no era otra cosa que un reclamo de Arderius en favor del espectáculo teatral que está preparando.

Cuando yo esperaba que el cortejo fúnebre, compuesto de bailarinas, en su mayor parte, empezara á dar piruetas junto á la puerta de Bilbao, y creia que la tapa del féretro se levantaria surgiendo de allí una bailarina en forma de mariposa con un rótulo que dijese: ¡Excelsior!

Cuando todo esto esperaba repito, hube de convencerme al fin de que la triste comitiva no era una ficcion.

La pobre Ana Mecherini habia hallado la muerte léjos de su país y ántes de que el entusiasta público madrileño la tributara aclamaciones y palmadas.

—¡Poverina!.... ¡poverina!—decian sus compañeras.

La pobre artista ha realizado su *Excelsior*. Ha subido al cielo.... ¿porqué no? Olvidemos aquello de

¡Oh! jóven que estás bailando
etc., etc., etc.

No me cabe duda. ¡A estas fechas, Ana Mecherini es primera bailarina en el cuerpo de baile del Empíreo!

PEDRO BOFILL

Madrid 25 agosto de 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

La Exposicion, Parque y galería central.—Galerías de seccion.—Uniformidad de las naciones europeas.—Distinciones.—*Holanda*, su utilitarismo práctico diferente del americano.—*Bélgica*, arte aplicado á las necesidades de la vida.—Industria y máquinas.

El gran edificio de la exposicion está en medio de un extenso parque recientemente formado sobre las derivaciones de un canal. En este gran parque hay multitud de pabellones, edificios, barracas y construcciones de todo género; allí están la exposicion de bellas artes, la de las colonias holandesas, y los tipos ó modelos de las viviendas características de todas las colonias de las naciones que han tomado parte en este gran certámen, así como el comité de la prensa, la sala de conciertos, cafés, restauranes, bodegas, cervecerías, tabernas, máquinas de grandes dimensiones, cercados, campamentos de salvajes, pabellones de ciencias orientales, el *gamalan* de las danzas indígenas, etc., etc.

Al entrar en el gran edificio, inmediatamente despues de haber pasado el vestíbulo, se encuentra uno en la galería central del palacio de la Exposicion; esta divide á lo largo el interior del edificio en dos partes iguales; á ella van á parar, perpendicularmente, otras galerías, cada una de las cuales pertenece á una nacion distinta.

La gran arteria central está llena de chalets, pabellones, kioscos, columnas, estatuas, escaparates y monumentos de todas formas y estilos. De la techumbre, mezcla de nave de iglesia y de artesonado suizo, penden banderas, oriflamas, gallardetes, é insignias de todos los países. En los resaltos de la cornisa descuellan pendones de brocatel, damasco ó terciopelo, en cada uno de los cuales se ve representada la imágen de un inventor, ó de un genio de los que han sido gloria del linaje humano.

Si avanzamos por la galería central hasta llegar á la Nueva Gales, á la India inglesa ó al Japon, podremos observar un fenómeno asaz curioso, y es que todas las galerías secundarias que en ella desembocan parecen pertenecer á una sola nacion; tanta es la uniformidad de todos los productos presentados por los distintos estados europeos que aquí han concurrido. La civilizacion fundiendo las costumbres ha uniformado las industrias y las artes. No obstante, inspeccionando detenidamente las galerías laterales, vése alguna diferencia, que iremos haciendo notar.

La seccion Neerlandesa es la primera que se encuentra. A su entrada vense los guardias reales con su levita y pantalon azul y con su alto chacó, uniforme un tanto anticuado, guarnecido con vivos galones de color de naranja, que es el del blason real, de la casa de Orange; termina la seccion en una verja ó cancela monumental de estilo plateresco español de lo más puro, tanto, que se podria sospechar si sus rejas habian sido forjadas por Ivan Gomez de Toledo y sus bajos relieves fueron tallados en madera por el Berruguete ó Cano.

Y no nos equivocamos al juzgarla así, pues es la reproduccion exacta de la célebre verja del museo episcopal de Utrecht, que el emperador Cárlos V mandó construir por artistas españoles.

Lo que se encierra entre dicha verja de separacion y la puerta de entrada, ofrece un carácter sobrado particular. Todo en la seccion neerlandesa está inspirado por un utilitarismo práctico, algo á la americana. Y decimos algo, porque lo que distingue á los norte-americanos es un utilitarismo del momento, trivial, que no atiende á la serie de las cosas, ni al porvenir; utilitarismo del momento, propio de gentes que viven al dia y que prefieren la cantidad á la calidad. El utilitarismo americano tiende á satisfacer la necesidad produciendo barato. El holandés manifiesta en esta tendencia algo superior que le diferencia de aquel; en sus inventos, en sus industrias propende á satisfacer la necesidad, pero de una manera adaptada á cada individualidad, y sin prescindir del elemento artístico. Así sus objetos no son feos ni toscos ó como de municion tal cual suelen serlo los de Norte-América, sino llenos de carácter y en ciertas ocasiones, hasta de buen gusto. Lo confortable está representado por mil industrias distintas en esta seccion. Preséntanse en ella interiores de casa, como no hayamos visto en ninguna otra exposicion. Sobresalen los muebles de madera tallada estilo Renacimiento y gótico. Los tapices han llegado aquí á gran altura, demostrando que han sabido conservar, mejorándola, su tradicion. La pintura decorativa está bien entendida por demás; prodigioso es lo que nos presentan en loza de Delft. Las antiguas vajillas, los azulejos decorativos, los cuadros de paisaje y áun históricos, las chimeneas para salones, todo está ejecutado con el mayor buen gusto, tendiendo á desprenderse de ese barroquismo chinesco que habia invadido el Delft á principios del siglo XVIII.

Como artículos de importacion, figuran por la Holanda, cafés, tés, cacaos y tabacos á más de otros productos como son materias textiles, aceites, etc. Sólo que en esto el orgullo nacional les ha cegado, pues si bien los tés de sus colonias índicas son superiores, los cafés son muy medianos y los tabacos detestables. Así lo han comprendido ellos, y en los comercios y tabaquerías los presentan con etiquetas de Cuba ó de Manila para hacerlos pasar, lo cual es altamente censurable, no sólo para los que hacen tal falsificacion sino para las autoridades que lo permiten.

Como productos de exportacion á más de los generales de las industrias ya citadas, figuran un sin fin de tejidos imitacion de los de Indias, desde la indiana al cachemir, para el uso de los indígenas de las colonias Neerlandesas, á los cuales los holandeses, como decia cierto economista inglés, tratan de enseñar el cristianismo para que adquieran la idea del pudor, y así consuman mayor cantidad de telas de sus fábricas.

Unos guardias de á caballo, vestidos con un dorman verde con cordones y alamares amarillos, y cuyo colbak de largo y sedoso pelo ostenta un plumero amarillo, rojo y negro, nos advierten que estamos en la seccion belga.

En esta predomina, lo mismo el arte en su más alta acepcion que la industria en su desarrollo científico máximo.

El arte del decorado está representado en esta galería con un carácter y una perfeccion que ignoran los franceses. Los belgas han partido del arte hispano-flamenco del siglo XVI para realizar todos los prodigios de buen gusto en el *confort* moderno.

Los salones, los cuartos de estudio, las salas de recepcion, los comedores, los estrados que ellos han presentado, son verdaderas maravillas. Vese unido á todas las utilidades sérias, un arte que sólo puede compararse al de los mejores monumentos de Sevilla y de Toledo.

Han forjado el hierro, haciendo con él todo lo imaginable, desde arañas, lámparas, candelabros y faroles, hasta verjas, escudos de armas, y muestras ó emblemas de establecimientos. Han repujado el cobre presentándonos

toda clase de vasos de adorno. Han embutido, pintado y metalizado el cuero, cual lo hicieran los mejores guadamacileros de Córdoba; han esmaltado la mayólica como en Italia y Valencia. Han tallado la madera haciendo con ella muebles que son verdaderos monumentos. La piedra se ha animado bajo sus cinceles y en todo esto los modernos flamencos, con un verdadero sentido filosófico del arte, han sabido adaptarlo todo al medio y al clima, dando además á cada objeto el carácter y estilo que su material requiere. Así el hierro forjado no nos parece madera ni la madera piedra, ni ésta pierde en sus labrados y esculturas el carácter de tal.

Lo mismo pasa con sus tapices, cueros y pinturas decorativas.

No son cual cuadros que presentándonos de bulto los objetos y lejanas las perspectivas, nos agujerean la pared y los techos en que se colocan.

Los belgas, con un pleno sentimiento del decorado, empleando medias tintas, por medio de contrastes graduales y de unos tonos medios, generales, armónicos, han sabido hacer continuar la pared, el lienzo ó el techo de manera que presentándonos una escena ó un paisaje no nos quiten la idea de que aquello forma parte de una habitacion.

Por lo que toca á maquinaria han superado á los alemanes y á los yankees. Sus wagones, sus locomotoras de ferrocarril y de tranvía, sus rails, sus máquinas de vapor aplicables á mil industrias diversas, sus martinetes de forjar hierro, sus batanes de hacer papel, no tienen competencia posible. A más ha presentado Bélgica dos nuevos sistemas de alumbrado, un plan de instruccion pública, otro de trasportes á gran velocidad, otro de carreteras ferradas, y en fin una multitud de inventos útiles.

Continuaremos en la próxima correspondencia.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

ÉRASE UNA VEZ UN REY....
cuadro por R. Hohenberg

Tal es el título que ha dado el autor de este bonito cuadro á su obra, y en verdad que no puede ser más expresivo. Una respetable y bondadosa anciana ha congregado en torno suyo á sus netezuelos, y logra que den un momento de tregua á sus bulliciosas travesuras, cautivando su atencion con uno de esos entretenidos cuentos de que tan abundante acopio suelen hacer las abuelas. El artista ha representado la escena y los personajes en un período de la Edad media; pero esto es accidental, pues miéntras el mundo exista ni faltarán abuelas que de tal modo distraigan á sus nietos, ni nietos que las escuchen embelesados, ni cuentos en que los protagonistas sean un rey con tres hijas, número indispensable, las dos mayores altaneras y soberbias, y la pequeña linda, rubia, bondadosa y principal heroína del cuento. El cuadro de Hohenberg es una escena del hogar doméstico en la que todos hemos sido protagonistas, y que seguramente nadie dejará de recordar con esa melancólica complacencia con la que se trae á la memoria un bien perdido.

MUERTE DE ARQUÍMEDES
cuadro por N. Barabino

El año 287 antes de la Era vulgar nació en Siracusa aquel que en Siracusa debia ser sacrificado, dejando al mundo una reputacion, no sólo de gran ciudadano, sino de ser el primer geómetra de la antigüedad. Cuarenta grandes inventos mecánicos le atribuian sus contemporáneos: la mayor parte nos son desconocidos; mas por alguno que ha llegado hasta nosotros y se emplea aún hoy dia, como por ejemplo cierta máquina para extraccion y elevacion de agua, es fácil comprender que la inteligencia de Arquímedes debia ser de primera fuerza.

—Dadme un punto de apoyo—decia una vez—y me empeño á levantar el mundo;—con lo cual dió á comprender la confianza que le inspiraba lo que hoy es considerado verdad fundamental en mecánica, ó sea que con una pequeña fuerza activa puede impulsarse una masa enorme.

Cuando Marcelo, general romano, sitió á Siracusa, lo hizo con tantas máquinas de guerra que la ciudad hubiera debido ser tomada mucho ántes de lo que lo fué, á no ser por la energía y talento con que la defendió Arquímedes. Cuéntase de esa defensa que para destruir, como fué destruida en parte, la flota sitiadora, inventó Arquímedes un aparato de espejos combinados, que recogiendo en un gran foco una masa considerable de calor solar, lo irradiase contra los buques enemigos hasta producir su incendio. A pesar de las noticias que respecto de este hecho dieron algunos autores antiguos, entre ellos Tzetzes y Zonaras, fué negado por muchos sabios modernos, entre ellos Descartes, como de imposible ejecucion; hasta tanto que los experimentos del P. Kircher, y muy especialmente los de Buffon, demostraron la posibilidad de producir por tal sistema un incendio á regular distancia.

Siracusa, empero, sucumbió: asaltáronla los romanos con valor y buena suerte, y áun cuando Marcelo habia dado órden de respetar á Arquímedes, cuyo gran mérito le era conocido, el famoso geómetra pereció á manos de un soldado ebrio de sangre, ignorante de quién era su víctima.

Arquímedes, absorbido en la resolucion de un problema, ni siquiera se apercibió del peligro que le amenazaba. Esta especie de abstraccion era en él muy frecuente. No parece sino que sus sentidos tenian el privilegio de desprenderse de la materia y remontarse efectivamente á esas esferas, cuyos secretos iba revelando al mundo.

RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA
cuadro por H. Dahl

Si es verdad que las jóvenes noruegas se recrean tal como pinta este cuadro, digo ser exacto aquello de haber gustos que merecen palos. Y si alguna vez la suerte nos conduce á ese país, rogamos de antemano á sus hospitalarios moradores que prescindan con nosotros de tan conmovedor agasajo.

Eso de meterse dentro de un lanchon, convirtiéndole en columpio movido por las encrespadas olas, podrá ser muy poético, pero dudo que encuentre muchos imitadores fuera de Noruega. Si la caza, por ser imágen de la guerra, tiene ya para nosotros muy dudosos atractivos, ¿qué será ese recreo que tiene todos los honores de un naufragio?

Esto no impide que el cuadro de Dahl sea bellísimo, y á pesar de nuestra repugnancia por el ejercicio que representa, gustaríamos de ver, en la inmensidad del mar, á la luz de la plateada luna, á una de esas jóvenes valerosas, que deben tomar á los ojos de la imaginacion acalorada la forma de una aparicion fantástica, de una de esas hadas de que están poéticamente poblados los bosques y las aguas, los castillos y los jardines de las tierras del Norte.

LA CASTELLANA, cuadro por C. Probster

Por más que algunos poetas románticos, de acuerdo con esos arqueólogos que todo lo encuentran precioso con tal que cuente siglos de antigüedad, hayan tratado de describirnos como muy agradable y entretenida la vida de la mujer poco ménos que encarcelada en esos nidos de águila que se llaman, ó se llamaban, castillos feudales; ello es que, por lo que sabemos de positivo, las castellanas debian aburrirse de lo lindo, por más linajudas ó blasonadas que fuesen.

Hijas, esposas ó hermanas de algun señor, cuya mejor distraccion era talar las propiedades de un vecino empingorotado, por el simple gusto de andar á la greña con el ofendido; sin más distraccion que las místicas lecturas del capellan ó de tarde en tarde los rústicos versos de algun trovador algo ménos simpático que el del drama de García Gutierrez ó los de las novelas de Walter Scott, ¿qué habian de hacer esas pobres mujeres sino bordar bandas para los torneos ó educar palomas, como la de nuestro cuadro?

Por regla general, la educacion de las aves ó de algunas alimañas refractarias al trato del hombre, es distraccion propia de solitarios y aburridos, como por ejemplo ermitaños, prisioneros y castellanas fastidiadas. El que carece de toda suerte de pasatiempos, encuentra en sí mismo una dósis de paciencia de que nunca se sintiera capaz á poder ocupar sus sentidos en algo realmente más ameno y variado.

El autor de nuestro cuadro, que sin duda lo ha comprendido así, ha tenido el buen acierto de pintar en la fisonomía de la protagonista las huellas del fastidio.

Las palomas que vienen á recoger el grano que les arroja su mano generosa, la hacen pensar forzosamente en una libertad de que ella carece, en un espacio que para ella no existe, en unos paisajes distintos de los que se descubren desde las ventanas de su castillo, y quizás en unos afectos dulces, tiernos, correspondidos, que ella ¡ay! no sentirá, ni siquiera inspirará á ninguno de sus semejantes.

Hay que confesarlo: el gran triunfo de la civilizacion lo ha reportado especialmente la mitad bella del género humano.

UN BAILE DE CANDIL, dibujo por J. Llovera

En dos cosas esenciales se conocen los diversos pueblos del mundo, en su idioma y en sus bailes. Estos últimos son más peculiares á cada nacion, y áun á cada provincia, que el mismo idioma de sus hijos. Así, por ejemplo, se habla español en muchos Estados de América; y sin embargo, el español y el americano tienen sus bailes esencialmente distintos, tan distintos como lo es el Tango del Bolero. Francia ha impuesto sus modas al mundo; es un imperio que no destruirán ni Bismark ni Moltke; á pesar de lo cual, Paris no ha podido imponer su can-can á los extranjeros. El baile es la parte más típica é inimitable de un pueblo.

Un aleman podrá hablar el inglés como el más encopetado lord corregidor de la babilónica Lóndres; un francés podrá expresarse en español con la pureza de Cervantes y el acento de un vallisoletano.... Lo que no hará el aleman es bailar una danza inglesa, ó el francés una española, sin descubrir la hilaza extranjera.

Siendo esto así, una escena de baile popular ha de presentar en su conjunto un aspecto distinto en cada país y por él vendremos á conocer la fisonomía más característica de cada pueblo. Quien en Paris asistiera á la *Chaumière* ó al *Casino* comprenderia el temperamento dominante en Francia, ligero, sensual y nada hipócrita en las manifestaciones públicas de ese sensualismo.

Pues bien, un baile de candil á principios de este siglo daba una perfecta idea del carácter del pueblo castellano en aquella época. Y decimos con intencion *en aquella época*, porque en la nuestra ya no hay candiles sino gas, y de esos bailes característicos del país de *pan y toros* apénas quedan ejemplares en el escenario de algun teatro y en el lienzo de algun pintor.

Llovera, que tiene aficion decidida por la manolería del tiempo de Cárlos IV y Fernando VII, no podia dejar sin reproducir ese asunto, muy á propósito para su lápiz. El baile de candil que ha dibujado no es un baile de medio pelo, ántes bien la *sala* alberga á toda la aristocracia de Lavapiés y el Rastro. Ahí están, vestidas de gala, las damas que tostaban castañas en el Barquillo y las princesas que freian buñuelos en el Prado; en la distinguida compañía de los que escoltaban la cuadrilla desde la Puerta de Alcalá á la Plaza de Toros, ó esperaban el maná de cada dia fumando tranquilamente en una esquina de la de la Cebada.

Esos tipos, esas costumbres no pueden confundirse; como no puede confundirse un cuadro de Goya, en cuya escuela se ha inspirado sin duda el señor Llovera.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

Las castañuelas seguian repicando.

Otra voz gitana, pero no tan expresiva, no tan poderosa como la de Pepa, cantaba:

La *fila* de mi *chavala*
tiene el *yacque* de *lendivel*
la *chimutre* de la *aracni*
se *embleja* cuando la ve.

—¡Ah! exclamó D. Juan: ¿qué quiere decir la copla que ha cantado esa jóven?

—Mire su mercé, esa copla se la ha cantado la *Braquiñí*, que es muy querenciosa, á mi hija, y quiere decir; oiga su mercé, voy á ver si hago yo la copla de modo y de manera que su mercé la entienda.

Y despues de haber meditado un breve espacio el tio Labrito improvisó la siguiente traduccion:

La cara de mi chiquilla
como el fuego de Dios es,
y la luna de la noche
se apaga cuando la ve.

—¡Ah, sí! el fuego de Dios en la hermosura, y en las castañuelas el poder de Satanás, dijo D. Juan, despues de lo cual cayó en una especie de aniquilamiento.

Al acabarse la segunda copla, cesó el repique de las castañuelas.

A poco salieron de la cueva dos mujeres cargadas con colchones y ropas de cama, y adelantando hácia el puente lo atravesaron en direccion al cármen.

XIII

D. Juan seguia en su abismamiento.

El tio Labrito dejó ver todo lo enorme de su boca en un largo bostezo.

Habia llegado á ese momento en que la embriaguez entorpece la lengua y pesa en los ojos.

Al fin dobló la cabeza sobre el pecho y un ruidoso é insistente ronquido demostró que dormia.

D. Juan no dormia, pero soñaba.

Pepa se idealizaba, se trasfiguraba en su pensamiento.

Adquiria un prestigio divino.

Absorbia el sér entero, de aquel pobre sér que parecia no estar muy en el uso de su razon.

Tal vez lo que en él tenia algo del carácter de la locura era el resultado de una impresionabilidad irritada y hambrienta.

Algo que pudiera llamarse fiebre del corazon.

Adormilado el gitano vaciló y estuvo á punto de venir al suelo.

Despertó por lo brusco del movimiento, se rehizo, recobró el equilibrio y dijo, poniéndose trabajosamente de pié, y con la lengua gorda y torpe:

—¡Esto es bueno! parece que todo yo soy de vendo: vamos, señor D. Juan, cada mochuelo á su olivo y hasta mañana: buenas noches nos dé Dios.

D. Juan no le contestó.

Estaba de todo punto abstraido.

El gitano con grandes trabajos, gambaleando ya á la derecha ya á la izquierda, se entró en la cueva.

Cuando se rehizo D. Juan de su abstraccion se encontró solo.

Se pasó las manos por la frente.

Miró en torno suyo, como si le hubiera parecido extraño el lugar en que se encontraba.

—¡Ah sí! exclamó al fin: ¡esta laxitud de mi ser! ¡esta debilidad! ¡esta impresionabilidad! ¡mis sueños! ¡mi hastío de la vida! y ¡esa aparicion imprevista! ¡esa criatura que yo creo haber visto siempre, haber amado siempre! ¡misterio de la esencia y de las facultades de nuestro espíritu! ¡la atraccion de las almas! ¿y quién se explica esto? ¡yo la sentia sí; yo adoraba un sér invisible! Cuando me llamaron y me dijeron que tenia ó habia tenido un tio que yo no habia conocido, que ese tio habia muerto en Gra-



MUERTE DE ARQUÍMEDES, cuadro por N. Barabino



RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA, cuadro por H. Dahl

nada instituyéndome su heredero universal, yo sentí una alegría íntima, una como bienaventuranza, un sentimiento que no pueden causar todas las riquezas del mundo! era que la presentía: era que me acercaba á ella! ¡y cuánto he sufrido hasta que un amigo piadoso, una buena alma me ha procurado siendo mi fiador un préstamo para poder venir en *tercera* á Granada! ¡con cuánta impaciencia, sin saber de qué, he sufrido las veinte horas largas del camino! ¡con qué ansia apénas llegado he buscado al escribano! ¡con qué perturbacion he subido esas largas cuestas! ¡con qué especie de embriaguez he descendido desde el camino por estos agrios senderos! ¡era que me acercaba á ella! ¡y de improviso esas castañuelas terribles! ¡la reconocí, su alma, esa alma adorada que hace tanto tiempo se ha refundido con la mia se exhalaba en el sonido de las castañuelas! ¡Oh y si todo esto no fuera más que el resultado de una sobrexcitacion mia! ¡El espiritismo! ¡el magnetismo! ¡las influencias! ¡la metafísica con sus hipótesis esplendentes! ¡lo infinito del espíritu! ¡el hombre universo! ¡El hombre Dios! ¡la locura que engaña ó la verdad que enloquece! ¿quién sabe?

XIV

D. Juan dejó de hablar consigo mismo y escuchó como si hubiera esperado que obedeciendo á la evocacion de su deseo surgiera de en medio del silencio algo que le revelase el ser de Pepa.

Le ardia la frente.

Aspiraba con ansia el fresco y perfumado aire que corria por las angosturas, como si hubiera estado próximo á asfixiarse.

Un esfuerzo sobre sí mismo le puso más en relacion con la realidad que le rodeaba.

Sintió una especie de consuelo.

No podia darse una noche más hermosa, más poética, más melancólica que aquella en aquellos lugares.

Sus ojos fosforescentes en los que relumbraba la luna, iban apareciendo ménos sombríos.

Se oyeron al otro lado del puente de una manera indeterminada las sonoras y casi infantiles voces de dos muchachas; luégo dos alegres carcajadas; luégo una de las juveniles voces que decia entre risas:

—¡*Pira* (corre) *gindoñí* (cobarde); 'que te *loyara* (coge) el *barundo* (duende); ¡hazle la *trejú!* (cruz).

Eran María la *Braquiañí* y Paca la *Reché* que habian dispuesto la cama de D. Juan y venian corriendo.

Eran dos hermosas morenas, cuya hermosura á pesar de ser incitante no podia ni con mucho compararse á la de Pepa.

—¡Vamos! dijo la Paca, recogiendo en una chispeante mirada de sus hermosos ojos negros á D. Juan: ya tiene su mercé echa la cama y bien mullida que de sólo verla da sueño; que Dios le dé á su mercé muy buenas noches.

—Dios os lo pague, niñas, dijo D. Juan.

—No hay porqué, señor, dijo María: ahí le hemos dejado á su mercé luz: y mire su mercé que hay duende: si su mercé oye algo no se asuste, que el duende no hace daño.

Y las dos se metieron en la cueva.

Cerraron la puerta.

D. Juan sintió que echaban la llave, que corrian el cerrojo y que además atrancaban.

Entónces más que nunca, solo consigo mismo, en medio de un silencio que sólo rompian de una manera dulce y monótona, el rumor de la corriente del rio allá en su hondura y el zumbido de las hojas de los árboles movidas por un viento fresco y perfumado, sintiendo el efecto fantástico del claro oscuro determinado por la luz de la luna en las bellas accidentaciones de aquel encantador paisaje, viendo desde la hondura sobre las siluetas de los cerros la inmensidad del firmamento con el centelleo de las estrellas en su misteriosa penumbra, se sintió más y más poseido por aquella realizacion inesperada en una mujer de los sueños de su alma ansiosa de amor.

La trasfiguró más y más en su fantasía.

Pepa acabó de hacerse su Dios.

Un enlanguidecimiento irresistible se apoderó de él.

Arrojó una mirada candente á la puerta de la cueva.

Hubiera querido reducirla á cenizas.

Narcotizar, aniquilar si le hubiera sido posible á lo que le impedia anegar su sér en el sér de Pepa.

Procuraba condensar su fuerza de voluntad, como buscando una fuerza magnética que atrajese á Pepa.

Los libros y las prácticas espiritistas han hecho no sabemos cuántos alucinados, no sabemos cuántos creyentes de las maravillas de la fuerza de voluntad.

Han viciado no sabemos cuántos cerebros.

Si D. Juan no era uno de estos alucinados, de estos locos, estaba por lo ménos contaminado.

Dudaba y pretendia, provocando un fenómeno magnético, esclarecer sus dudas.

Llegar á una demostracion.

XV

Y así permaneció un largo espacio cerca de una de las ventanas enrejadas de madera de la cueva, llamando, procurando atraer con toda su voluntad á Pepa.

Sonaron al fin á lo léjos, como cayendo por las vertientes de los montes, sonoras, graves y pausadas treinta y tres campanadas.

—¡Oh que reloj! exclamó D. Juan, que nunca habia estado en Granada y que no conocia la voz de la campana de la Vela de la alcazaba del castillo de la Alhambra: ¿y porqué no ha sonado hasta ahora? No, no debe ser un reloj: ha sonado treinta y tres veces.

Sin embargo, desde las once de la noche en que da treinta y tres campanadas, hasta las tres de la madrugada, la campana de la Vela es el reloj de los labradores de la vega, que les marca las horas en que pueden disponer de las aguas de las acequias para sus riegos: de las once á las doce da de tiempo en tiempo tres campanadas, una de las doce á la una, dos de la una á las dos, tres, de las dos á las tres, y á las tres otras treinta y tres cesando hasta la noche siguiente.

No sabemos qué efecto causó el sonido de la campana en D. Juan.

La luna además estaba en lo alto del cielo.

Era ya muy tarde.

A pesar de la gimnasia, por decirlo así, de la voluntad de D. Juan, Pepa no habia obedecido á la atraccion.

D. Juan habia sufrido de una manera inconcebible, cada vez que su imaginacion le habia fingido un ruido dentro de la cueva.

El ruido habia cesado.

La reja no se habia abierto.

Nada tan tenaz como un enamorado que sufre y se impacienta en una de estas esperas.

¿Y por qué esperaba D. Juan, si Pepa no le habia dado una cita?

Provocaba, ya lo hemos dicho, un fenómeno del magnetismo, por medio de la fuerza de voluntad.

Pero el fenómeno no aparecia.

En agosto las noches refrescan demasiado y singularmente en las Angosturas del Darro.

Hacia ya tiempo que D. Juan sentia un frio que acabó por incomodarle vivamente.

Su traje aunque á la moda y elegante, era muy ligero.

Uno de esos trajes de verano de lanilla que están de muestra en Madrid en las sastrerías de ropas hechas y que se obtienen por trescientos reales y aun más baratos.

Este era todo el equipaje que D. Juan traia, y una maletilla de mano con alguna ropa blanca que habia dejado en casa del escribano y que éste debia enviarle al dia siguiente.

Además de que la ligereza de su traje no le defendia del frio que se habia hecho molesto, el viento habia traido nubes de la sierra, se habia velado la luna, el paisaje ántes tan bello se habia oscurecido, se habia indeterminado tomando un aspecto siniestro y medroso; el viento habia acrecido su violencia, caian algunas gruesas gotas de lluvia y allá á lo léjos, viniendo de las alturas, se oia el estridor del trueno en las profundidades del espacio.

Se venia encima una tormenta de verano.

Los relámpagos de poca fuerza y perezosos al principio, acrecieron rápidamente en intensidad y en brevedad.

El aguacero cayó de repente como una catarata.

Todo esto hizo levantar su asedio, por decirlo así, á D. Juan y le puso en fuga hácia el cármen.

XVI

Al llegar á la extremidad del puente rústico D. Juan sintió como una doble punzadura en la espalda.

Dió un salto instintivo, y aunque la oscuridad se habia hecho casi absoluta, vió ante sí el bulto de un hombre y sin vacilar, por instinto de conservacion, se lanzó á él con una tal rapidez que logró asirle.

D. Juan era vigoroso, y tuvo la fortuna de asir á aquel hombre por la mano derecha.

La indignacion por aquel cobarde atentado cuyo autor no podia ser otro que el gitano que le habia mirado de una manera tan hostil y tan sesgada á su llegada y despues durante la comida; el amor á la vida, los celos, la ira, el miedo, porque no sabia si habia sido herido mortalmente, exacerbaron de tal manera á D. Juan, aumentaron hasta tal punto sus fuerzas, que oprimiendo como unas tenazas la mano de su enemigo le desarmó.

Sobrevino inmediatamente una lucha cuerpo á cuerpo.

D. Juan era vigoroso y no lo era ménos su contrario.

Luchaba el primero con la fuerza de la desesperacion.

Sentia correr algo tibio á lo largo de su cuerpo.

Aquel algo debia ser sangre.

El otro se esforzaba rabioso, y decia con la voz ronca y terrible y jadeando de fatiga:

—¡No, no, la Pepa no te ha de querer á tí miéntras yo viva!

—¡Ah! ¡eso es que á tí no te quiere! exclamó sordamente D. Juan.

Y redobló sus esfuerzos.

Luchando á cual podia más iban de acá para allá, sin acordarse de que su lucha tenia por terreno el estrecho puente rústico.

De improviso, ambos lanzaron un grito horrible.

Uno de esos gritos de espanto que tienen una extension prodigiosa.

Les habia faltado de improviso el terreno y se habian sentido lanzados en el espacio.

Luchando habian dado contra la feble balaustrada de madera del puente; ambos al sentirla habian buscado en ella un punto de apoyo; la balaustrada habia faltado y habian caido por la cortadura.

D. Juan se sintió retenido por algo que se doblegaba bajo el peso de su cuerpo, y á la par desaferrado de los brazos de su enemigo.

D. Juan se asió á aquel cuerpo que cedia bajo su peso y volvia á elevarse balanceando.

Se habia agarrado á él con las dos manos; era la rama de un árbol.

Se izó con la fuerza de la desesperacion y logró cruzar sus piernas á la misma rama cuyo balanceo se hizo mucho más sensible.

A poca distancia de él oia dominando el ruido del aguacero y el de la corriente que se sentia muy cercana, un rugido como de fiera.

Lució un relámpago, y D. Juan vió durante un segundo que otro hombre estaba asido con ambas manos á otra rama que se balanceaba mucho más que aquella á que él se habia adherido.

A pesar de la breve duracion del relámpago, D. Juan reconoció al gitano que de una manera tan sañosa le habia amenazado con su insistente y lúgubre mirada.

Era en efecto Joselito el Pinto, el chalan.

XVII

D. Juan habia logrado al fin ganar el tronco del árbol y por él un estrecho resalto de la cortadura.

Se habia salvado, si las heridas que habia recibido no eran mortales.

Se sentia dolorido en la espalda y la sangre continuaba corriendo.

La situacion para él era horrible.

El terror le enmudecia.

Sentia que un vértigo denso se apoderaba de él.

Que su cuerpo se cubria de sudor frio.

De repente una voz desesperada, espantosa, gritó con una fuerza desesperada:

—¡Socorro!

Era la voz de Joselito.

Lució un nuevo relámpago.

Don Juan con un extraordinario esfuerzo de voluntad habia logrado dominar aquel vértigo que podria precipitarle de su estrecho y difícil apoyo.

Vió, aunque instantáneamente, el desencajado semblante del gitano.

Sus ojos espantosos por el terror.

Un verdadero semblante de demonio.

La rama á que estaba asido pendiente de la cual su cuerpo se balanceaba en el espacio, se doblegaba.

Era una rama débil y se oia el crujimiento de su desgajo.

No podia sufrir el peso del gitano que era corpulento.

—¡Socorro! volvió á gritar con más fuerza y más desesperacion que ántes.

Entre aquellos dos gritos habia mediado, como entre los dos relámpagos, muy corto espacio.

De improviso se oyó un crujimiento mayor que cesó instantáneamente.

La rama habia acabado de desgajarse.

Al mismo tiempo habia resonado un grito de agonía.

Un verdadero alarido.

Poco despues brilló un relámpago deslumbrador más persistente que los anteriores.

D. Juan no vió á nadie.

Joselito el Pinto habia desaparecido.

Inmediatamente despues del relámpago sonó es-

pantoso un trueno semejante á una inmensa detonacion, y creció la fuerza del aguacero.

La tormenta estaba en su apogeo.

Parecia que el relámpago y el trueno se precipitaban entre los montes sobre las Angosturas.

XVIII

D. Juan gritó á su vez.

Pero el fragor de la tormenta cubria de tal manera su voz que no era de esperar la oyesen en la cueva.

—¡Si al ménos no estuviese herido! exclamó D. Juan.

La angustia y el miedo le atormentaban.

El frio le producia un espasmo insoportable.

Bajo la accion de aquella lluvia torrencial que, calando su ligero traje, corria á lo largo de su cuerpo, desfallecia.

Se agitaba en una convulsion penosa.

Tenia el cuerpo en una estrecha saliente de la cortadura y seguia asido á las ramas del árbol.

Aquel árbol era una higuera salvaje ó loca, como las llaman en el país, que agarraba como una araña sus retorcidas y ásperas raíces al flanco de la cortadura, á veinte metros cuando ménos bajo el puente.

De esta higuera al pendiente y pedregoso lecho por donde se precipitaba saltando el rio, habia por lo ménos otros diez metros de profundidad.

Se oia un ruido sordo que acrecia rápidamente.

Era el del rio que aumentaba acrecido por las vertientes de los montes.

Don Juan no sabia ya si aún corria la sangre de sus heridas ó si la lluvia casi helada que le empapaba la habia detenido.

Pero no sentia ese desfallecimiento que sobreviene cuando se ha perdido una cierta cantidad de la sangre.

No sentia tampoco el dolor de las heridas.

Habia retenido la respiracion y le habia tranquilizado en gran parte esta prueba.

—¡Si Dios quisiera, dijo, que fuesen dos heridas leves! ¡tal vez por la oscuridad midió mal la distancia! ¡tal vez por fortuna no estaba tan cerca de mí como hubiera sido necesario para matarme! ¡ha pasado ya un largo espacio desde que fuí herido y conservo todo mi vigor!

Como se ve, D. Juan estaba ya más sobre sí, puesto que raciocinaba.

Se puso á rezar.

La oracion, la esperanza en Dios, le dieron más fuerza.

Entónces á la brillante luz de un relámpago vió, que un poco más arriba del lugar en que la higuera loca arraigaba, habia una ancha covacha festonada de hiedra y de madreselva.

Se asió á ellas y probó su resistencia.

Se cercioró de que le podian sostener.

Agarrado á ellas se puso de pié, y sin dificultad logró penetrar en aquel hueco que era bastante profundo para protegerle del viento y de la lluvia.

XIX

La tormenta continuaba desencadenada, espantosa.

Era inútil gritar.

D. Juan, por aliviarse del miedo que le causaba una agonía insoportable, buscó fuerzas en sí mismo.

—Mi situacion no es tan desesperada como parece, pensaba: el abrigo de este hueco me ha reanimado: no me siento del todo mal: mis fuerzas crecen: las noches son cortas: dentro de tres horas amanecerá: la tormenta habrá pasado, habré gritado, me habrán oido, me habrán socorrido.

Esta razonable esperanza le fortaleció más y más.

Pudo pensar ya en algo más que en sí mismo aunque relacionado con su situacion.

—¿Qué habrá sido del otro? dijo; ¡el miserable, el asesino! ¡el infame! ¡no debe de amarle ella! ¡si le amara, él no hubiera sentido unos celos tan rabiosos!

Y miéntras murmuraba esto con las dos manos vueltas á su espalda se palpaba las dos heridas que apénas perceptibles al tacto, se manifestaban más por el dolor que producian al ser tocadas.

Pero un dolor ligero; un escozor.

Se tranquilizó más.

Sus ropas mojadas le molestaban mucho pero no de una manera intolerable.

El espasmo y la convulsion que era su consecuencia habian disminuido en gran manera.

Su sentimiento se esclarecia.

Y no decimos su razon, porque en sus ideas y en el sordo acento con que las formulaba habia aquello que podia llamarse insensatez, de que parecia estar constantemente poseido.

(Continuará)

SIEMPRE LA VERDAD

¿Ustedes habrán oido nombrar á esa señora?

Yo tambien.

¿Y oirán Vds. hablar de verdades como quien oye llover?

Lo mismo me sucede á mí.

Cuando yo era niño, siempré me recomendaban mis padres y maestros en primeras materias, ó en primeras letras, que no faltase á la verdad.

Nunca he faltado á las damas, á sabiendas.

Pero el niño se convierte en persona mayor, como nos denominamos á nosotros mismos, y segun cambia de pastos, muda de opiniones.

Así decia un respetable caballero andaluz, viendo á la verdad pintada en un lienzo y simbolizada en una mujer en cueros y con un espejo en una mano:

—Hasta que la han dejado sin camisa no han cesado los embusteros: aborrezco á la mentira; por no oir embustes á un mi compadre y amigo, me vine de Sevilla y cedí á la Beneficencia dos mil casas y ochenta mil fanegas de terreno de regadío que poseia en aquella provincia.

Despues de decir esto solia pedir un cigarro ó dos duros.

Nadie miente: todos los hombres.... y las mujeres, lo cual es aún más sorprendente, condenan la mentira.

La verdad en el arte, la verdad en la literatura, la verdad en la ciencia, la verdad en el baile y la verdad en la tauromaquia. No se busca otra cosa con verdadera ansiedad.

Hasta un industrial del género lúgubre ofrece al país atemorizado por el título, su establecimiento de petacas y carteras de viaje para difuntos, denominado: «La última verdad.»

Esta es la única que el hombre no desea descubrir.

—¿Qué tal va el chico?—pregunta un padre al profesor que *desasna* á la criatura,—dígame V. la verdad.

—¿La verdad?—repite el maestro, sonriendo con benevolencia.

—Sí, no me engañe V.; porque si es torpe ó no sirve, le *saco* del colegio inmediatamente y le *meto* en un oficio mecánico en seguida.

¡Para que el pobre preceptor diga la verdad!

Dos ó tres docenas de verdades que diga á los padres y se queda sin un chico y sin comer.

Así es que responde sin vacilar siquiera y acallando el grito de su conciencia ilustrada:

—El niño es un monstruo.

—¿Cómo?—pregunta alarmado el progenitor del muchacho.

—Un monstruo de talento: me pide V. que le diga la verdad, y se la digo: espontáneamente no me gusta decir estas cosas, porque ellos se crecen... con el tiempo, y las adulaciones paternales ó extranjeras.... quiero decir, extrañas, les perjudican en su porvenir.

—Es verdad.

—Ya lo creo que es verdad: vale más que se crean tontos, porque....

—Pues....

—Porque algunos, por ejemplo, como el de usted, aciertan.

¿Qué puede suceder mintiendo? ¿que el muchacho llegue á pollino ántes de llegar á hombre?

¿Con esto qué pierde el profesor?

Si Vds. por su desgracia, conocen á algun jóven que *construya* dramas, se verán á cada momento en el compromiso de mentir.

¿Quién es el vecino honrado que no ha sufrido siquiera la lectura de un drama inédito?

—Quiero que me diga V. la verdad,—así empieza el autor,—la verdad sin rodeos, y si el drama es malo, verá usted como le rompo.

—Hombre, yo no soy voto, ni tengo autoridad,—replica el paciente, para librarse del sufrimiento.

—Ya lo creo; para mí nadie como V. que es un escritor con casa abierta ó que es uno de los primeros y *más* reputados almacenistas de géneros ultramarinos.

Pues, á pesar de los alardes de modestia del jóven que se siente genio, díganle Vds. que el drama es malo; díganle Vds. la verdad, y cuenten con un enemigo mortal hasta la eternidad.

—¿Qué le parece á V. la escena en que la dama figura que se desmaya en el campo?

—Que deberia recogerla la guardia civil.

—¿A la dama?

—Y á la escena.

—¿Y la versificacion?

—Tambien es campestre.

—Y aquello de....

«Porque le pedí el castillo
que era de mi pobre hermana
que murió en edad temprana,
me contestó que era un pillo.»

¿Es fácil, verdad? muy fácil; digo, me parece.

—Y á mí; revela esa facilidad con que se escribe un disparate.

—¿Qué opina usted que debo hacer en la obra? La verdad.

—Hombre, mire V.; yo en lugar de V. lo que haria....

—¿Qué? la verdad.

—Pues usarla dentro de casa, porque para el público me parece peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí, peligrosa para V., que, segun mi opinion, se verá obligado á salir de España para la emigracion.

Pregunten Vds. á un niño la verdad respecto á cualquier delito casero de que se le supone autor, y si confiesa, casi puede contar con una paliza ó con un puntapié, por lo ménos, seguro.

Pedir á la novia que diga la verdad respecto á cualquier asunto, relacionado con la infidelidad, es pedir gollerías.

—¿Dónde has estado hasta estas horas?—pregunta una esposa á su marido que llega con retraso de dos horas, por consecuencia de un descarrilamiento.

Como el amante esposo responda:

—Voy á decirte la verdad: es indudable que se propone engañar á su mujer.

¿Pero cómo, con qué cara, como dice la gente, habia de decirla:

—Mira, no te enfaden mis revelaciones; vengo de casa de un amigo con asistencia; vamos, con amiga inclusive; hemos cenado fuerte, muy fuerte; tan fuerte que el vecino del principal golpeando en el techo nos recordaba que habia ya pasado la hora del ejercicio y de la actividad mercantil é industrial.

A una mujer fea, díganla Vds. la verdad.

A un cómico malo ¿cómo se le puede decir sin desvergüenza:

—¿Porqué no se dedica V. á la agricultura? Hay falta de brazos y sobra de cómicos malos como V., *verbi gratia*.

¡Si en pleno Congreso se dijera la verdad!

¡Si en sociedad dijéramos siempre la verdad de nuestros sentimientos, qué sinnúmero de *bofetás*, palos, balazos y estocadas registrarian diariamente y con verdad los juzgados de primera instancia!

¡Ah! Si pudiéramos decir al casero cuando pregunta:

—¿Piensa V. pagarme? ¿la verdad?

—Pues la verdad, apreciable y aplaudido propietario, no señor.

Pero vivimos en el mundo de la mentira.

Y sin embargo, oirán Vds. decir á la mayoría de las personas que blasonan de sérias y formales:

—A mí nadie me diga más que la verdad; yo siempre digo la verdad; la verdad por delante.

Siempre la verdad.

¡Desgraciados! ¡Ah!

(Me parecia que este artículo no podia acabar bien, sino en el estilo dramático. La verdad en el arte.)

EDUARDO DE PALACIO.

LO INMORTAL

(Cuento)

Los condes de Añorbe tenian en sus Estados, por aquella edad venturosa que medió entre 1793 y 1808, todo lo que puede desear un mortal codicioso de oro, gloria y placeres.

Más de 200 leguas de bosque, sembradas de pueblecillos y caserío, rentaban sin cesar, hora por hora, 1,000 ducados en cada una, á los nobilísimos señores de Añorbe. En medio de la negrura de estos espesos encinares y del verde severo de más de 500 hanegadas de olivar, lucian algunos estanques, como escudos de oro abandonados por gigantescos paladines, en momento de pereza ó cansancio.

Cuando era el mes de mayo, los rebaños del opulento señorío ocupaban todas las cañadas de la serranía y descendian al llano por noviembre, alegrando 20 leguas de tierra con el campanilleo de sus esquilas y los cánticos de sus pastores.

***

En el centro de los Estados de Añorbe, alzábase el castillo señorial, notable pieza arquitectónica, de gusto medio florentino, medio jónico, con su *belvedere* en que se atesoraban lienzos de Rubens y el Ticiano y una buena coleccion de obras de nuestros místicos, desde el místico pájaro Murillo, hasta el místico dragon Rivera.

Una particularidad terrible llenaba de sombras aquella mansion real. Un voto antiguo, heredado y perpetuado desde el siglo XI, en que el primer Añorbe lució condal corona, gobernó Estados y rigió milicias y cobró annatas, obligaba á los condes á permanecer célibes, á no usar de mujer, á conservar su virginidad, y á no dar, por tanto, sucesion á sus títulos y grandezas. Venia á heredarlas siempre un pariente, sobrino ó alnado, que habia de ser soltero para poder quedar obligado á aquella moral castracion.

Así, iba la fortuna colosal de Añorbe atravesando la historia y los siglos, y su palacio, sin tener esa jubilosa fisonomía del arte itálico griego, parecia un mausoleo donde, no cadáveres en polvo y ceniza, sino hombres muertos en lo espiritual, no vivian, sino que más bien digerian la vida. Los diez salones de amplitud circense que daban vuelta á la principal plaza de armas, con sus espejos anchos como mares y cuyos marcos de prolija talla eran un desbordamiento de gongorina labor, con sus muebles de raso y concha, con sus pebeteros de oro, sus alfombras de terciopelo y sus bordados tapices, con su pueblo de lacayos y servidores vestidos riquísimamente

y su actividad festera no interrumpida, producian la impresion que produce la *muerte; y el lujo hacia más* honda esta impresion, porque entre las sonrisas del oro, el chispeo de los brillantes y el fulgurar de los espejos, se destacaba con más crudeza la idea de aquella familia que era la negacion de la familia, de aquel hogar donde nunca podia lucir la llama del amor, de aquellos condes eunucos que procuraban en vano derrochar en vida una fortuna de que no podian disponer en muerte.

***

Cuando Anatolio Francisco Javier, conde de Añorbe, cumplió los 50 años, trajo á su palacio á un sobrino cuarto, de diez y seis abriles, que estudiaba música y cánones en la maestría de Calbardos. Era un mozo plácido, con ménos carne que un estoque, de ojos azules, de labios descoloridos y de andar trémulo. Sus juegos infantiles fueron decir misa en altares de carton, engalanado con casullas de papel y talco. *Jamás tuvo asomo* de noviazgo. Su carne, trasparente como la hostia, sólo podia encerrar bondades celestiales, eucarísticas virtudes y píos anhelos.

—Hé aquí, mi buen Cruz, —dijo el conde de Añorbe una noche á su sobrino,— que la muerte me acomete. He tenido que entregarle mis piernas y ella me ha puesto en ambas los grillos de la gota. El corazon está dándome sus últimas horas de servicio... Máquina cansada..... Sus muelles se enmohecen... *Hora es de que* descansen.

Iba oscureciendo y estaban tio y sobrino en la Biblioteca cuyos cuadros, medio ocultos en la sombra, parecian querer borrarse en aquella hora en que la luz se va. Cruz Añorbe se asustó. Las palabras de su tio tenian cierto tono de ferocidad, de desesperacion, de desconsuelo.

—He sido un bandido, un asesino, —dijo el conde.

—¡Vos!.... Imposible.

—Sí, mi buen sobrino. Nuestra familia tiene puesto en su alma el sello de Satanás.

—¡Jesus, Dios mio!— dijo el santo mancebo con mogigata compuncion.

—Has de saber que allá, en el oscuro siglo XI, un conde de Añorbe hizo pacto con el diablo. El diablo le otorgó un licor de inmortalidad á cambio de su alma. Ese licor está encerrado en un pomo que se custodia en el arca de roble de nuestro aposento. «Cuando tú mueras, — le dijo el diablo á nuestro abuelo,—bastará que te froten las articulaciones todas de tu cuerpo con este licor para que sobrevivas, resucites y te hagas eterno. Te doy este bálsamo á cambio de que te obligues á darme tu alma. Es más: ese bálsamo está compuesto del sudor de mi caballo Belial y de sangre de mis venas. Es nuestra sustancia, tiene nuestra fuerza, os hará perversos y poderosos como á nosotros.... Pero dejareis de tener *hijos. Yo soy estéril, no engendro.* La virtud de crear sólo es de Dios. Así, pues, vosotros, que sereis mi criatura, mi hechura, mi trasunto, tendreis mis riquezas, mi autoridad, mi fuerza, mi eternidad, pero tambien mis imperfecciones. No podreis tener hijos.» De esta manera habló á nuestro abuelo el diablo que se le habia aparecido en la figura de una hermosa bayadera, orlada la garganta con hilillos de perlas y con una sonrisa bermeja en la pecadora y hermosa carilla.

—Pero el diablo,—dijo Cruz, haciéndose una muy reverente en la frente,—no cumplió su palabra puesto que nuestro abuelo no fué inmortal.

—Sí, la cumplió. Pero, oye.... esto es lo horrible. Nuestro abuelo llamó á un sobrino para que le heredase, é *in articulo mortis* le reveló el secreto, como yo lo hago contigo y le encargó que así que hubiera muerto le frotase las articulaciones con el bálsamo diabólico.... y el infame sobrino no lo hizo... porque viendo á su tio muerto y á él en posesion de sus riquezas, pensó con infernal astucia: «Si este muerto resucita, yo dejaré de ser el conde, el rico, el poderoso. Muerto está, dejémosle entregado á la ley terrena que manda que todo perezca, y guardemos el licor para que me sirva á mí....»

—Desde entónces,— añadió con voz ahogada el conde tras breve pausa,— todos los condes han sufrido igual deslealtad. Sus herederos han dejado el bálsamo en el frasco y á sus tios en la tumba....

—¿Y V.?—preguntó con horror Cruz.

—¿Yo?... Yo he hecho como los otros. He dejado á mi tio en la huesa, y el bálsamo del diablo continúa sin que se haya gastado de él ni una gota.

Aquí el conde prorumpió en un arranque de lágrimas y abrazándose á su sobrino dijo:

—Yo no quiero morir: por eso te he llamado á tí que eres un santo, incapaz de la infamia que todos hemos cometido con todos nuestros antepasados.... tú lo harás, sí, tú no me dejarás morir: ya sabes dónde está el frasco que contiene el licor de la eternidad. Así que muera, ya sabes cuál es tu mision.

***

De allí á una hora murió el conde, y su sobrino lleno de espanto subió al aposento, recogió con mano crispada y convulsa el pomo diabólico que estaba cincelado con sobrehumano arte, y bajó á la biblioteca donde el cadáver de su tio yacía. Puesto de hinojos delante de él, le desnudó. Ya estaba el cadáver frio, y el contacto de aquella piel le produjo á Cruz espasmos nerviosos. Destapó el pomo, frotó con el líquido azul que contenia en la sangría del brazo derecho del cadáver.

Una fuerza hercúlea se desarrolló en aquel brazo ya frio, que estrechando el cuerpo de Cruz, le atrajo hácia *sí* cariñosamente.

Aterrado Cruz, perdió el sentido, escapóse de su mano el frasco, y el licor azul se derramó por el suelo.

***

Al dia siguiente los criados encontraron en la biblioteca dos cadáveres; el del conde tenia enlazado con su brazo derecho á Cruz. Fuerzas terribles hubo que hacer para desasirle. El pobre Cruz habia muerto por asfixia.

El brazo derecho del conde se movia sin cesar dando fuertes puñadas en el aire. En vano quisieron sujetar aquel brazo. Dentro de la caja fúnebre el brazo seguia moviéndose con estremecimientos vigorosos y terribles. Conducido al mausoleo, aún se escuchaba á través de las paredes de mármol el movimiento de aquel brazo, músculo inmortal de un hombre muerto.

***

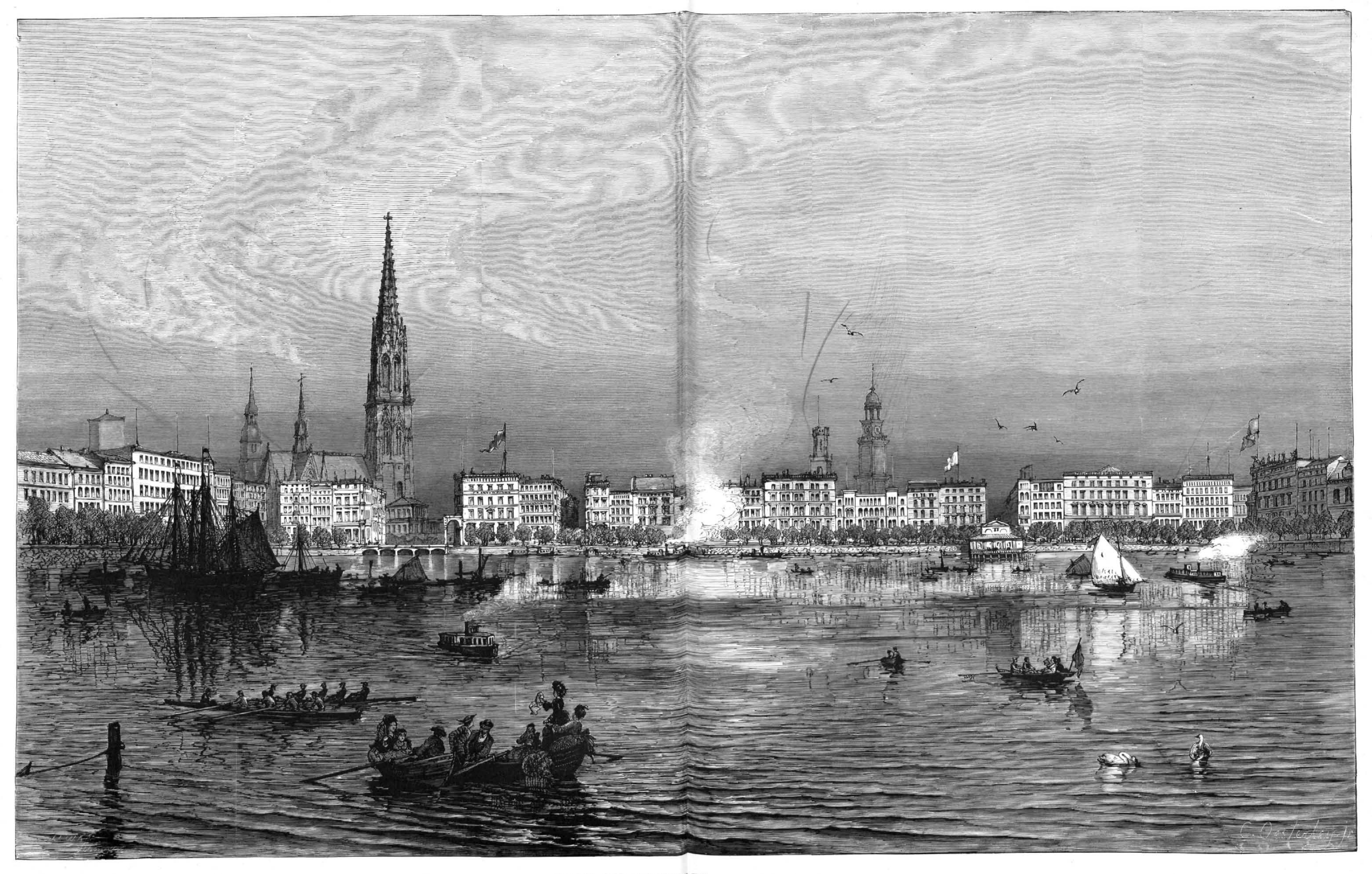
¿Y este cuento que prueba? que hay una sola cosa inmortal.

LA FUERZA.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

LA CASTELLANA, cuadro por C. Probster

IMP. DE MONTANER Y SIMON



VISTA DE HAMBURGO, DIBUJO POR C. OESTERLEY